



Desaparecidas

JODI LYNN ANDERSON

Cuando el fantasma que habita tu casa
sigue cada uno de tus movimientos

Lectulandia

Para Maggie Larsen, el pueblo de Gill Creek es solamente un momento de transición antes de la universidad y, con ella, su libertad. Hasta que conoce a Pauline y Liam. Lo que comienza como un año sin incidentes cambia de pronto, pues hay un asesino en serie en el pueblo. Y cuando los mundos de Maggie y Pauline chocan, ambas experimentarán el amor y la pérdida. Y solo una de ellas sobrevivirá.

«Las chicas comenzaron a desaparecer en otoño, y ahora el invierno ha llegado a cubrir el horror con su manto blanco. Al parecer, esta zona devora a mujeres jóvenes hasta las entrañas de la tierra. Desde abajo de cierta casa en Water Street he visto cómo va creciendo el peligro.

Los habitantes me conocen como los ruidos que se escuchan en la casa por la noche, el crujido en las escaleras. Soy el reflejo detrás de ellos en el vidrio, la sensación de miedo en el sótano. Al parecer estoy atada a esta casa, a esta calle, a este pueblo.

Estoy atada a Maggie y Pauline, pero no sé por qué. Creo que es porque la muerte ronda a una de ellas, o a ambas.

Lo único que sé es que el presente y el pasado se superponen, y yo estoy aquí para cavar. Estoy indagando en todo lo que fue enterrado alguna vez».

Lectulandia

Jodi Lynn Anderson

Desaparecidas

ePub r1.0

Karras 12.11.2018

Título original: *The Vanishing Season*

Jodi Lynn Anderson, 2014

Traducción: Oriana Jiménez Castro

Editor digital: Karras

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Desaparecidas](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Incluso el lago transparente, despejado, tiene sus ocultas profundidades, que ningún buzo conoce.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN



Bajo las escaleras principales de Water Street 208 hay una llave enterrada, quemada de un lado. ¿Fue durante un incendio?, ¿quién y cuándo la perdió?

Para mí es una pista, un fragmento del pasado. Porque el jardín de esta casa es un cementerio de momentos, y todo lo que se ha dejado por ahí es un recordatorio: una lija, una pulsera, una nota de amor, algunas cartas, una cerilla, un boleto para el cine, una postal. Todo Door County es un panteón. Todo el mundo. Y yo estoy aquí para cavar.

Parece que este pueblo tiene un apetito por los jóvenes, se los traga enteros, hasta las profundidades de la Tierra.

Una llave está enterrada bajo las escaleras principales de Water Street.

Este es mi trabajo. Esto es lo único que tengo que hacer.

Estoy buscando las cosas que están enterradas.

La primera vez que los Larsen leyeron sobre los asesinatos era una tarde de mediados de septiembre, durante el último año de Maggie en la preparatoria, el día que se mudaron a Gill Creek. Era la primera vez que sentían que algo los acechaba, se acercaba. También fue el primer día que Maggie vio a Pauline Boden. Estaba parada en el borde del lago, recargada en una roca, tan flaca como una cigüeña, contemplando el agua.

—Alguien de tu edad —canturreó la mamá de Maggie, señalando el vasto y frondoso campo que separaba su casa del lago, y a la delgada figura blanca sobre la orilla. Maggie, exasperada, miró a su mamá. Ambas estaban sin aliento, arrastraban sus maletas en el jardín, pero incluso en ese estado, su mamá no se había rendido en su implacable misión de señalar los aspectos positivos.

Maggie dejó caer su caja de ropa de cama enfrente de las escaleras del porche y examinó su nueva casa, consideró que su mamá le había asignado una difícil misión.

Su tío había descrito la propiedad, que ellos habían heredado hace años, como «rústica». En fotografías se veía en decadencia. En persona estaba más cerca de «en ruinas» o «abandonada». Nunca se habían molestado en venir a verla, siempre habían planeado venderla, pero entonces las cosas eran diferentes.

Maggie permaneció de pie con las manos sobre la cadera intentando recuperar el aliento, el sudor le empapaba la sien. Ya habían arrastrado un montón de cajas hacia el porche de enfrente, pero no habían empezado a mover los muebles del camión. No podían pagar una mudanza así que ella trató de aparentar que no le molestaba cargar. Sacó su celular para ver si tenía nuevos mensajes, pero no tenía señal. Buscó algún tipo de colina por los alrededores donde pudiera tener mejor recepción, pero el terreno era plano y bajaba hacia el agua. Sintió un calambre por sus amigos que había dejado en casa.

La señora Larsen también puso sus manos sobre la cadera y miró hacia el jardín.

—Costará trabajo pero es realmente hermoso, ¿no lo crees Maggles?

La propiedad era verdaderamente hermosa, tenía un estilo desgastado, romántico y anticuado. La casa amarilla, antes blanco victoriano, se veía vieja y apenas habitable. «Se construyó en 1886», había dicho su padre. Se había edificado sobre una ancha extensión de pasto café de verano tardío que llegaba hasta la orilla del lago Michigan bajo una extensión de interminable cielo azul. El pasto estaba animado con saltamontes que revoloteaban de un punto de aterrizaje al siguiente, y Maggie percibía a los grillos despertando. Los grillos eran una novedad. Solo había vivido en Chicago, se quedaba dormida con los sonidos ciudadanos casi todas las noches desde que tenía memoria.

Lo que hacía al sitio aún más tranquilo era el hecho de que la propiedad de al lado, la que debía de pertenecer a la chica en la playa, era espectacular. Uno podía decir dónde terminaba un terreno y dónde empezaba el otro por el césped verde vivo y muy cuidado que iniciaba en el límite de la propiedad. Una majestuosa y resplandeciente casa blanca se ubicaba al borde del lago, alrededor de unos cientos de metros de la nueva puerta principal de los Larsen, oscurecida parcialmente por un estrecho bosque de pinos.

—Está increíble —dijo Maggie a su mamá y le dio su mejor sonrisa de «sí puedo». Por esos días, cada vez que veía a sus padres, esta era su expresión facial permanente. Quería que supieran que cualesquiera que fueran los problemas con los que lidiaban ahora, *ella* no iba a ser otro.

—¿Ya viste tu cuarto? —le preguntó su papá mientras subía la escalera con una caja de libros en los brazos, la cabeza calva le brillaba con el sol.

Maggie sacudió la cabeza. No había entrado todavía, estaba depositando cajas en el porche aunque sus padres habían entrado ya varias veces. Era su manera de posponer la inevitable realidad de una nueva casa y una nueva vida que ella no quería. Pero ahora fingió entusiasmo y siguió a su padre hacia dentro.

El interior estaba cubierto con una delgada capa de polvo y los pisos estaban ligeramente inclinados hacia el centro, todo de madera, antiguo, desgastado. Los electrodomésticos de la cocina eran amarillo mostaza pero las paredes eran pastel descolorido, como si los setenta hubieran vomitado sobre los cincuenta. Pequeños artefactos de residentes anteriores yacían desperdigados por aquí y por allá: un dominó en el piso de la cocina, un cupón pegado al refrigerador por un magneto de Mickey Mouse. Maggie cruzó la cocina para llegar a la sala, que daba hacia un piso derrumbado, el cual a su vez daba hacia el brillo azul del lago. Giró a la derecha, pasó por debajo de otro pasaje abovedado, atravesó una telaraña que tuvo que quitarse de la boca, después continuó por el pasillo hacia las escaleras.

Puso la mano en el barandal tambaleante y subió al segundo piso entre rechinidos. A su derecha encontró lo que de inmediato supo que sería su cuarto: un rincón con un techo inclinado y una ventana grande que daba hacia el pasto y del otro lado, a la casa blanca; había un radiador pequeño y amarillento contra una pared. El acogedor espacio se sintió como un escondite del mundo y olía a aire del verano atrapado, floral y polvoriento.

La hizo recordar a las Dashwoods en *Sensatez y sentimiento*, degradadas a una cabaña cerca del mar. Podía hacer de esto lo mejor, como ellas lo hicieron. Y si la vida terminaba siendo tan sobrecogedora aquí como ella esperaba... Bueno, de cualquier manera sería solo durante un año, después la graduación y después la vida real. A Jacie, su mejor amiga, le gustaba decir que Maggie sabía todo de la vida por leerla más que por vivirla, tenía el hábito de decirle cuáles eran sus defectos.

Regresó a la planta baja y se dirigió al patio trasero donde sus padres tomaban un respiro en un columpio viejo del porche que parecía que iba a colapsar en cualquier

momento. Su papá había comprado un periódico local cuando pasaron por el pueblo, y le pasó la parte que ya había leído.

—Estamos tomando un descanso de diez minutos —dijo él—. Absorbe un poco de sabor local —le sonrió con su apologética sonrisa de «disculpa que te estemos haciendo pasar por esto». Maggie tomó el periódico, no porque quisiera leerlo sino porque quería ser amable.

Se sentó en el escalón más alto del porche y hojeó el periódico empezando por las últimas páginas (un hábito). Leyó acerca de un capitán pesquero que reparaba barcos viejos, la última aparición de la princesa del Festival de la Cereza y un choque en Sturgeon Bay. Ella y su papá intercambiaron una mirada divertida, el periódico era casi dolorosamente pintoresco.

Pero en la página principal estaba la historia de una adolescente que había muerto en Whitefish Harbor, a cuatro pueblos de distancia (Maggie recordó pasarlo una vez que llegaron a la península). Habían encontrado a la chica ahogada en el lago, flotando cabeza abajo sin señales de resistencia, y la policía trataba de descifrar si había sido un suicidio, un accidente o algo más siniestro.

—¿Encontraron algo interesante ustedes dos? —preguntó su mamá.

—Una chica murió —respondió Maggie a su mamá—, piensan que pudo haberse suicidado.

La señora Larsen puso su mano sobre la garganta, parecía un poco asqueada.

—Ay, qué horrible. Sus pobres padres.

Maggie levantó la vista del periódico y vio que por fin la chica flaca en la orilla volteó y caminó hacia su casa.

—Probablemente sea bastante inaudito en un pueblo pequeño como ese —dijo su padre—. Qué conmoción.

—Bueno —dijo su madre después de un largo suspiro—, el sol se esconderá en una hora, así que vamos. Metamos lo que resta de las cosas.

Maggie se levantó sin quejarse. Su madre siempre había dicho que era la única adolescente que nunca se quejaba de nada.

A la mañana siguiente Maggie despertó con el sonido distante de martilleo en la madera. Se sentó, se estiró, recargó la cara en la ventana y miró abajo, hacia el campo, hacia los árboles, el sol le calentaba el rostro. Se levantó de la cama.

Su papá estaba en el porche trasero, con las manos en las caderas, miraba a su alrededor confundido. Solo tomó un momento ver por qué. Las rejas de su porche derrumbado estaban cubiertas con jarrones de flores silvestres y cajas de... Maggie se acercó para examinar una de... té Earl Grey. Al menos veinte cajas de té cubrían cada superficie disponible en la reja. Recorrió algunas flores con las manos y por fin encontró un sobre blanco pegado a uno de los jarrones. Dentro había una tarjeta blanca con una línea en cursiva desordenada y garabateada al centro: «Bienvenidos a Water Street».

Ella y su papá intercambiaron una sonrisa divertida y desconcertada.

—Amistoso —dijo su padre.

—Y extraño —añadió Maggie.

No había firma.

—Bueno, ojalá vengan otra vez —dijo su padre. Después bostezó—. Qué lugar —dijo— Porte des Morts. Por lo menos logramos pasar nuestra primera noche —ensanchó los ojos en una parodia de alivio.

Una hora al sur de donde estaban. —Maggie lo sabía por estudiar el mapa que tenían en el auto—, la península de Door County se bifurcaba como el pulgar de un autoestopista dentro del lago, hasta separarse. Todo el condado, según lo que decían las guías turísticas que su papá le había puesto en el regazo en el auto, estaba lleno de pantanos immaculados y playas pedregosas. Bajos acantilados de piedra gris a lo largo de la costa azul pizarra; bosques de pinos; viejos faros; antiguos autocinemas; anticuados moteles. Bajo la línea del condado, las ciudades abandonaban la península (fuera de los meses de verano, al menos cuando los turistas se desparramaban en casas de campo rentadas y comían su propio peso en caramelos y queso en grano). Pero lo más interesante que había leído era la razón del nombre del condado. Los franceses lo habían bautizado Porte des Morts (o La puerta de la muerte), porque el estrecho entre Door County y el continente estaba repleto de naufragios, al parecer más que en cualquier otro cuerpo de agua dulce en el mundo. Varias cosas hacen a los estrechos peligrosos: cardúmenes submarinos ocultos, vientos impredecibles y tormentas.

—Me gusta el té Earl Grey —dijo su padre y empezó a levantarlo—, me hace sentir inglés.

Esa semana, cuando no estaban haciendo las tareas de la escuela, Maggie y su papá trataban de dejar la casa bajo un orden habitable mientras su mamá empezaba su nuevo trabajo en el banco de la comunidad Gill Creek. Era un enorme retroceso frente a su trabajo ejecutivo en el banco de Chicago pero fue lo mejor que pudo encontrar. Maggie tenía que hallar un trabajo también. Había ahorrado concienzudamente para la universidad desde que su mamá fue despedida la primera vez, hacía tres años.

Cada mañana Maggie se ponía un overol que había encontrado en Goodwill y limpiaba un cuarto de principio a fin, tallaba todos los pisos de madera de la cocina, el salón, la sala y el pasillo, mientras su papá remendaba una u otra barra, pasamanos o puerta que necesitara arreglo, aprendía a hacer «trabajitos» con un libro que compró en la tienda Bowe. La casa empezó a surgir de sus capas de mugre: linóleo delicadamente floreado de los cuarenta o cincuenta, paredes pastel pálido, antiguos rasguños en el piso. Incluso Maggie encontró el nombre Kitty tallado con descuido en la parte trasera del gabinete de medicinas fechado en 1890, como si una niña pequeña hubiera estado determinada en dejar su marca en el lugar.

El clima era cálido, pero no era el calor del verano, así que dejaron todas las puertas abiertas, sin que importaran unos pocos insectos que se metían por los hoyos de las pantallas. Mientras Maggie trabajaba percibía el sonido distante de las olas rompiendo en el lago y, algunas veces, el martilleo distante en el bosque. Todavía no se había tomado el tiempo para caminar hacia el lago y meter el pie.

Limpió, desempolvó y ordenó su cuarto poco a poco. Las paredes eran una lámina extendida de flores rosas, que descarapeló con una espátula y agua caliente mezclada con suavizante de telas. Una vez que estuvo listo pintó las paredes de azul pálido que su papá había comprado en oferta en Lowes, se veía mucho mejor pero todavía demasiado sencillo. Sacó sus lápices de colores, hojas sueltas y se sentó a trazar un mural para pintar en la pared. Pero después de estar sentada por un rato, golpeando el lápiz contra los dientes, no se le ocurrió nada que realmente la emocionara. Decidió esperar a que le llegara la inspiración, si pasaba. De niña Maggie solía pintar y dibujar siempre, antes de que decidiera que no era práctico. Había sido buena en eso, pero con el transcurso de los años su entusiasmo decayó.

Una vez que las repisas blancas estuvieron immaculadas, las llenó con fotos de ella y Jacie, ella y sus padres, sus libros favoritos (*Jane Eyre*, *Atrapado sin salida*, *Beloved*), su polvoriento cuaderno de bocetos que no había abierto en años y una figura de una araña en una red que le recordaba a *La telaraña de Charlotte* (que había sido su favorito cuando era niña). Puso una lámpara de pie en la esquina para que iluminara tenuemente la cama para leer, y dobló su colcha blanca ajustándola en los bordes del colchón, como le gustaba. Puso su colección de pinturas y lienzos en un gabinete bajo, en la parte de atrás, donde era poco probable que otra vez vieran la luz del día.

Esa tarde por fin pudo ponerse sus tenis para correr, se amarró el cabello en una cola de caballo y corrió calle abajo por Water Street, que era la única manera de atravesar 3,200 metros de campos, en su mayoría vacíos, y bosques para llegar a algún camino principal. Todo se veía diferente corriendo que desde el auto: el valle escarpado, los pastizales, el brillo de la costa del lago Michigan a su derecha, la hilera de pinos frondosos que proyectaban su sombra en el campo. Desde unas colinas bajas se veían los techos relucientes de otras casas de campo, pero cuando sacó su celular todavía no había señal. Además de la casa de al lado, había solo otra propiedad oculta en la oscuridad del bosque, señalada por un buzón oxidado y torcido, con una calcomanía en la que se leía: «No pasar», un letrero de «Cuidado con el perro» a un lado y una entrada para autos larga y serpenteante que desaparecía dentro de los árboles. Tenía que ser la propiedad de la que venían los martilleos, pero no bajó la velocidad para verla más de cerca.

La sangre le bombeaba con fuerza. Cada vez que veía al cielo parecía que estaba haciendo algo diferente: se llenaba de nubes blancas y esponjosas; los aviones dejaban surcos a su paso; o bien se tornaba gris y se acercaba al piso. Cuando corría, a Maggie le gustaba imaginar que era una loba, fuerte y veloz. Siempre la hacía sentirse menos inquieta, un poco menos atrapada en su propia piel. Se presionó para ir más rápido que siempre. Cuando terminó su ruta jadeaba, se agarró las rodillas y se detuvo a mirar un alto depósito gris en un campo de pasto alto, de pronto el cielo se encendió durante medio segundo. Una tormenta de verano se aproximaba y el depósito lucía un blanco severo contra la noche gris. Maggie regresó. Sabía, por su carrera hasta ahí (no se había alejado de Water Street), que no había nada más a lo largo de un kilómetro que naturaleza.

De regreso a casa su papá había desaparecido en lo que había decidido llamar su estudio. Sin duda estaría acomodando en orden alfabético su colección excesiva de libros (tenía más de mil y no había querido tirar ni uno, sin importar la desesperación de su mamá) sobre las repisas desvencijadas. La obsesión por los libros era una de las cosas que Maggie y su papá tenían en común. También se parecían físicamente, tenían cabello castaño simétrico y ligeras pecas en la nariz, aunque a Maggie le gustaba decir que era más bonita y no tan calva. Él no había tenido un trabajo de tiempo completo en dos años, desde que habían decidido que Maggie estudiara en casa. Para él sus clases no estaban al nivel de su capacidad, incluso después de que se saltara un año. (Maggie, a quien le gustaba la escuela y sus compañeros y quien en primer lugar no había querido saltarse un año, se había resistido también a que la sacaran de la escuela, pero había sido inútil).

La casa estaba silenciosa y sombría por la tormenta que se avecinaba. Maggie se bañó, se cambió y después tomó un libro al azar de una pila al lado de la puerta del estudio, lo sacó al porche trasero para mirar cómo se formaban nubes negras. Trató de evadir esos momentos de quietud toda la semana, esos momentos en los que se sentía agobiada por la nostalgia. Ahora pensaba que nunca más dormiría en su

departamento, nunca más pasaría los sábados por la mañana en una cafetería hablando con Jacie y tomando café con leche. Era un sentimiento ingrátido y perturbador, a los dieciséis, todo lo que había conocido en su vida había terminado abruptamente.

El libro que había escogido —miró de refilón la portada— era una monografía sobre mariposas. Lo hojeó, leyó fragmentos sin mucha atención.

Una voz a su lado la sorprendió. Maggie se sacudió y volteó.

—Disculpa, ¿te espanté?

La chica se quedó con un pie vacilando sobre la escalera del porche; era enjuta, sus extremidades eran como las de una gacela, su cabello largo y despeinado, castaño oscuro. Llevaba algo en las manos que se movía y retorció. Estaba acompañada de un perro vagabundo, grande, larguirucho y baboso. Era la chica que Maggie vio desde lejos ese primer día, en la orilla del lago.

—Pauline —dijo alargando una de sus manos empuñadas para estrechar la de Maggie, quien se inclinó hacia delante en su silla—. Este es Abe, mi alma gemela —liberó una de sus manos otra vez y dio unas palmaditas en el hocico de Abe.

Pauline subió las escaleras ahora con más confianza y, curiosa, se asomó a la casa.

—Sabes, siempre pensé que esta era una casa embrujada. Me alegra que estén aquí, ustedes expulsarán a todos los fantasmas —dijo dándose la vuelta para sentarse al lado de Maggie, sin esperar ninguna invitación—. Quiero decir, no es que realmente crea que hay fantasmas. No soy estúpida. Pero es difícil no cuestionárselo. He visto luces prendidas aquí algunas veces.

Maggie no creía en fantasmas. Leyó en algún sitio que las apariciones de fantasmas eran el resultado de campos magnéticos. O de envenenamiento por monóxido de carbono en casas antiguas. Pauline abrió las manos abruptamente para mostrar un patito.

—Lo voy a llevar a una veterinaria, pero pensé que querrías verlo. Es una locura, el nacimiento de un patito en esta época del año. Tal vez su mamá lo abandonó. —Pauline acarició delicadamente la cabeza del patito con los pulgares, con cierta nostalgia—. Los patitos son muy tiernos, me hacen llorar. ¿Te ha pasado eso? —Maggie negó con la cabeza—. ¿De dónde te mudaste?

—Chicago —respondió Maggie, insegura de qué pensar de su nueva vecina amante de los patitos y que parecía creer en los fantasmas, aunque no del todo.

—Mudarse debe apestar.

Maggie no quería decirle a una desconocida si mudarse apestaba o no, pero Pauline no esperaba una respuesta.

—Es un pueblo pequeño, pero está bien. Es aburrido, pero... —Pauline miró fijamente alrededor, señalando hacia el lago—. Hay cosas que hacer en el agua. El verano es sensacional excepto por los turistas. El invierno se siente como si nunca tuviera fin. Pero aparte de eso... —Pauline se volteó en su asiento hacia Maggie y

levantó las rodillas. Se cambió al patito de mano y con la otra sostuvo una gran hebra de su cabello para compararla con el de Maggie—. Casi del mismo color —dijo.

El cabello de Pauline era más largo y desordenado, mientras que el de Maggie estaba peinado con cuidado.

—Disculpa, no intento ser demasiado entusiasta. Solo estoy feliz de que estés aquí. Nunca tuvimos vecinos de este lado.

Maggie estaba acostumbrada a que las chicas como Pauline, de una belleza impresionante, fueran un tanto distantes. Pauline era lo opuesto, daba la impresión de ser dulce, ansiosa y un poco solitaria. Observó la reja derrumbada, después sonrió animosamente a Maggie.

—¿Recibieron el té?

—Sí, gracias... Nunca había recibido té como regalo.

—La familia de mi mamá tiene una compañía de té, Tidings Tea. Así que recibimos toneladas gratis.

Maggie había visto la marca en tiendas de abarrotes; incluso había visto comerciales en televisión. Tidings Tea era una compañía muy importante.

—Guau.

Pauline pareció percibir que estaba abrumando a Maggie, se encogió, se estiró como un gato y guardó silencio durante un rato, estudió el patio, el lago y después la casa.

Maggie intentó pensar en algo para preguntarle. Al fin dijo lo primero que se le ocurrió:

—¿Qué es ese martilleo en el bosque, más allá de tu casa?

Pauline pareció cavilar sobre esto un segundo, y después sus ojos se encendieron al reconocer la respuesta.

—Ah, ese es mi Liam, Liam Witte, nuestro vecino del otro lado, del otro lado de Water Street. Es de nuestra edad. Está construyendo algo entre nuestras casas, para que nos podamos ver ahí durante el invierno —se envolvió las rodillas con los brazos—. Él sabe que odio el invierno y dice que es una sorpresa y no tengo permitido pasar por ahí. Definitivamente deberías ir a saludarlo.

—Qué dulce —Maggie conocía a chicos que siempre estaban deseosos de hacerles favores a las chicas hermosas. No era que ella no se beneficiara de eso una que otra vez, pero estaba lejos de ser tan hermosa como Pauline. Maggie sabía que las chicas que eran tan bellas como Pauline tenían las puertas del mundo abiertas a donde quiera que fueran. Las chicas como Maggie llamaban la atención una vez que se les observaba detenidamente, pero la mayoría de la gente no veía así.

—Solo somos Liam y yo. Y los adultos. Deberías venir con nosotros a remar este sábado por la tarde, antes de que el clima enfríe. Pasará más rápido de lo que crees.

—No sé nadar —dijo Maggie. No agregó que odiaba al agua en general, excepto la de beber. Siempre había tenido miedo de ahogarse.

—No nadaremos —le aseguró Pauline, como si el viaje ya estuviera decidido. Le preguntó si había leído sobre la chica que habían encontrado en el lago.

—Sí —respondió Maggie—, qué triste.

—Aterrorador —añadió Pauline en volumen bajo. Se quitó el cabello salvaje de la cara y lo llevó detrás de los hombros—. No han encontrado a quien lo hizo.

—Pensé que había sido un accidente o un suicidio.

Pauline negó con la cabeza.

—Dijeron eso al principio. Pero no. Mi primo en Sturgeon Bay conoce a un policía. Solo que todavía no lo han publicado en los periódicos.

Maggie sintió un escalofrío que le recorrió de la cabeza a los pies.

—Es horrible.

De repente Abe plantó sus pezuñas en el columpio y lamió al patito. Pauline soltó una risotada, tan chirriante que podía rasgar la pintura de un auto. Ese fue el momento en el que a Maggie le empezó a caer bien Pauline, cuando escuchó su risa áspera y ronca que no era para nada bonita.

—Bueno... —dijo Pauline mientras se ponía de pie y miraba el cielo; ya caían las primeras gotas—. Voy a llevar a este pequeño al veterinario antes de que diluvie. Ven cuando quieras. Y bienvenida al barrio, blah, blah, blah...

—Okey, gracias —dijo Maggie levantándose.

Pauline se despidió con todo el brazo mientras bajaba las escaleras. En lugar de salir por la entrada para autos, caminó directo hacia su casa pasando por el pasto alto, haciéndolo crujir mientras avanzaba y dejando un río de chapulines tirados, mientras Abe iba saltando detrás.

Esa noche, mientras la densa lluvia golpeaba las ventanas y los nubarrones se estacionaban sobre la casa, Maggie exploraba el pequeño salón vacío que guardaba las huellas de los residentes pasados cuando tropezó con una tabla podrida e hizo un hoyo en el piso. Por un momento terrible una pierna colgaba en el vacío del sótano de la casa, el aire rancio y frío subía por sus piernas. Contuvo la respiración y sacó su pierna. Encontró a su papá en su estudio, sentado con las piernas cruzadas y arreglando sus estantes.

—Mi pie atravesó el suelo, casi muero —dijo bromeando, aunque alterada.

—Así que estás diciéndome que quieres caminar en tu propia casa sin sentir que tu vida está en peligro.

Maggie asintió y sus lentes reflejaron la luz de la lámpara.

—Okey, puedo hacer eso, pero me parece un poco exigente.

Maggie hizo una mueca, una sonrisa fingida.

Él prometió ir al pueblo a la mañana siguiente y comprar repuestos para arreglar el piso. Después se levantó, puso sus manos en sus mejillas y las frotó con fuerza, algo que solía hacer desde que era una niña. Era su extraña manera paternal de mostrar afecto.

Esa noche Maggie se metió en la cama sintiéndose más en casa que la noche anterior. Conocer a una persona había sido más decisivo de lo que habría adivinado. Le caía bien Pauline. En general le tomaba más tiempo formarse una opinión sobre las personas.

Incapaz de dormir se asomó al patio oscuro. Sobre el campo la luz amarilla que emanaba de las ventanas de la casa blanca brillaba a través de la lluvia, le brindó una confortable sensación de seguridad y la certeza de que alguien más estaba allá afuera en este mundo además de ella y sus padres.

Maggie soñó esa noche con el lago negro y reluciente en la noche, los ángeles desenvolvían sus alas sobre la superficie. Abrían y cerraban, abrían y cerraban, como las alas de las mariposas nocturnas.



Soy parte de esta casa y los habitantes pueden oírme en sus sueños. En la oscuridad hago tintinear los platos y rechino el piso al caminar. Prendo las luces en la planta baja cuando todos están seguros de haberlas apagado antes de ir a la cama. Miro una pierna atravesar el techo en la oscuridad y me estiro para tocarla. Pero no tengo manos, ni brazos, nada que pueda ver. Me pregunto si alguna vez los tuve.

Todo lo que sé es que soy eterno. Voy y vengo del pasado con facilidad, como si caminara de un cuarto a otro. Los momentos me alcanzan y me absorben. Sin quererlo he visitado siglos en este mismo lugar. He observado la construcción de barcos en el puerto. Veo cosas en colores imposibles. (El pasado tiene un brillo especial, momentos y sentimientos particulares tienen colores). Puedo escuchar el movimiento de las estrellas arriba de la casa. Esto es como una cacería para quien caza, es como estar en todos lados y en ninguno al mismo tiempo. El tiempo se dobla en sí mismo, presente y pasado. Pero aquí es donde el tiempo me hace regresar: esta casa, esta península, esta gente, esta chica. Parece que estoy atrapado en Door County y pegado a Water Street. Soy capaz de desplazarme por otros pueblos pero siempre termino aquí, como si un imán me jalara a casa. Y no sé por qué.

Busco en mi alma lo que sé sobre fantasmas, aunque no recuerdo dónde lo aprendí o quién era cuando lo hice. Los fantasmas regresan por venganza o se resisten a irse para proteger a alguien o se quedan porque tienen asuntos sin terminar. Me pregunto, si soy un fantasma, ¿qué tipo de fantasma soy?

Todos los días espero a que el cielo abra sus perladas puertas o que una gran luz blanca me engulla. Pero aún no pasa nada. Eso me hace pensar, o tal vez solo esperar, que hay algo que tengo que hacer aquí.

Últimamente he visto polillas. Parece que se reúnen donde sea que yo esté, para iluminar mis límites invisibles. Fuera de la ventana del sótano observo las almas de los búhos, los árboles y las arañas en espera de una señal que me indique hacia dónde ir, otra alma como la mía que me diga qué hacer. La casa respira cuando el pueblo está oscuro, pero no hay nadie aquí para responderme. Soy la definición de la soledad.

Cuando Maggie tenía ocho años, un conductor en estado de ebriedad chocó contra el auto familiar mientras todos iban de regreso a casa después de comprar un helado. Maggie se acababa de quitar el cinturón de seguridad para ponerse su chamarra, ya que tenía frío por el helado, y voló en medio de los dos asientos delanteros, se golpeó la cabeza en el parabrisas.

El doctor en la sala de emergencias dijo que estaba hecha de hule porque no tenía ni un rasguño. Pero fue la primera vez que Maggie se dio cuenta, o por lo menos cuando *de verdad lo creyó*, de que era frágil.

Algunas veces, un tanto temeraria, se preguntaba si sería diferente de no haber ocurrido el accidente, como sus amigos: Jacie, por ejemplo, parecía creer que nunca podría pasarle nada y que la madurez nunca llegaría. Sin embargo, Maggie siempre pensaba en el futuro. Y para la universidad, la vida y todas las cosas que se avecinaban necesitaba dinero y un trabajo.

Ese lunes, en su primer viaje al pueblo para buscar trabajo, se dio cuenta de que Gill Creek era un pueblo blanco: casas blancas, barcos blancos, filos de las banquetas blancos, trajes blancos. Parecía resplandecer y reflejar el azul destellante y ondulante del lago Michigan, solo salpicado por los colores cambiantes de las hojas que bordeaban las calles entrecruzadas. Los últimos turistas de la temporada deambulaban por Main Street, paseaban por tiendas de dulces diminutas y anticuadas, tiendas de ropa de color pastel deslavado, restaurantes de pescado hervido (una especialidad local que su mamá había amenazado con hacerlos probar) y cafés. Las tiendas habían empezado a poner calabazas en sus entradas y a colgar tallos de maíz de colores sobre sus puertas. A Maggie le tomó una hora medir el pueblo, su anchura, longitud y amplitud en relación con su lugar de origen, y saber que la vida ahí se sentiría pequeña.

—*Fudgies* —así fue como Elsa, la mujer que estaba parada delante de ella, los llamó, pero Maggie tuvo que pedirle que lo repitiera.

—Ay, así se les dice a los turistas. Por alguna razón cuando la gente está de vacaciones le encanta comer dulces. No creerías cuántos dulces comen los *Fudgies*^[1] en cualquier verano.

Tras un largo día de caminata Maggie aterrizó ahí. Llenó tres solicitudes de empleo en dos restaurantes y una tienda de papalotes, pero estaba claro que los trabajos de medio tiempo estaban acabándose ahora que el verano terminaba. Los dependientes habían tomado sus solicitudes como si ella fuera otra molestia más en su día. Deambuló todo el camino hacia el extremo más feo de Main Street, más allá del hábitat natural de los turistas, y llegó ante un letrero gigante y amarillo en el que se leía «Se solicita ayuda», apoyado a un costado de un edificio de ladrillos cuadrado

y de poca altura. Solo cuando cruzó la puerta principal se dio cuenta de que era un gran centro comercial de antigüedades. Dentro olía a polvo y naftalina, a humo rancio de cigarro y café viejo. Parecía salido de una novela de Charles Dickens, lleno de rincones, rendijas, angostos senderos y pedazos de muebles apilados torcidamente. Un letrero a un lado de la caja registradora anunciaba que El Emporio Perdido de Elsa no aceptaba cheques sin identificación. Maggie estaba dando la vuelta para irse cuando Elsa se acercó y se presentó. Era rolliza, de cutis húmedo, probablemente en sus cuarenta y tantos. Tenía el cabello castaño, ondulado y largo hasta los hombros. Usaba labial anaranjado lustroso y sombra café brillante en los ojos, además de abundante rímel.

—¿Estás aquí por el letrero? No pareces un sabueso de antigüedades —preguntó. Maggie asintió indecisa.

—¿Qué calificaciones tienes? —le preguntó Elsa mirándola distraída mientras se secaba la humedad de la nuca con una manga larga y gris.

—Dieces —Maggie respondió—, ahora estudio en casa con mi papá —añadió, después agregó rápidamente—. Pero soy disciplinada. De verdad quiero obtener este trabajo.

—¿Has trabajado antes? —Elsa tomó el crucifijo dorado alrededor de su cuello. Maggie negó con la cabeza y se balanceó de un pie a otro—. Bueno, este es bastante sencillo, solo basta hacer la cuenta para los clientes, hacer el inventario, mantener informados a los vendedores y hablar sobre sus puestos, pero necesito saber si eres confiable. ¿Eres confiable?

Maggie asintió. Se preguntó si alguien había dicho alguna vez no.

Elsa la miró a los ojos como si estuviera buscando algo.

—Sí, creo que eres confiable —le extendió la mano para darle un apretón—. Son ocho dólares la hora. Puedes trabajar los fines de semana durante la mañana y en la tarde si hay mucha gente. Debes estar aquí a las nueve de la mañana los sábados. Tengo una llave escondida por la banqueta en la puerta lateral, debajo de la quinta roca, en caso de que llegues antes que yo. Soy tu jefa.

Maggie estrechó su mano sin entusiasmo, sorprendida de que Elsa le confiara una llave escondida con tanta facilidad. Ella ni siquiera había dicho que quería el trabajo. Y ocho dólares eran casi nada..., lo que no era sorprendente, considerando que no parecía exactamente un sitio lucrativo.

Por otro lado, necesitaba *algo*.

Salió confundida. Regresó a Main Street donde se iba a encontrar con su papá, se dijo a sí misma que siempre podría renunciar.

Encontró a su papá frente a la tienda de herramientas, se habían separado para que cada uno se encargara de sus mandados correspondientes. Él estaba mirando la gran calabaza sonriente detrás del vidrio y sorbiendo un poco de café.

—Este pueblo es tan pintoresco, casi no puedo soportarlo —dijo—. Alguien hizo esa calabaza de papel maché.

—Asombroso —respondió Maggie secamente.

Mientras caminaban de regreso hacia el auto, ella se detuvo de repente frente a una *boutique* con un toldo a rayas rojas, deslumbrada por un vestido en el aparador. Era verde pálido, como espuma de mar punteado con pequeñísimos aviones miniatura de colores oxidados. Maggie estaba fascinada. Eran los colores que le fascinaban, era raro que se vieran bien juntos, pero en este caso lucían perfectos.

—Quiero eso tanto que me duele —le dijo a su papá.

Su padre se acercó y ella se dio cuenta de que estaba intentando leer la etiqueta. Se inclinó a su lado.

—Caray —dijo ella.

—El azul es más barato —ofreció él con optimismo. De repente se sintió culpable por mencionarlo. Solo para ser amable miró de cerca también al vestido azul. Era más barato pero de todos modos muy caro para ellos, a pesar de su fealdad.

—La verdad es que ninguno es sensacional —mintió—. No me di cuenta de que eran aviones, pensé que eran pájaros. No importa.

Comenzó a caminar y su padre la siguió, pero mirando hacia atrás de refilón, ella podía ver el dolor en su cara. Quería pegarse a sí misma.

La primera vez que habían despedido a su mamá, Maggie no se había dado cuenta de lo mal que estaban las cosas hasta que abrió su regalo de cumpleaños y vio que era un tapete que su propia madre había tejido.

—Lo compré en Anthropologie —le había dicho su mamá y ella había pretendido creerle.

Tenía que hacerlo mejor, lo sabía. Tenía que cuidar a sus papás así como ellos habían cuidado de ella siempre.

De regreso a casa, aunque estaba cansada de caminar, fue directo a ponerse sus tenis para correr. Tal y como esperaba, correr la tranquilizó. Otra vez dio vuelta en el depósito y pensó que al menos esa ruta para correr era perfecta, no podía pedir una mejor. Hermosa, suficientemente retadora aunque no demasiado montañosa, el aire fresco se sentía genial en sus pulmones.

Escuchó su corazón, los grillos, el sonido de sus tenis en el pavimento y el distante martilleo en el bosque, se escuchaba cada vez más a medida que se acercaba a casa de Pauline. Pasó la extensa entrada para autos y el buzón en el que había un letrero de «No pasar», y al voltear a la propiedad escuchó a su derecha el martilleo a la distancia.

Recordó lo que Pauline le había contado, así que pensó que debía ir a saludar. Aunque dudó, se salió abruptamente del camino hacia los pinos. Encontró la fuente del ruido en el centro de un pabellón de cuatro pinos altos. Era como el escenario de un antiguo cuento de hadas alemán: una floresta con un pequeño claro de agujas de pinos, un poco de luz y en el centro de todo, una cabañita de madera exquisita, pequeña y de techo puntiagudo, quizá con el tamaño suficiente para albergar a cuatro personas si permanecían hombro con hombro. Le faltaba una pieza al techo, una

pared estaba expuesta y de ese lado una figura estaba hincada martillando. Volteó justo cuando Maggie llegaba al último pino. Se puso de pie.

—Tú debes ser Maggie —le dijo. No sonrió pero su gesto era amistoso.

—Hola —se limpió una mano en los pants, recuperó la respiración y cansada, lo saludó—. Tú eres el Liam de Pauline.

Él, divertido, entornó los ojos ligeramente.

—Sí, ese soy yo.

Liam no era como se lo había imaginado. Había pensado en alguien que complementara a Pauline, un muchacho guapo, fuerte, bien vestido, sin embargo Liam tenía una sutil apariencia sumisa: complexión regular, alto, llevaba puesta una raída camiseta gris que había visto días mejores y unos pantalones desgastados. Tenía el cabello corto que caía un poco sobre sus ojos azules y la piel tan pálida que daba la apariencia de que se ruborizaba con facilidad. Maggie pensó que su piel era como la de un chico en un internado británico. Él entornó los ojos y frunció el seño.

—Bienvenida a nuestra pequeña península solitaria —en su mano sujetaba una intrincada pieza de madera.

—Gracias. ¿Qué es eso?

—Ah —Liam miró su mano e hizo un ademán pensativo—. No es nada. Es el techo.

Levantó la pieza.

—¿Qué opinas?

Se trataba de un borde decorativo para el techo, cubierto con intrincadas florituras esculpidas. Parecía escandinavo, como la proa esculpida de un viejo barco vikingo.

—¿Tú lo hiciste? —preguntó ella.

—Sí —asintió Liam. Maggie intentó imaginar sus manos grandes tallando aquellas pequeñísimas espirales.

—¿Qué es? —preguntó, señalando todo el escenario—. ¿Una casa para elfos?

Liam no pareció entender la broma. Puso la madera en el piso y frotó la punta de su pulgar a lo largo de su labio inferior.

—Es un sauna finlandés. Mi papá me enseñó cómo hacerlo. Es para Pauline, porque tiene frío todo el invierno.

Maggie se imaginó que una chica tan pequeña y tan parecida a un pájaro como Pauline probablemente tenía la circulación de su abuelita.

—¿Te molestaría si me asomo? —preguntó Maggie. Liam lo consideró, luego se movió para que ella entrara al pequeño edificio y mirara en su interior. Había dos bancas, una de cada lado, y una caja de madera que parecía el sitio para las brasas. No era que Maggie supiera mucho de saunas, pero una vez estuvo en uno en el gimnasio de su mamá.

—No es..., no es perfecto. Nunca había hecho uno.

—¿Cuánto tiempo te tomó hacerlo? —preguntó Maggie.

Liam puso las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Todo el verano.

¿Qué chico pasa todo el verano en el bosque construyendo un sauna? Uno de pocas palabras, por supuesto. El silencio se prolongó. Maggie estaba acostumbrada a los muchachos conversadores. Los chicos en su círculo de amigos de Chicago eran ruidosos, siempre estaban tratando de impresionar a los otros.

Una palomilla voló sobre su vista. Liam la siguió con los ojos y luego le volvió a conceder una mirada amistosa.

—He estado leyendo sobre las palomillas —dijo ella para llenar el silencio.

—¿Qué has leído?

Maggie se encogió de hombros.

—Navegan por la luz de la luna. Se arrojan a las llamas o a las luces eléctricas porque creen que se dirigen hacia la luz de la luna.

—Supongo que mueren en éxtasis entonces —dijo Liam. Sus ojos siguieron a la palomilla en su camino entre los árboles.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maggie confundida.

—Bueno, probablemente creen que llegaron a la luna —la boca de Liam se extendió en una lenta sonrisa que la alivió.

—Sí, supongo que es la cumbre de la vida de las palomillas —concedió ella—. Todo en seis días más o menos.

Se quedaron callados unos segundos más, pero no era un silencio incómodo. Era extraño, sin duda. Pero a ella no necesariamente le inquietaba lo extraño.

—¿Cuánto tiempo llevan de novios tú y Pauline?

—Nos conocimos desde los cinco años —Liam señaló con el palo hacia Water Street—. Ahí en medio de la calle. Los dos nos escondimos detrás de nuestros padres. Yo estaba comiendo zanahorias baby.

—¿Cómo recuerdas algo tan lejano? —Maggie preguntó asombrada.

Liam se frotó la nuca, se ruborizó un poco.

—Es Pauline. Tengo recuerdos extrañamente antiguos cuando se trata de ella. ¿Quieres sentarte?

Se dejaron caer en un tronco, Liam recogió su pedazo de madera otra vez y comenzó a lijarlo. Maggie miró alrededor hacia los árboles y escuchó los pájaros. Era una de las conversaciones más silenciosas de su vida, pero de alguna manera se sintió completamente cómoda, sentada ahí con ese chico que acababa de conocer, sin decir nada.

Por fin Liam la miró.

—Lo siento, no soy muy conversador. Pauline dice que debería aprender a hablar sobre cosas sin importancia, porque a la gente le gusta.

—A la gente le gusta —dijo Maggie divertida.

Ella estudió su perfil mientras él lijaba, pensó que físicamente no era su tipo. Pero podía ver por qué le parecía atractivo a Pauline o a otras chicas en general. Era algo guapo, sus ojos eran su rasgo más tierno, aunque el esfuerzo que puso en el sauna

mostraba algo más profundo que lo que sugería aquella primera impresión. Sus manos lucían ásperas y raspadas por construir. Era claro que estaba acostumbrado al trabajo físico.

—Escuché que Pauline te convenció de hacer canotaje —dijo dirigiéndose a la madera que estaba lijando con vigor.

—No —Maggie perdió el hilo, no sabía qué decir. Más que no saber nadar, odiaba no poder ver lo que estaba debajo de ella en el agua.

Liam mantuvo la vista en el trabajo.

—Puedes intentar resistirte a ella, pero no funcionará; Pauline obtiene lo que quiere, te lo dice alguien que lo sabe muy bien.

—Estoy empezando a sentirlo —Maggie levantó las cejas en dirección al sauna y luego ambos vieron hacia la casa de Pauline: una mancha blanca que se asomaba entre los árboles.

—Ha decidido que eres su nueva mejor amiga —la deslumbró con una rápida sonrisa y sus miradas se cruzaron, la sonrisa se desvaneció rápido. Se sentaron en silencio un rato más. Otra palomilla aterrizó en un tronco a medio metro de distancia.

—Creo que aquella acaba de salir del cascarón por allá.

Maggie lo miró.

—¿Sabes todo sobre palomillas? —se burló—. ¿Eres como un experto?

—Tenía un capullo en aquel árbol —señaló, luego se dio cuenta del gesto de ella—. No me obsesiona la naturaleza, ni nada. Solo que cuando trabajas afuera todo el día, es difícil no darse cuenta de lo que otros animales están haciendo.

Liam volvió a poner su trabajo en el piso y se inclinó hacia atrás, estirándose. Era casi el anochecer.

—Bueno —Maggie se levantó—, estoy segura de que quieres terminar algunas cosas antes de que anochezca...

Liam no refutó su decisión como hubiera esperado. Solo levantó una mano y se despidió de ella.

—Un gusto conocerte —dijo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar.

—Maggie —la llamó de repente y ella volteó—. Este lugar no está nada mal. Es bastante bonito. Te gustará.

—Ah. Gracias —levantó la mano en el aire para despedirse y después se volteó y trotó de regreso al camino principal.

Había algo en Liam —su rareza, su silencio, su atención por cosas como los capullos— que provocaron que Maggie se sintiera más ligera mientras trotaba sobre lo que quedaba de Water Street. No era cosa de todos los días conocer a alguien que la sorprendiera, la mayoría de la gente era sorpresivamente *predecible*. Y ahora ella había conocido a dos personas así.

El sol se estaba ocultando en el horizonte cuando llegó a su casa. Destelló como la parte superior de una moneda de oro y luego desapareció detrás del agua. Escuchó

a su papá podar el pasto crecido. Pero ahí, de ese lado, era aún abundante y lleno de saltamontes que se dispersaban, se reunían y se volvían a dispersar. En la luz amarilla evanescente, el techo de metal de su casa resplandeció y Maggie levantó la cara hacia la brisa que venía del agua y que mecía los árboles. Por fin caminó cansada hacia la orilla del lago y sumergió un dedo en el agua helada.

Miró el lago y trató de adivinar cuáles de los puntos distantes eran las islas sobre las que había leído, y donde todos los barcos pudieron haber desaparecido. Alguien había hecho una fogata en una de las playas a lo largo de la costa norte, y con la brisa le llegó el olor del humo. El sonido de algunas personas riéndose a lo lejos se convirtió en un eco a través del agua, y Maggie recordó leer que el agua es un gran conductor del sonido. Se sintió relajada y tranquila en una forma que no recordaba sentir en la ciudad, y trató de tomarse tiempo para apreciarlo.

Maggie no creía en Dios o en la astrología como Jacie, ni siquiera en la interpretación de los sueños, no creía en nada que no pudiera tocar, sentir y ver. Sin embargo, se descubrió diciendo una plegaria, ¿por qué? No estaba del todo segura: por regresar a Chicago, por ser feliz ahí, por estar protegida de las cosas importantes que no podía anticipar. Dijo una plegaria por la chica muerta en Whitefish Harbor, solo porque pensó en ella. Se encontró a sí misma deseando algo que no podía identificar.

Y después, debido a una oleada de frío que se había deslizado en el aire tras la puesta de sol, envolvió las manos alrededor de los brazos, tiritó y dio la vuelta para entrar a la casa.

Maggie tocó en la puerta de Pauline el domingo en la tarde, después de cambiarse la ropa que había usado para trabajar. El Emporio resultaba poco satisfactorio y era solo el segundo día, la mañana parecía haber durado toda una vida.

La temperatura había bajado un poco, frotó los dedos y metió las manos en los bolsillos mientras contemplaba el campo otoñal y las hojas cambiantes hasta que Pauline abrió la puerta en pijama, tenía una gran taza de té caliente en la mano. Su cara se iluminó.

—Viniste.

Dentro, la casa estaba immaculada: pisos de mármol, alfombras artísticas, esculturas y sofás que se veían tan suaves que podías hundirte en ellos y nunca salir. El aire acondicionado estaba a la máxima potencia a pesar del clima frío. Todo parecía sellado herméticamente. Cruzaron una vasta sala rumbo a unas escaleras que se retorcían hasta el segundo piso. Al alcanzar el final de las escaleras, Maggie notó que alguien estaba en uno de los sofás y supuso que era la mamá de Pauline.

La señora Boden estaba sentada frente a la televisión con una revista. Miró hacia arriba y sonrió educadamente a Maggie.

—Ella es Maggie, la vecina, vamos a ir a remar —dijo Pauline.

—Hola Maggie, gusto en conocerte —dijo distante—. Lamento no haber ido a conocer a tus padres todavía.

Ella era bonita de la manera en que lo eran las madres, rubia con ojos de gato cafés, y se veía más joven que la mamá de Maggie. Tenía una postura perfecta. Vestía impecable unos pantalones oscuros y un suéter sobre una camiseta sin mangas, parecía que ella los hubiera planchado. Maggie no la hubiera escogido como la mamá de Pauline en un millón de años.

—¿Qué tal, te está gustando aquí hasta ahora?

—Está bien —contestó Maggie.

—Genial —miró a Pauline—. ¿Alguien más va a ir?

—Liam —dijo Pauline, atormentada, volteó a ver a Maggie.

—Ah —fue todo lo que dijo su mamá.

Maggie siguió a Pauline por las escaleras alfombradas hasta el pasillo y luego voltearon a la derecha.

El cuarto de Pauline era caótico en contraste con el resto de la casa, su ropa estaba en una enorme pila en el centro del cuarto, y las paredes estaban cubiertas con recortes de revistas de flores, colibríes y arte abstracto, pegados en desorden por aquí y por allá, sin aparente diseño o razón. En su ropero se amontonaban pequeñas chucherías, un corazón de papel maché que podría haber hecho un niño, una caja de música en forma de violín, un pequeño fantasma blanco, junto con botellas de

perfumes caros, ninguna tenía tapa. Pauline sacó indecisa unos pantalones y unas camisetas de la pila (Maggie notó algunas etiquetas de diseñador), al fin se vistió con un suéter azul arrugado y *jeans*. Se cambió delante de Maggie.

—Tu mamá se ve muy diferente a ti —dijo Maggie.

Pauline se abrochó el pantalón y asomó la lengua entre los labios.

—Sí, ella es... —Pauline se miró brevemente en el espejo y se acomodó el cabello largo y desordenado detrás de las orejas—. Ella es muy *educada*.

Bajaron las escaleras y cruzaron la sala, donde besó a su madre en la mejilla.

—Te quiero, mami.

La señora Boden le dio una palmadita en la mano y le dijo que también la quería. Pauline tomó una bolsa para la compra de la barra de la cocina y luego condujo a Maggie fuera de la casa.

Liam las esperaba en el borde del agua.

Las chicas se subieron a la canoa, Maggie se puso uno de los dos chalecos salvavidas en cuanto se sentó. Liam levantó el ancla, y subió después de ellas. Mientras él remaba para alejarse de la orilla, Pauline buscó dentro de la bolsa y encontró unos Cheetos. En un segundo los había abierto y se estaba llenando la boca con ellos, mientras se inclinaba sobre el filo del bote para ver si podía divisar algún pez.

—No nos vayas a volcar, mujer —le dijo Liam a Pauline, quien prácticamente colgaba un pie a un lado. Maggie lo miró de reojo y sonrió. Se le notaba más animado en compañía de Pauline.

—Me ha empapado más veces de las que puedo contar. Parece que lo hace a propósito.

Maggie amarró su cabello oscuro en una liga y luego verificó que su chaleco salvavidas estuviera bien amarrado. Todo indicaba que sería un deslumbrante día frío de otoño. El cielo era azul puro y la luz del sol destellaba en el agua. Pauline se enderezó y volteó a mirarlos.

—Mi papá y yo navegábamos siempre, cuando era pequeña.

—¿Ya no? —preguntó Maggie.

Pauline se quedó pensativa un momento, golpeando los talones contra un lado del bote, sentada sobre sus manos, y mirando hacia la isla de su derecha.

—Bueno, él murió —lo dijo a la ligera, como si tratara de no darle demasiada importancia a las palabras—. Era un pescador que se casó con la *gran heredera del té*. Pero solo era un chico promedio del pueblo. Nació en Gill Creek. Era muy chistoso, lograba que mi mamá se riera de todo, incluso de ella misma. Ya no lo hace, pero él conseguía que se muriera de risa. Creo que por eso se casó con él, aun cuando su familia la tachó de loca. Él *amaba* a Liam.

Maggie no estaba segura de preguntar algo o no. Pauline miró fijamente a los lados del bote, procuraba permanecer tranquila.

—No pasó lejos de aquí. Tuvo un ataque al corazón. Él y unos amigos estaban en un bote de pesca. Fue una de esas cosas raras.

A Maggie le dieron escalofríos en los brazos.

—Pasó cuando tenía once años —Pauline se encogió de hombros—. Y eso fue todo.

—Ay, lo siento mucho —murmuró Maggie.

—Parece que pasó hace mucho tiempo —los ojos de Pauline se nublaron y se secaron poco a poco con el aire que le golpeaba la cara—. Siempre que estoy aquí pienso en eso. Bueno, lo que quiero decir es que es difícil olvidar la muerte de papá, así que pienso mucho en eso, pero sobre todo aquí en el lago. Mi mamá nunca viene por lo mismo. Pero yo no quiero perderme algo solo porque... las cosas salieron mal. La vida es corta —se encogió de hombros de nuevo, luego estrechó sus manos—. Eso es lo más importante que aprendí de mi papá.

Pauline señaló a la distancia y para su sorpresa, Maggie vio que habían dejado atrás una saliente, y tenían una vista perfecta del pueblo, se veía pequeño a la distancia.

—No sabía que se podía ver todo el pueblo desde aquí —dijo.

—Sí claro, no está tan lejos como parece cuando manejas. De hecho las personas caminaban sobre el hielo para llegar al pueblo, hace mucho tiempo —añadió Pauline—. Cuando estaba lo suficientemente frío como para congelarse o imagino que también cuando estaban muy desesperados. Hay muchas historias aquí, ya verás. Muchos chismes raros.

Maggie vislumbró el pequeño pueblo a lo lejos, se preguntó si podría ver el techo del Emporio.

—Por ejemplo, ¿has escuchado algo sobre Pesta? —Pauline preguntó de repente. Maggie sacudió la cabeza.

—¿Quién?

Pauline miró a Liam, y Maggie también lo miró por encima del hombro. Él puso los ojos en blanco afirmativamente.

—Es un mito noruego —continuó ella—. Tú sabes, muchos escandinavos se asentaron aquí.

Maggie asintió, había sido difícil *no* darse cuenta en el camino de llegada: *bungalows* temáticos europeos, nombres como Haugen y Bjornsson en los buzones, los restaurantes temáticos escandinavos (uno con cabras montañasas en el techo), los cafés temáticos europeos diseminados entre antiguos puestos de cohetes, tiendas de pepinillos, panaderías y todo lo que parecía gritar turismo de verano.

—Es una vieja muerta —continuó Pauline—. Básicamente es la Parca. Deambula por las orillas rocosas, recoge las almas de los muertos y se aparece en las casas, esperando. Si te asomas a tu ventana y la miras paseando a lo largo de la costa hacia tu casa, estás..., bueno... —ella volteó los dos pulgares hacia abajo.

—Bueno, gracias por decirme —respondió Maggie—. Nunca volveré a dormir.

Pauline dejó salir un chirriante ¡ja!

Durante el resto del camino le explicaron a Maggie la vida en Gill Creek, describieron los dos grupos principales: los jubilados y la gente que había nacido ahí. Le contaron a dónde iban los turistas (los restaurantes en el centro de la ciudad) y a dónde iban los locales (fogatas en la playa, una fonda llamada Isla, un sitio llamado Café Moose). Le contaron sobre Washington Island, Pauline dijo que era tan inhóspito y hermoso que podría ser Islandia y más allá, la desierta Rock Island. Le prometieron llevarla en el *ferry* alguna vez.

Pauline fue a una escuela privada en Sturgeon Bay, explicó, y Liam se había graduado (casi tenía dieciocho) y estaba trabajando medio tiempo en un servicio de comidas para ayudar a su papá a pagar las facturas, hasta que se le ocurriera qué hacer después. Pauline estaba acostada con el rostro hacia el sol y las piernas recargadas con descuido sobre Liam, como un niño. Ella miró a Maggie, en ese momento se veía tan hermosa, de piernas largas, perfecta. Su brillante cabello enredado le caía sobre la espalda y a un lado de la canoa.

Liam giró y empezó a remar hacia una larga playa desierta cubierta con guijarros. Bajaron del bote y Pauline preparó un pícnic: un mantel, queso, pepsi, bocadillos. Se recostaron en la manta y miraron el agua.

Maggie sintió como si hubieran remado hasta el borde de la Tierra.

—Nademos —dijo Pauline y se puso de pie.

Maggie negó con su cabeza.

—No sé nadar.

Pauline se estaba quitando su camiseta para quedarse en su ropa interior rosa pálido. Tenía una larga cicatriz que bajaba por un costado de su espalda y que resaltaba su belleza. Pauline levantó un chaleco salvavidas amarillo y feo.

—Lo siento, se me olvidó, podríamos solo meternos. Vamos.

—No gracias —dijo Maggie sacudiendo la cabeza—. De cualquier manera está demasiado fría.

—El lago mantiene el calor por un tiempo.

Liam resopló detrás de ella.

Maggie sacudió la cabeza.

—No traigo traje de baño.

No era posible que ella se quedara en ropa interior enfrente de Liam, sus curvas no eran tan fáciles de perderse como las de Pauline. Pero a lo que se resistía era al agua: oscura y profunda.

—Bueno, métete con tu ropa —Pauline la llamó con la mano—. Te secarás al sol.

Maggie suspiró, pensó que podía al menos quedarse en lo bajito. Se levantó, enrolló sus pantalones sobre las rodillas y se alisó el cabello hacia atrás. Caminó en el agua fría a un lado de Pauline, poco a poco se acostumbró a la temperatura, permitió que solo las puntas de sus pantalones se mojaran. Pauline se estiró para tomarle la

mano y Maggie incómoda dejó que la jalara. Liam se quedó en la orilla construyendo una pila de rocas.

El agua era vigorizante pero el frío resultaba casi electrizante. Pauline la soltó, se agachó bajo el agua y luego se levantó, escupiendo un chorro de agua como si fuera una fuente y pareciendo no darse cuenta de que su ropa interior era prácticamente transparente.

—¿Cuánto tiempo llevan de novios? —quiso saber Maggie—. Liam me dijo que se conocieron cuando eran niños.

—¿Liam y yo? —Pauline ensanchó los ojos y frunció los labios pensativa, se peinó como un mohicano—. Ah, no somos novios. A veces la gente lo cree pero no. Somos amigos.

—Ah, pensé que sí.

—Sí, todo mundo lo piensa. Mi mamá se enojaría mucho si Liam y yo fuéramos novios —Pauline lo dijo bajito así que Maggie tuvo que ponerse junto a ella—. Me amenaza constantemente con mandarme a vivir a Milwaukee con mi tía, y estoy bastante segura de que es por él, dice que pasamos demasiado tiempo juntos.

Maggie miró a Liam, quien parecía estar contemplando las rocas totalmente concentrado.

—¿Qué tiene en su contra? —preguntó Maggie.

Pauline pensó.

—Bueno, su papá es bastante raro. Ya verás. Es muy antisocial, tiene un taller mecánico y apenas les habla a los clientes. Además, es un ateo declarado. Tiene acento ruso. Creo que se mudó a Estados Unidos pocos años antes de que Liam naciera y después la mamá de Liam se regresó. La gente habla de él.

Pauline reflexionó, luego resopló.

—La mejor parte es que tiene un autobús Volkswagen VW pintado con muchas frases ateas y todos los domingos, durante la misa de doce, conduce dando vueltas alrededor de la iglesia New Community. Es divertidísimo. Creo que la desventaja es que todo el mundo piensa que está loco.

Pauline comenzó a regresar hacia la orilla, pero Maggie se quedó atrás un momento. Miró a Pauline salir del agua y a Liam clavarle los ojos absorto hasta que dirigió la mirada al piso. Tal como Maggie lo había sospechado, Liam se ruborizaba rápido, el rosa subía por sus mejillas. Pauline, aparentemente distraída, se envolvió en su camiseta como si fuera una pequeña toalla y comenzó a saltar para secarse. Liam era solo un año más grande pero daba la impresión de ser mucho más mayor que Pauline. Parecía que hubieran crecido juntos aunque a diferentes velocidades. Por ponerlo de una manera, él no podía quitarle los ojos de encima, y Pauline tenía la falta de modestia y timidez propia de un niño.

Durante un segundo Maggie deseó que alguien la *viera* así. En Chicago la habían apodado «Santa Margaret» porque apenas había besado a alguien. No era exactamente una santa, solo que sus amigos fingían que el sexo no era complicado.

Maggie nunca iba a dar un paso con los ojos cerrados, incluso si todos sus amigos saltaban de lleno en esa dirección. Aun así, ella quería cosas igual que otra gente. Solo que ella las quería *con prudencia*.

Empacaron todo y empezaron a navegar a casa al mismo tiempo que el sol se ocultaba. El aire era más frío cada noche y a Maggie se le puso la piel de gallina. Liam debió notarlo porque le aventó su camisa de franela que estaba hecha una bola en su regazo. Una vez que estuvieron en tierra firme pusieron la canoa en la caseta para botes.

—Les quiero enseñar algo —dijo Liam guiándolas hacia el patio.

—No puedo. Mi mamá y yo tenemos una cita para ver *Friday Night Lights* en Netflix —suspiró Pauline—. Desearía que tuviera una cita de verdad y me dejara en paz.

Abrazó a Maggie y después a Liam y trotó hacia su cobertizo trasero. Se despidió por encima del hombro antes de desaparecer en la gran casa blanca.

—Bueno, aún puedo mostrártelo a *ti* —dijo Liam obviamente decepcionado aunque con cara amable. Maggie estaba mojada y tenía frío pero tenía curiosidad. Entraron al bosque en diagonal, con dirección hacia el agua, dejaron atrás la propiedad de Liam. Parecía que estaban alejándose del agua cuando los árboles se abrieron y se encontraron con una pequeña ensenada, casi tan redonda como un estanque, rodeado de árboles y bañado en la temprana luz de luna. Lo que la sorprendió fueron las figuras en forma de manchas blancas y cafés. Tenía que haber como cien de ellas dando vueltas alrededor del agua y posadas en los bancos. Gansos canadienses. Muchos de ellos dormían, algunos se acicalaban a sí mismos o entre ellos.

—Aquí descansan en su camino al sur desde Canadá —dijo Liam—. Cada año, en la misma época.

En casa, Maggie no le habría puesto atención a una parvada de gansos. Pero aquí había algo mágico en ver las plumas blancas de sus colas susurrando en el atardecer. Le parecía raro que en todos esos años que había vivido en la ciudad, cada otoño, los gansos habían estado ahí, no tan lejos, habitando todo un mundo, diferentes, silenciosos. Se acuclillaron y se apoyaron en un viejo tocón de árbol y los pocos gansos que se mantenían cautelosos empezaron a serenarse. Un par de ellos nadó hacia el borde y luego salió agitando sus plumas. Se posaron frente a Liam.

—Lo siento muchachos, no tengo nada para ustedes hoy —estiró su mano despacio y con delicadeza, uno de los gansos examinó su palma vacía—. Normalmente traigo comida. Muchos de ellos son los mismos que otros años, siempre regresan al mismo lugar. Así que me conocen.

Retorció los dedos y volteó la palma hacia abajo; los gansos perdieron interés y se alejaron.

—Pauline los ama, pero nunca recuerda que regresarán, así que casi siempre puedo sorprenderla. Incluso me convenció de que intentara agarrar un ganso para

ella, una vez, cuando teníamos diez años. No salió muy bien. Terminé en el lago.

—¿Haces todo lo que Pauline te pide? —preguntó Maggie bromeando un poco, conmovida por su devoción. Le parecía anticuado, para nada como los chicos modernos.

Liam frunció el ceño pensativo.

—No puedo evitarlo. Mi papá me enseñó que así tenían que ser los chicos. Si una chica quiere algo uno debe hacer lo que sea para dárselo. No es que a él le funcionara.

Se sentó y miró una nube pasar delante de la luna nueva, era casi un rosa pálido contra el cielo oscurecido.

—¿Quieres esa nube?

Maggie rio.

—Sí, por favor. La he querido desde hace mucho tiempo.

Con el ceño fruncido Liam empezó a dibujar números en la palma de su mano con el dedo.

—Solo estoy calculando el ángulo y la velocidad que necesito para disparar al cielo.

Maggie se rio y dos gansos despegaron del lago y aterrizaron unos cuantos metros más lejos. Liam miró hacia el agua de nuevo y empezó a contar para sí mismo en un suspiro el número de gansos. Por alguna razón que ella no podía explicar, Maggie pensó en tocarle la nuca, qué tibia se sentiría en el aire frío.

—Mejor me voy a casa —se levantó y se sacudió las piernas—. Mis padres se preguntarán dónde estoy.

Sin una palabra Liam asintió y la guio a través del bosque, aun cuando la oscuridad había caído por completo. Él sabía el camino de memoria, daba vueltas donde ella solo podía ver sombras hacia delante. En el filo del jardín Maggie le entregó su camisa.

—Buenas noches, gracias por los gansos.

Maggie estaba a medio camino cruzando la cocina cuando de pronto su mamá apareció en el arco, con una mirada de alivio en el rostro.

—Qué alegría que estés en casa, Mags. He estado preocupada —dijo, después regresó por el mismo camino que había llegado—. Estamos viendo las noticias. ¿Cómo estuvo tu día?

Maggie la siguió por las puertas de cristal de la sala donde sus padres habían colocado su pequeño y antiguo televisor.

—¿Por qué estaban preocupados? —preguntó.

Sus ojos siguieron a los de su mamá a la pantalla del televisor, la cual mostraba la fotografía de una chica que sostenía una rosa en su graduación de preparatoria. El comentarista la describía como brillante, hermosa y prometedora. *Segunda chica perdida*, se leía al final de la pantalla.

—Fue a hacer senderismo en las dunas y no regresó —dijo su madre—. Siempre piensas en tus propios hijos cuando sucede algo así.

Maggie miraba la tele molesta. ¿Por qué los reporteros siempre detallaban cómo eran las chicas muertas o desaparecidas? Como si importara. ¿También decían que los chicos perdidos eran guapos? *El chico perdido era muy apuesto...*

—¿Qué tal estuvo el paseo? —preguntó su mamá—. ¿Pauline tiene potencial para ser amiga?, ¿cómo es?

Maggie pensó.

—Sí, supongo. Ella es... —intentó encontrar la mejor palabra para describir a Pauline— muy bonita.

Luego pensó en lo hipócrita que era.

Su papá la miró con ironía, levantando las cejas.

—¿Eso es bueno o malo?

Maggie atoró la uña del pulgar en la boca, distraída.

—Ambos, quizá. Para ella.

—Bueno, eres la chica más guapa que conozco.

—Estás genéticamente predispuesto a decir eso.

—No significa que no sea cierto.

Esa tarde, después de sacar el escalofrío de los huesos con un largo baño caliente Maggie se sentó en el pórtico trasero, arropada con una manta, con un libro de texto de historia europea en su regazo, contemplando el lago. En lugar de pensar en el día en el agua, se preguntaba si la chica perdida podría estar ahí afuera en algún sitio, perdida en la oscuridad acuosa.



A Maggie, Pauline y Liam el lago Michigan les debe parecer tan immaculado como una hoja blanca de papel. Pero yo lo he visto con más profundidad.

No recuerdo cuántas veces he estado en el fondo del lago, y esto es lo que he visto: autos viejos que alguna vez trataron de cruzar el hielo en invierno y se hundieron; casas que se desintegraron en el borde del agua, cosas que la gente ha tirado con la esperanza de nunca volverlas a ver: diarios, llantas, refrigeradores, incluso fotografías. Si eres un hilo de humo como yo, puedes hundirte bajo el agua y ver lo que se ha perdido para el mundo de arriba: esqueletos atrapados en botes, las ventanas oxidadas y puertas de hierro de barcos pesqueros medio hundidos en la arena. No sé a dónde han ido los fantasmas pertenecientes a esos esqueletos. Ellos han dejado solo sus huesos. He estado buscando a otros espíritus a lo largo de la orilla, para preguntarles mis dudas, pero parece que soy el único.

En el sótano donde duermo, solo hay una cosa que me espanta, y me gustaría preguntar sobre eso también, por encima de todo. Es un agujerito de luz que proviene del piso y se proyecta en la pared derecha. Es imposible que eso sea, pero ahí está.

No me acercaré. Algo muy profundo me dice que podría ser mi fin. No estoy listo.

Y creo que algo viene por una de estas chicas, o ambas. Creo que estoy aquí para salvarlas.

La graduada hermosa y prometedora apareció el sábado siguiente flotando en el muelle principal en Ephraim, con los brazos abiertos como si intentara volar lejos. Como en el caso de la primera chica fallecida, no hallaron marcas que indicaran algún forcejeo. El médico forense decretó su muerte por ahogamiento. Todos en El Emporio Perdido de Elsa estaban hablando de eso cuando Maggie entró la mañana del domingo.

Durante la noche la temperatura había bajado drásticamente y después de apresurarse a cruzar el estacionamiento sin abrigo, el aire caliente del Emporio hizo sentir bienvenida a Maggie a pesar del olor a polvo y café quemado. Elsa tenía el *Gil Creek Crier* abierto sobre el mostrador de enfrente y se negaba a levantar la vista aun cuando una cliente la esperaba de pie.

—Se trata de antigüedades —dijo sin remordientos después de que Maggie se deslizara a su lado y la mirara registrar los artículos de la mujer sin prisa—, no es cirugía cerebral. La gente puede esperar.

Maggie se recargó en el mostrador y leyó por encima de su hombro. Elsa le sirvió una taza de café.

—Está haciendo frío allá afuera —dijo Maggie.

—Un pescador la encontró mientras venía de regreso. Sus padres estaban histéricos.

Elsa señaló el artículo como si Maggie necesitara una prueba de que los padres «estuvieran histéricos» en esa situación, luego, aturdida, abanicó su cara con la mano.

—Es demasiada coincidencia, dos chicas en tres semanas. Alguien las mató.

Elsa sacudió la cabeza.

—¿Por qué a ellas? Debe ser porque eran jóvenes, ¿o las mujeres grandes también son su blanco?

Sacudió la cabeza de nuevo, más fuerte, esta vez haciendo un chasquido con la lengua.

—Cosas como esta no pasan aquí —suspiró.

A Maggie le pareció que Elsa se estaba divirtiendo un poco. Intentó cambiar el tema, pero Elsa lo retomaba: la chica, sus buenas calificaciones, lo hermosa que era.

—No soy buena en situaciones como estas —continuó Elsa—. Soy la primera persona en ponerme histérica. Esta mañana manejé hasta Target para comprar un spray de pimienta.

—¿Sabes?, solo debes de pensar en las estadísticas —dijo Maggie—. Estadísticamente es muy improbable que algo te suceda.

A ella no le gustaba entretenerse con las noticias terribles de los periódicos.

—¿Sabías que un tipo manejó a Nashville desde California porque quería capturar a Taylor Swift y encerrarla en su sótano? —Elsa prosiguió como si no la hubiera escuchado—. Hay gente loca allá afuera.

Elsa tenía una pila de revistas *People* a un lado de la caja registradora para probarlo, y Maggie estaba empezando a creer que Elsa consideraba a Taylor Swift, y quizá a Lindsay Lohan también, como parte de su familia.

—Algunos más locos que otros.

Elsa levantó la vista para seguir a Gerald mientras cargaba el cuerno de un viejo gramófono.

Dos semanas ahí y Maggie ya estaba acostumbrada a los ritmos del Emporio, a sus olores raros y a sus vendedores extravagantes. Gerald tenía un puesto en la parte trasera de la tienda, donde vendía más que nada gramófonos, radios viejos y tocadiscos antiguos, uno de los cuales solía estar prendido a cualquier hora. Siempre ponía viejos éxitos, y a Maggie le gustaba escuchar la música flotando desde la parte trasera de la tienda: Billy Holliday o Etta James. Él sí que parecía loco. Tenía el cabello puntiagudo, rostro afilado y penetrantes ojos grandes y saltones que le recordaban a un águila. Algunas veces Maggie lo descubría observándola. Ahora que Elsa lo miraba fijamente, parecía no tener la fuerza para observar y siguió caminando al final de la tienda.

Elsa recargó el codo en el mostrador y asintió hacia Maggie en actitud conspiradora.

—Es él. Te lo apuesto. Estamos trabajando con un... —y entonces Elsa dijo la palabra *psicópata*.

—Solo porque luce extraño no significa que sea un asesino —respondió Maggie—. Los tipos grandes a los que les gusta mirar a las jovencitas no son tan raros, por desgracia.

Elsa cruzó los brazos y miró hacia el pasillo, después levantó un dedo para darse toquecitos en la punta del labial.

—Bueno, no significa que no lo sea.

En ese momento un sonido emergió de la parte trasera de la tienda. Él puso otro disco en el gramófono, algo viejo, como *jazz* instrumental.

Elsa levantó las cejas.

—Dime si escuchar discos viejos y rayados no es algo que haría un psicópata.

—Un psicópata o amante de la música —contestó Maggie con sarcasmo.

Elsa sonrió satisfecha por su astucia, enrolló la revista y le dio un golpecito a Maggie.

—La próxima vez contrataré a un estudiante promedio, eres demasiado lista.

Ambas voltearon a mirar a una chica que venía hacia ellas de la dirección opuesta.

—Ay, aquí viene —murmuró Elsa y se movió a la parte más lejana del mostrador con su revista.

Hairica era el nombre con el que Elsa la había bautizado, aunque su nombre real era Érica. Tenía la edad de Maggie, a veces trabajaba en la tienda para cubrir el turno de su mamá. Su puesto tenía las cosas más feas en el Emporio: servilletas con holanes de encaje y lámparas estridentes y sobrecargadas. «Cosas que solo a tu bisabuela muerta le gustarían», en palabras de Elsa.

Elsa, quien era vecina de Erica, le había puesto el apodo de Hairica^[2] porque era inusualmente peluda, tenía el cabello largo hasta la cintura, tenía la raíz del cabello en el centro de la frente, sienes velludas, y pelusa delgada en los cachetes y barbilla. La primera vez que Elsa la había nombrado así, Maggie había tenido que fruncir mucho el ceño para evitar reírse. Intentó no solapar la impertinencia de Elsa, pero era difícil.

Ahora Maggie le sonreía amablemente a Hairica mientras se acercaba al escritorio con una lámpara verde brillante, imitación Luis XIV, tenía pintada gente con pelucas que se divertía en un césped.

—¿Puedes calcular su costo y ponerlo en el libro de contabilidad? —Hairica le preguntó mirándola con timidez—. Lo acabo de vender.

Maggie googleo el precio: 365 dólares. Lo anotó en las columnas adecuadas.

—Es... muy lindo —dijo ella.

—No lo es —dijo Hairica. Una pequeña sonrisa tímida se dibujó en sus labios.

—Okey, es horrible —admitió.

Hairica se rio. Maggie abrió la boca para decir algo más, pero Hairica se ruborizó, dio la media vuelta y regresó a su puesto.

—¿Conoces a Pauline y a Liam? Viven en Water Street —Maggie se volteó para preguntarle a Elsa.

Elsa asintió.

—Conozco a todos.

—Son mis vecinos, me llevaron a remar.

Elsa asintió tratando de mantener la boca cerrada, aunque por supuesto no lo logró.

—Yo no me emocionaría mucho si fuera tú.

—¿Qué quieres decir?

—Liam y su papá son unos raros. Me ponen nerviosa, por lo menos el papá. Y los Boden solo piensan en... los Boden.

Maggie escuchó esto sin saber cómo tomarlo.

—Ya sabes, las chicas bonitas como ella, con todo ese dinero. Se acostumbran a que todo gire alrededor de ellas. Su mamá es igual. Ensimismada. Creen que tienen derecho a todo.

Maggie supuso que podía ser verdad, aunque creía más bien lo contrario. Le parecía que Pauline estaba muy lejos de eso.

Pero en un momento Elsa había cambiado el tema de conversación a Matt Damon. Según ella, Matt Damon no podía hacer ningún daño.

Después de su turno, Maggie pasó la tarde en Coffee Moose, procurando avanzar en *Moby Dick*. Esa noche, mientras manejaba de regreso a casa vio que todas las luces en la casa de los Boden estaban prendidas y los sonidos de una gran fiesta salían de las ventanas.

Sintió un calambre por no haber recibido una invitación, pero supuso que no conocía tanto a Pauline. O tal vez Elsa tenía razón, quizá Pauline solo quería su compañía cuando estaba aburrída. Estaba rumiando sobre esto mientras se dirigía a casa, donde encontró a sus padres leyendo con atención una caja de registros financieros en el piso de la sala, calculaban su presupuesto.

La casa se veía mucho mejor, esa semana su mamá había pasado sus noches barnizando los pisos del primer piso para que no se vieran tan rayados y decrépitos. Maggie aventó algunas prendas al cesto de la ropa sucia. Leyó algo de Isabel Allende en la sala hasta que sus padres se fueron a dormir.

Arriba, su cuarto era sofocante, casi podía ver el calor salir a bocanadas del viejo radiador. Abrió la ventana para dejar entrar aire frío, permaneció de pie mirando las estrellas y tiritando, a medida que el clima enfriaba lucían más brillantes.

Notó movimiento en el pasto entre las dos casas.

Era Pauline, parada bajo la luz de la luna. Había subido un árbol caído que estaba apoyado en un ángulo agudo contra otro árbol, caminaba por la pendiente con los brazos extendidos para equilibrarse, vestía un gorro tejido y no llevaba chamarra. Estaba tan alto que si se caía, fácilmente se podría romper algo, y Maggie contuvo la respiración. En ese momento Pauline volteó a la ventana de Maggie y la saludó con ímpetu. Perdió un poco el equilibrio y se enderezó de inmediato. Maggie cerró la ventana, bajó las escaleras y salió al jardín en calcetines, el frío le calaba la planta de los pies.

—¿Estás practicando tu rutina de equilibrio en viga?

Pauline no titubeó.

—Sí, he estado practicando mi bajada.

Miró hacia abajo, dejó caer los brazos, suspiró y luego descendió al pasto.

—Odio las fiestas.

—¿Por qué?

—Todo mundo quiere hablar conmigo.

—Eso suena terrible —dijo Maggie con sarcasmo—, eres exactamente lo opuesto a la chica tímida de la fiesta.

Sonrió satisfecha.

—Estoy hablando en serio. Lo odio. Me dan ganas de gritar.

Maggie podía imaginárselo, Pauline atraía a la gente no solo por su apariencia sino también por su energía vibrante y contagiosa.

—¿Por qué toda la gente habla de cosas de las que solo pretende estar interesada?

—No lo sé, es la manera de ser de la gente —Maggie tuvo escalofríos y se envolvió con los brazos, agitó las piernas para mantener calientes los pies.

—Así también es mi mamá. Pero creo que es porque no es del todo feliz. Porque extraña a mi papá. Yo no seré así.

Pauline suspiró, un fino rastro de vapor blanco le salió por la boca, luego la estudió.

—Desearía ser más como tú. Eres tan tranquila.

Maggie sacudió la cabeza.

—No soy tranquila, solo soy... indecisa. Siempre pienso que las cosas no han empezado sino que están a punto de empezar. Siempre pienso que en breve mi vida se convertirá en esta gran historia, tan pronto como empiece.

Pauline puso un pie delante del otro mirando fijamente sus dedos.

—No puedo imaginarme todo eso para mí. Nunca sabes cuándo vas a...

Sacó la lengua colgándola, como si estuviera muerta.

—No me puedo imaginar mi vida si me quedara en Door County, ni tampoco si me voy de aquí. No me puedo imaginar el futuro.

Sonrió traviesa.

—¿Crees que eso signifique que moriré joven?

—Quizá.

Pauline estalló con su carcajada rasposa que prácticamente lastimaba los oídos y trepó de nuevo al árbol caído.

—Tal vez es así como moriré. En la bajada.

Se escuchó el chirrido de una puerta que se abrió en el patio trasero de Pauline y dentro los sonidos de charlas, platos y vasos tintineando. Y luego la voz de la señora Boden llamándola.

Pauline bajó de nuevo, sus hombros caídos como si fuera una niña de tres años, todo su cuerpo retorciéndose por el disgusto.

—Mi mamá siempre me obliga a participar de estos eventos porque soy su valla de seguridad. Ash. Adiós.

Levantó la mano, la sacudió y empezó a caminar.

—Ay, espera, perdón por no preguntarte antes, ¿quieres venir? Es horrible.

Maggie de repente se sintió culpable por lo que había pensado antes. Miró hacia su casa, luego hacia Pauline, se abrazó más fuerte.

—Suenan tentador, pero no. Voy a leer.

—Chica lista.

Pauline se dio la media vuelta, medio arrastrándose, medio caminando sobre el césped, como si estuviera camino hacia la horca.

Maggie no se pudo concentrar en *Moby Dick* y tampoco pudo dormir. Vagó por los cuartos de puntitas sobre los pisos de madera lisos. La casa se sentía enorme y silenciosa. Por fin se arrastró a la cama y miró fijamente el techo. No se dio cuenta de que se durmió cerca de las cuatro de la mañana, la despertó una voz en el jardín. Al principio pensó que era una persona que se lamentaba. Luego el sonido comenzó a

separarse en palabras. Después de todo, no se trataba de un lamento sino de una canción.

Escucho tocar las campanas de la iglesia
Escucho cantar a un coro
Vi a mi amor caminando hacia el altar
En su dedo él puso un anillo
Todo lo que pude hacer fue llorar

Era una hermosa voz que se colaba por las ventanas del pórtico lateral. Maggie bajó de puntitas las escaleras y emergió envuelta en una tela afgana en el patio de madera. Una luz salió de la cocina a sus espaldas, su madre salió para acompañarla.

—Es Etta James —dijo su madre.

Ambas permanecieron mirando el instrumento conectado al enchufe del pórtico. Un gramófono girante y antiguo.



Me interno en el aire matinal y gris; sigo a un copo de nieve cuesta abajo hacia el pórtico de los Larsen. La tierra parece susurrar cuando el primer copo del año cae en Maggie Larsen y su mamá, solo una fina cubierta, como si el invierno estuviera goteando en los dedos de los pies. Pronto su cabello está espolvoreado de azúcar. Me elevo con el canto de Etta James.

He empezado a flotar por encima de la península para buscar a otros fantasmas como yo en la Tierra, pensando que brillarían para revelarse porque recuerdo que los fantasmas brillan. (Aunque me pregunto: ¿solo entre ellos? ¿O no brillan?). Aparte del resplandor de las luces eléctricas, la península está a oscuras, grandes franjas de bosques, costas extensas y oscuras.

Aun así, abajo, en las primeras horas del amanecer, algo corre desenfrenado por Gill Creek. Se inclina sobre unas latas de basura, golpetea en las ventanas, respira en los cuellos de las personas. Los residentes creen que son animales o el viento. Pero yo creo que es el miedo en sí mismo.

Regreso a Maggie, quien está ahora sola en el pórtico. Ella también siente al frío glacial bajar por el cuello, la sensación de que algo la amenaza muy cerca. Trato de imaginar que soy su ángel guardián, trato de enviarle fuerza, pero no lo siente.

Le dan escalofríos y el momento se ha ido.

El martes, Maggie estaba sentada en la mesa de cristal de la cocina bebiendo café y leyendo un libro de texto, tomando notas para un ensayo sobre literatura comparada, mientras su mamá, que estaba sentada frente a ella, hablaba con su jefe. Fue entonces cuando escucharon un rasguño en la puerta.

Maggie miró por la ventana y no había nadie. Pero cuando pegó la nariz al cristal y miró hacia abajo, descubrió a Abe sentado en el descanso del pórtico, golpeaba el rabo contra las tablas de madera. Llevaba una pequeña nota de papel en el collar. Maggie abrió la puerta y sacó la nota.

Día nevado, nos fuimos. No quise despertarte. Fui a casa de Liam. Ven.

Maggie abrió el refrigerador y enrolló una pieza de jamón para Abe, quien se la comió en un bocado y salió corriendo. Le prometió a su mamá que regresaría a tiempo para tener una jornada completa de trabajo escolar, luego se puso sus botas, sombrero y abrigo y caminó con dificultad a través del campo fresco, sus huellas señalaban la extensión blanca detrás de ella. Solo había caído una pulgada de nieve sobre la tierra pero era suficiente para cubrir todo el campo con una capa blanca, con lo cual los rasgos del patio desaparecieron. Inhalaba profundamente el aire frío, y en lugar de tomar el sendero, cortó por el pequeño bosque, pasó por el claro donde estaba el sauna para ver el progreso de Liam. (El techo estaba colocado, pero todavía faltaba una pared, el espacio vacío estaba cubierto por una lona de plástico azul).

La casa de Liam era una cabaña grande de madera, de un piso. Se levantaba cerca de la orilla del lago y estaba rodeada de gruesos árboles. Una delgada columna de humo salía de la chimenea, llenaba el bosque con un delicioso olor a humo. Un cardenal se cruzó en el camino de Maggie y recordó que su mamá decía que los cardenales eran los espíritus de aquellos que amamos y están cuidándonos, aunque Maggie nunca había perdido a alguien que amara. Quizá era el papá de Pauline. El infame autobús Volkswagen estaba estacionado en la entrada para autos, era viejo y oxidado pero pintado con un amarillo brillante. Leyó las frases pintadas a un costado con morado: «Si Jesús está dentro de mí, espero que le gusten las fajitas porque eso es lo que está recibiendo» y «Viva la Evolución». Un vívido diablo rojo estaba dibujado debajo del retrovisor, junto a lo que se parecía a Pie Grande y al Hada de los Dientes, con una frase debajo que leía: «Científicos por satán».

Liam abrió la puerta vestido con los pantalones de la pijama y una camisa de franela con botones que colgaba medio abierta. Pauline estaba envuelta en una cobija gruesa, también en pijama. Estaba sentada frente al fuego con una vara en la mano, rostizando un bombón. Conscientemente Liam se abotonó la camisa cuando Maggie

entró a la casa. Estaba llena de detalles hechos a mano, como una cúpula con delineado de cobre arriba de la sala e intrincado trabajo de madera alrededor de las ventanas.

—¿Dónde encontraste eso? —preguntó Maggie señalando el modelo de un barco colgando de una esquina del techo. Nunca había visto algo así.

—Yo lo hice —contestó Liam con pudor, mirando hacia arriba. Permaneció de pie con la mano sobre el sillón.

—Liam puede hacer lo que sea. Prácticamente construyó su casa —dijo Pauline desde la alfombra, levantó las piernas para formar una «L».

Liam se encogió de hombros.

—Yo ayudé, mi papá y yo la remodelamos, era una choza antes de eso.

Se sentaron en la alfombra a un lado de Pauline.

—Eso debió tomar muchísimo tiempo —dijo Maggie.

—Cuatro años muy largos —Liam estiró su mano para alcanzar la galleta integral que le pasaba Pauline.

—Galletas integrales con bombón para desayunar —dijo Pauline feliz. Liam alimentó la fogata.

Maggie observó el barco, maravillada por sus puertas y ventanas miniatura. ¿Cuántas horas había trabajado Liam en ella? Había otras naves desperdigadas en la casa, animales tallados en madera y muebles rústicos. A Maggie le encantó todo el sitio. Le recordaba al lugar donde vivían los elfos en *El señor de los anillos*.

—Ven a conocer a mi papá —dijo Liam.

La condujo a un salón acogedor con paneles de madera en la parte trasera de la casa. Al seguirlo, percibió el olor del cedro, la fogata y quizá también el jabón que usaba Liam. Era como si hubiera entrado a tierra de hombres. Él giró a la derecha y ella lo siguió, cruzaron una puerta para llegar a una cochera pegada a la casa. Sus repisas estaban repletas de sierras y herramientas para esculpir. Contra la pared del lado derecho había un hombre encorvado sobre una mesa de trabajo que no levantó los ojos para saludarlos.

—Papá, ella es Maggie, nuestra vecina.

El señor Witte permaneció inmóvil un momento, como si estuviera absorto en su trabajo, después giró en su asiento y miró hacia arriba.

—Hola Maggie, nuestra nueva vecina —dijo.

Tenía barba, ojos azules que parpadeaban. Parecía un aldeano escandinavo de 1800. No era lo que esperaba.

—¿En qué está trabajando? —preguntó ella.

—Bueno, ve por ti misma —tenía un acento débil.

Maggie se acercó. Era el modelo de un barco, había pintado minuciosamente el casco con rayas negras y amarillas. Todo era tan pequeño e intrincado que Maggie se sorprendió de pensar cómo había sido posible hacerlo.

—Es hermoso, señor Witte.

El señor Witte se encogió de hombros.

—No es algo que interese a las adolescentes.

—No. Es *muy* interesante, es increíble.

—¿Cuáles son tus intereses? —preguntó para probarla.

—Eh, me gusta leer.

—¿Quién es tu autor favorito? —preguntó abruptamente, cortándola.

—Mmm... —Maggie se sintió nerviosa, como si estuviera en una entrevista de trabajo, miró a Liam quien abrió los ojos disculpándose—. Me gustan las hermanas Bronte. Ahora estoy leyendo *Moby Dick*.

—¡Bah! Melville era un plagiario.

Resopló y regresó a su trabajo, nada impresionado.

—¿Has leído a Tolstoi?

Maggie se encogió de hombros. No había leído a Tolstoi.

—¿Thomas Mann?

Ella sacudió la cabeza.

El señor Witte suspiró como si lo hubiera decepcionado y regresó a su trabajo, sin reparar que seguían en el cuarto. Liam la miró con un gesto de desamparo, como diciendo «así es él», y después la llevó de regreso al cuarto de enfrente, donde se tiraron en la alfombra junto a Pauline.

—Creo que le agradas —dijo Liam.

—No.

—En serio —dijo Liam ruborizándose, avergonzado—. Así es él cuando es amistoso, lo siento. Es un cascarrabias convencido de su inteligencia superior. Pero a pesar de todo es dulce. Es un gran padre.

Maggie les contó sobre el gramófono que había encontrado en el pórtico, y sobre Gerald del Emporio, y ambos se asustaron muchísimo.

—Le dije a mi mamá que había sido uno de ustedes. No quiero preocuparla.

—Debes decirle para que lo arresten —dijo Liam.

—No pueden arrestar a un tipo por dejar un gramófono en tu pórtico.

—Pero sí por tirar basura en la calle —propuso Pauline.

—No sé ni siquiera si fue él. Llamé a Elsa y dijo que le pediría a uno de los chicos del Emporio que hablara con él, ella no habla con él porque cree que es el asesino.

Pauline dejó salir un fuerte gemido.

—Todo mundo cree que todo mundo es el asesino. La chica en el 7-Eleven dice que es Sam, el chico del Museo Marítimo de Gill Creek, porque tiene unas cejas siniestras. Yo creo que es Liam.

Liam se quedó mirando el fuego.

—Le puse más palitos.

—De cualquier manera los asesinatos no sucedieron cerca de aquí. Sturgeon Bay abarca toda la península. Todo este asunto acabará pronto —dijo Pauline.

—Bueno, la gente de Door County puede descansar ahora que conocemos tu opinión experta —dijo Liam enfático.

Pauline enrolló su calcetín hasta que formó una dona y se lo aventó, él lo atrapó con una mano y la miró, ambos parecían enojados y al mismo tiempo a punto de reírse. Existía una tensión eléctrica permanente entre ambos, como un hilo cuyos extremos estiraba cada uno, lo jalaban con fuerza y lo soltaban y lo volvían a jalar.

—¿Alguno de ustedes lo quiere?

La voltearon a mirar confundidos.

—El gramófono.

—Me encantaría —dijo Liam.

—Lo hará pedazos y luego no los podrá armar de nuevo. Como Humpty Dumpty. Destripa todo para saber cómo funciona.

Algo vibró, y Pauline sacó el celular de su bolsillo.

—¿Tienes señal aquí? —preguntó Maggie.

—Casi nunca. A veces alrededor de la casa de Liam. Es básicamente para saber la hora. ¡Bah! —miró la pantalla.

—¿Qué?

—Este chico de la escuela, James Falk. No se da cuenta de que no pienso que es increíble como él cree.

Pauline puso su celular lejos y regresó frente al fuego. Ignoró la negra mirada de Liam y sostuvo sus manos delante de la chimenea con satisfacción.

—El fuego es tan lindo y caliente. ¿No te encantaría vivir en un sitio en el que hiciera calor todo el tiempo? Me encantaría vivir en Austin, ese es mi sueño. Me encantaría ser una de esas cantantes compositoras que se presentan en todos los bares y usan pantalones brillantes.

—¿Te mudarás allá cuando te gradúes? —le preguntó Maggie y agitó una mano en el aire.

—Mm, no lo sé.

—Pauline no cree en planificar —Liam la miró con un gesto de castigo.

—Pero para obtener las cosas que quieres se requiere planificar, si de verdad las quieres —dijo Maggie, en esta área era una experta.

—Sí, pero ¿cómo puedes planear algo?

Pauline comió otro bocado y habló mientras masticaba.

—Todo cambia totalmente de cómo lo planeas.

Maggie se permitió discrepar. Planificar era su religión.

Liam apretó una de sus manos contra la otra, claramente frustrado con Pauline.

—Bueno, dudo que alguien venga y te diga: «Ey, ven a cantar a mi bar en Austin y por cierto, aquí tienes un departamento y un boleto de avión».

—¿Tienes ganas de que me vaya? —respondió Pauline fingiendo fruncir el ceño.

Liam se rio.

—Solo quiero que consigas lo que deseas.

—Bueno, *tú no estás* haciendo nada —dijo Pauline burlona.

Él se recargó en el sofá, rostizó meticulosamente el contorno de su bombón como todo un experto, el resultado era perfecto.

—No me importa quedarme aquí, me gusta el frío. Me gusta estar cerca de mi papá. Podría vivir en el norte toda mi vida.

Quebró una galleta integral y colocó encima el bombón.

—Aunque hay cosas que quiero ver.

—¿Cómo qué? —preguntó Maggie.

Liam pensó.

—Bueno, al norte, en Michigan, hay un manantial que es muy profundo y cristalino así que puedes ver doce metros al fondo, como si fuera vidrio. Conserva la misma temperatura todo el año y puedes ver el agua mineral burbujeando a través de la arena, la arena... *emana*. Mi papá dice que el fondo parece la punta de un volcán. Y hay truchas plateadas enormes que han vivido en ese pequeñísimo estanque toda su vida. No está permitido nadar. Pero me gustaría.

—¿Eso es lo que te gustaría ver? —bromeó Pauline—. ¿En este mundo gigante?, ¿un estanque de truchas a dos horas de camino?

Liam se recargó en el sofá de nuevo, sin inmutarse.

—Nunca dije que fuera ambicioso, Pauline.

Levantó sus cejas hacia Maggie.

—¿Y tú qué? —dijo Pauline—. Por favor dime que tienes planeado algo más interesante que un riachuelo de truchas.

Maggie se encogió de hombros.

—Sí, tengo un montón de cosas planeadas, ir a la universidad, en Northwestern. Luego obtener un trabajo en finanzas, tal vez en el centro de Chicago. Me pongo nerviosa si no organizo las cosas a futuro.

—Guau, eres toda una adulta —dijo Pauline perpleja, entrecerró los ojos mientras estudiaba a Maggie.

—Me lo dicen bastante seguido.

En casa, sus amigos siempre recurrían a Maggie para pedirle consejo, curitas, una lima de uñas, antibacterial (llevaba suministros en la bolsa y mantenía una reserva en su mochila). Jacie a veces la llamaba abuela Mags.

—De hecho, no me puedo imaginar que alguna vez fuiste niña —musitó Pauline, apoyó la barbilla en las manos.

Maggie estaba distraída, sostenía su galleta a medio comer en una mano, pero espabiló cuando se dio cuenta de lo certero del comentario. Dolió un poco. Veloz como un pez, Liam acercó la cara a su mano y le robó una mordida. Después le sonrió de oreja a oreja. Maggie sintió cómo se ruborizaba.

—Vamos abajo, al Roadrunner a comprar *pizza* —dijo Pauline de repente, se levantó y se estiró, lucía alta y delgada de pie sobre ellos.

—Me muero de hambre.

Maggie se maravilló del apetito de Pauline, ya había comido tres galletas con chocolate y malvavisco.

—Me robó las palabras. Liam se puso de pie, levantó su abrigo del sillón y se lo puso, después cargó a Pauline de la cintura y la quitó de la puerta, simulando querer llegar a la pizzería antes que ellas. Luego regresó y abrió la puerta para que salieran, como todo un caballero.

Se amontonaron en el auto de Pauline.

—¿Están seguros de que podemos atravesar la nieve?

—Llantas para la nieve —pellizcó la mejilla de Maggie y sonrió irónica—. Chica de ciudad.

El auto inició la marcha y se detuvo.

—Lo siento —dijo Pauline, inclinándose sobre el tablero.

—Es temperamental. Algunas veces arranca. Otras veces no. Mi mamá sigue intentando comprarme un auto nuevo, pero este es el dueño de mi corazón.

Puso la llave sobre el tablero, Liam se inclinó desde el asiento del pasajero y aflojó el arranque golpeándolo con la palma de la mano. Lo desprendió como si fuera un mecánico experto, luego puso la tapa de nuevo. Esta vez, cuando Pauline metió la llave, el auto volvió a la vida.

—Se llama delicadeza —dijo Liam. Movié la palanca, cambié el modo del calentador al máximo y siguió manipulando el ventilador para que el aire caliente saliera en dirección de Pauline. Maggie escuchó que algo se rompía.

—Ay —Pauline le lanzó una mirada a Maggie por el espejo retrovisor mientras salía en reversa—. Rompe todo.

Comían parados fuera de la tienda, mirando el puente que cruzaba sobre el estrecho hacia tierra firme en Wisconsin. Maggie pensó cuánto extrañaba la *pizza* real de Chicago. Mientras, Pauline sostenía la llave del auto frente a ella para mostrarle que estaba quemada y derretida de un lado.

—La aventé a la chimenea una vez que estaba muy enojada con el auto.

La puso dentro del bolsillo de sus *jeans*, luego miró sobre el hombro de Maggie.

—Ey, miren —dijo señalando al otro lado de la puerta de vidrio de la pizzería.

Dentro de la tienda todos veían la televisión fijamente.

—Vamos adentro para oír mejor.

Entraron despacio, se frotaron las mejillas para calentarlas, escucharon y miraron.

Una tercera chica había aparecido en White Stone. No había regresado a casa después de la escuela el día anterior y la habían encontrado esa mañana en el agua, a unos cuarenta y cinco metros de la orilla. Los conductores de los noticieros habían empezado a usar la palabra *serial*. Se había establecido un toque de queda oficial a las 8:00 pm en todo el condado para cualquiera menor de veintiún años. Y el puente entre Gill Creek y tierra firme se levantaría esa noche, en caso de que el perpetrador estuviera todavía en la península y pudieran atraparlo.

—Parece que te mudaste aquí justo a tiempo para que todo el condado comenzara a cerrarse alrededor de nosotros —dijo Pauline.

Maggie no sabía qué decir. La televisión siempre hacía parecer fácil la vida de los adolescentes, con muchos mensajes de celular y compras y muchas quejas que nadie de sus conocidos hacía en realidad.

Pero en Door County estaban muriendo.

Como la señora Boden estaba en una reunión en el pueblo, esa noche vieron películas en la televisión gigante de Pauline. Estaba medio dormida cuando pareció recordar algo y fue a la cocina, luego salió de nuevo y le entregó un pedazo de papel a Maggie.

—Toma —dijo ella.

Maggie lo miró, estaba cubierto de fotografías de Grumpy Cat, un gato de internet, enojado y de ojos azules.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Un *collage* de Grumpy Cat. Lo hice para ti durante la hora de tareas. Intenté captar sus mejores expresiones —dijo somnolienta, posó la cabeza en el brazo del sillón y estiró sus piernas hacia Liam.

—Mm, ¿gracias?

A la mitad de la primera película Pauline cayó dormida.

—¿Siempre se duerme tan rápido? —preguntó Maggie.

Liam asintió.

—Se duerme en el cine.

Se pusieron a ver la película, y luego Liam continuó en voz baja:

—La gente cree que es una chica alocada. Pero en realidad es como una niña. Se emociona por todo y luego cae rendida.

—¿Crees que debemos irnos? —susurró Maggie.

Liam se frotó un dedo contra el labio, observando a Pauline para tratar de decidir. Luego se levantó. Sin decir una palabra, se agachó y levantó a Pauline del sofá y la cargó sobre su hombro. Maggie se levantó y lo vio subir el primer par de escaleras, hasta que Liam la miró por encima del hombro.

—Ven.

Maggie lo siguió hacia arriba por el resto de las escaleras y atravesó el pasillo hasta llegar al cuarto de Pauline. Bajo la luz tenue del pasillo Liam caminó hacia la cama y dejó ahí a Pauline. Primero quitó las cobijas y después las dobló para envolverla. Jaló las cobijas hasta la barbilla de Pauline, sus ojos revolotearon un momento y se volvieron a cerrar. Se veía tranquila y como había dicho Liam, parecía una niña. Le acarició el cabello y la besó en la frente, Maggie sintió su corazón latir más rápido, como si estuviera viendo algo indebido. Por fin se dio la media vuelta y observó todo desde el pasillo oscuro. En la pared había fotografías de Pauline, su mamá y su papá en el transcurso de los años. Su mamá lucía un poco menos refinada,

en camisetas y *jeans*, con mucha más felicidad en la mirada. De su papá había heredado su color de piel y sus grandes pómulos.

Maggie sintió a Liam acercándose y él recargó su brazo en la puerta, por encima de su cabeza.

—Le gusta despertarse en su cama. Dice que se siente cómoda. Por todo lo que sé, está fingiendo dormir solo para que la cargue.

Él permaneció ahí con su brazo encima de la cabeza de Maggie, como si esperara algo. Maggie dio un par de pasos hacia atrás y con rigidez se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Esa noche volvió a sacar los lápices de colores para darle otra vuelta a la idea del mural, pero no se le ocurrió nada qué bosquejar. En vez de eso sacó un libro sobre rocas que había comprado para sus clases de geología. Le encantaba el libro porque le había demostrado que se podía romper con lo aburrido, las rocas ordinarias se abren y se encuentran colores dentro. Consideró tomar un martillo de la caja de herramientas de su papá en el sótano y sacarlo bajo la luz de la luna para una cacería de piedras.

A pesar de estar cansada, su cuerpo estaba muy despierto. Se descubrió pensando en Liam Witte, quien no era su tipo. Pensó en la costumbre que tenía de frotar su labio con su pulgar.

Jacie decía que Maggie estaba esperando a que todo estuviera alineado perfectamente para empezar a vivir. Pero nada de la vida en la península era perfecto. Maggie se preguntó si así era como empezaba la parte *real* de la vida: todo sucedía un tanto desfavorablemente, te hacía sentir cómo las cosas se despertaban en ti y la imagen del pulgar de Liam entraba y salía de tu mente como el oleaje del mar.

Gill Creek reaccionó con miedo ante el peligro, aunque también con un poco de orgullo. Antes de eso, el condado nunca había sido el centro de atención. El padre Stone, en la iglesia de Maggie, a la que sus padres habían comenzado a asistir cada domingo después del trabajo, tenía más fuego en su caminar y más pasión en el púlpito. Más gente venía a la iglesia, quizá porque había seguridad en las multitudes. Los reporteros grababan en el pueblo y los policías patrullaban durante las tardes, lo que ocurría más temprano a medida que los días enfriaban; buscaban individuos sospechosos en las calles. El papá de Maggie instaló una alarma en casa, aun cuando ella le recordó que no se trataba de un tipo que se metiera en las casas de las personas para sacarlas de sus camas.

Los turistas se habían marchado, y en el centro de Gill Creek las tiendas y restaurantes de temporada —la tienda de papalotes y la tienda de postres escandinavos donde las meseras se vestían como lecheras— habían cerrado sus puertas. Maggie veía sus ventanas oscuras y melancólicas de camino al trabajo. Pero el silencio también dio al pueblo cierta cordialidad, en las cafeterías abiertas todo el año la gente se reunía para comer huevos y café de cincuenta centavos y aislarse del mundo exterior, mientras otros se encontraban en la cada vez más vacía Main Street y hablaban en voz baja sobre sus teorías del asesino.

En el Emporio las compras bajaron, pero a nadie pareció importarle. Maggie se dio cuenta de que Elsa no se había metido al negocio de las antigüedades para hacer dinero sino para socializar, ponerse al tanto con la gente que iba y venía y tener algo que hacer. Ella se podría retirar, lo reveló un día, porque había heredado un dinero que haría cómodo su retiro. Parecía que Maggie era la única que necesitaba el trabajo con desesperación. Y por fortuna Elsa mantenía el Emporio abierto ya fuera con lluvia o con sol.

Un fin de semana tras otro, Maggie registró todo objeto polvoriento, y luego otro y otro más, una bacinica, un juego de cepillos victoriano, un ejemplar amarillento de *Huck Finn*: lo consideró una prueba de que los habitantes de Gill Creek que habían fallecido hacía tiempo, alguna vez habían defecado, se habían cepillado el pelo y habían leído libros como la gente de hoy en día. Observó a Gerald, quien solo se aparecía en la tienda esporádicamente. Elsa dijo que lo había negado todo, había hecho especial énfasis en que había vendido al menos un gramófono cada dos semanas y que cualquiera habría podido comprar uno y dejarlo en el pórtico de Maggie. Maggie sabía que debía de mantener un inventario detallado, más allá del libro de contabilidad de la tienda, y todavía planeaba enfrentarlo ella misma, pero estaba esperando un buen momento, cuando no hubiera clientes.

Mientras tanto escuchó la historia de la vida de Elsa y todos los chismes locales: supo todo sobre los hábitos fastidiosos de la hermana de Elsa, se enteró de que la mujer que vivía en la casa blanca al final de Banks Street era una acaparadora, que Ed, el propietario del restaurante de pescado hervido, estaba engañando a su esposa, que pescar en la punta norte del lago era malo en esta época del año y que todo mundo estaba bebiendo más de lo habitual. También se enteró de una que otra cosa sobre Liam y Pauline. Al parecer a Pauline le gustaba asolearse desnuda y Liam y su papá a veces sacrificaban animales. Elsa hablaba de ellos de la misma manera en la que se refería a las celebridades. A veces Maggie tenía que ignorarla.

En momentos como ese extrañaba Chicago, su tamaño y anonimato. En un reto durante una pijamada con otras chicas, Jacie la había obligado a caminar por Andersonville Park en un leotardo dorado con alas de hada, y nadie la había mirado. Maggie se había preocupado pero Jacie siempre había sido así, amorosa y divertida de manera mordaz. No era el tipo de amiga que Maggie había visto en las películas, con quien podía hablar de sus secretos más profundos. Jacie era el tipo de amiga que te hacía caminar por Andersonville Park en un leotardo amarillo y decir que estaba tratando de relajarte, y que a veces se ponía celosa cuando los chicos te ponían más atención que a ella. De todos modos Maggie la extrañaba muchísimo.

Una tarde, Gerald entró y pasó a un lado del escritorio sin ni siquiera mirarla. Maggie lo vio con el rabillo del ojo. Lo estudió con detenimiento y notó por primera vez que cojeaba ligeramente.

—Elsa, ¿qué tiene Gerald en las piernas? —preguntó cuando él desapareció en el pasillo.

—Bueno, querrás decir *la pierna*, solo tiene una pierna —contestó Elsa como si se tratara de algo que se diera por descontado.

Maggie giró para mirarla, apoyándose en sus manos.

—Elsa, dijiste que pensabas que era el asesino.

—Bueno, podría serlo.

—¿No crees que sería un tanto difícil capturar y ahogar a chicas cuando tienes esa edad y solo tienes una pierna?

Elsa se encogió de hombros.

—No sé cómo los psicópatas hacen lo que hacen.

Levantó la novela de asesinatos reales que estaba leyendo. Como si nadie fuera más experto en psicópatas que Elsa.

Maggie intentó imaginar a Gerald arrastrando el gramófono hasta su pórtico. Ya no le parecía tan siniestro. Lo peor que podría pasar es que se tratara de un inofensivo viejo enamorado.

La primera semana de noviembre, el verano volvió a hacerse presente durante unos cuantos días raros. Casi todos los días de esa semana, durante las tardes, Maggie veía por la ventana a Pauline y a Liam jugando beisbol en el húmedo prado café. Pauline se contorsionaba como araña en el agua; Liam la examinaba con semblante

serio y agudo antes de lanzarle una bola. Algunas veces iba a verlos jugar y otras permanecía dentro y trabajaba en sus tareas: Literatura Comparada Universal, Historia Europea, Cálculo Avanzado y Francés III.

—Cariño ¿podrías poner todos los geranios en macetas y llevarlos al sótano? —pidió su mamá una mañana antes de irse—. Quiero meterlos en la casa por el invierno, no esperaba que nevara tan pronto pero espero que estén bien —cruzó los dedos en el aire.

Maggie se preguntó por qué su mamá los había plantado cuando justo tendrían que meterlos en la casa, pero supuso que se había emocionado porque era la primera vez que tenía un jardín y quería tenerlo bonito.

Esa tarde fue al jardín y examinó la propiedad. Con todo, habían progresado bastante. Hasta ahora su padre había pintado dos lados de la casa. Habían domesticado el prado y podado los arbustos con esmero para que no pareciera que se estaban tragando la casa. Habían pulido el pórtico, en algunos lugares también habían cambiado los maderos y su madre había colgado unas campanillas amarillas de viento. El buzón estaba pintado y habían limpiado un agradable sendero pequeño entre unos arbustos más o menos bien delineados, desde la puerta trasera a la entrada de los autos. La casa ya no lucía en ruinas o abandonada. Había subido de categoría a «desgastada, más encantadora».

Su mamá había distribuido todas las macetas. Maggie empezó a llenarlas, sacó los geranios desde la raíz y los metió en la tierra de las macetas, que luego arrastró hacia la puerta del sótano.

El sonido de pisadas en el pasto la hizo voltear y encontró a Liam parado con una pala.

—Pauline pensó que podrían necesitar ayuda. Vio a tu mamá sacando las macetas esta mañana.

—Ah —Maggie se quitó el cabello de los ojos—. Gracias, estoy bien.

No quería estar sola con él. La hacía sentir quisquillosa.

—Okey —dijo él y levantó la siguiente maceta, del mismo tamaño de las otras con las que ella se había estado peleando como una hora, la cargó como si se tratara de una pluma. Levantó una segunda maceta en el brazo derecho y caminó en dirección al sótano. Maggie suspiró, cargó otra y caminó detrás de él.

Trabajaron durante media hora, cavando, llenando, arrastrando, hasta que el sudor les cubrió el cuerpo y la tierra les cubrió los brazos, las piernas, las pantorrillas, las caras. Los mosquitos volaban en torno a su sudor. Al fin Liam puso la última maceta cerca de la puerta del sótano y se dejó caer en el pasto. Maggie se arrodilló a medio metro de distancia.

—¿Qué hay en el sótano? —preguntó él.

—Además de la lavadora y la secadora, de hecho, no lo sé.

—¿No sientes curiosidad?

Maggie se encogió de hombros.

Él abrió la puerta del sótano y el olor flotó hacia ellos, el aire frío les golpeó la cara.

—Huele a encierro —dijo Liam sonriendo. Entró y luego le ayudó a bajar, los pies de Maggie aterrizaron con un ruido sordo en el concreto frío. El cuarto era bajo y estrecho, el techo estaba justo arriba de sus cabezas.

Había bromeado pero sí olía a pasado, a polvo y cosas que la gente ya no usaba: aceites viejos, metales viejos y aire que Maggie imaginó había sido respirado por última vez en los cincuenta, los veinte o a finales de 1800. Era el tipo de lugar donde la gente guardaba verduras, conservas y cosas así. Apenas podía ver a un metro delante de ella, solo el espacio iluminado por la puerta del sótano y más allá todo era oscuridad.

Empezaron a meter las macetas, cada vez tenían que apilarlas más lejos. De repente e inexplicablemente, Liam cerró la puerta y se quedaron en la oscuridad. Solo había una delgada grieta de luz tenue proveniente de una pequeña ventana en el muro de su derecha, cubierta con un cartón.

Escuchaba la respiración de Liam a su lado, silencioso como siempre.

—Solo quería ver cómo se siente —dijo él por fin.

—¿Te importaría? —Maggie no le pidió que abriera la puerta ni le dijo que estaba asustada. Liam parecía cómodo con el silencio, pero ella empezaba a ponerse ansiosa.

—¿No te parece raro ver colores al principio, cuando la luz se apaga? —dijo ella para romper el silencio—. Justo ahora veo puntos verdes. Un desfile de puntos verdes.

—Yo solo veo líneas rojas —dijo Liam—, es bastante común.

—Cuando era niña siempre me frustraba que cuando abrías los ojos los puntos desaparecían —admitió Maggie—. Quería agarrarlos. ¿Raro, no?

—Todo el que termina en esta península tiene algún tipo de problema —Liam bromeó—. Water Street es como la Isla de los Juguetes Inadaptados.

Respiraron y escucharon el silencio del sótano.

—¿Cuántos años tiene esta casa? —preguntó Liam—. ¿Sabes?

—Mi papá dice que se construyó en 1880 —respondió ella—. ¿Cuáles son tus problemas?

—Amar toda mi vida a una chica inalcanzable —dijo Liam fácilmente sin dudarlo—. ¿Quién hace eso?

No sonaba avergonzado. Parecía que quería seguir hablando, que necesitaba explicarse a sí mismo, pero le tomó unos cuantos segundos.

—A Pauline le gusta hablar sobre lo corta que es la vida y cómo uno tiene que vivirla. No lo sé, creo que a veces es su manera de evitar las cosas reales.

Maggie escuchaba cómo movía los pies en la oscuridad.

—Habla de que su mamá está atrapada en el pasado, por lo que pasó con su papá, pero de cierta forma ella también lo está. Es como si pensara que no tiene futuro solo porque su papá murió joven.

Liam hizo una pausa para organizar sus pensamientos.

—No toma decisiones reales, te apuesto a que termina trabajando en la compañía de té toda su vida porque no quiere decidir nada importante. Y creo que a su mamá le gusta que las cosas sean así. No creo que su mamá quiera que crezca y encuentre su propio camino ni nada. Ella solo la quiere cerca.

—¿Crees que algún día te haga caso? —ella preguntó.

—¿Hacerme caso? Lo dudo. Aunque no puedo evitar sentirme como me siento. Soy un tipo de una sola chica. No puedo evitarlo. Es como una maldición, en serio. Mi papá era igual, aunque mi mamá no se quedó con él.

Hubo una pausa extraña y él se le acercó. Por puro reflejo Maggie se subió a la escalera para abrir la puerta del sótano. Estiró los brazos encima de su cabeza para empujar hacia arriba. La luz del sol inundó la habitación. Frente a ella, estaba Liam hincado. Había encontrado algo en el piso. Lo levantó y se lo ofreció. Una pulsera delicada, sucia por el polvo, con un pequeño amuleto en forma de cereza.

—Lo sentí con mi pie —dijo él y sonrió amigable—. Toma, para ti.

Bajo la luz ella notó que su rostro estaba cubierto de sudor por el esfuerzo de cargar las macetas. Maggie tomó la pulsera pero no dijo nada. La examinó en las manos, se preguntó qué tan vieja era, quién la había dejado ahí y cómo se había caído. Supuso que nunca lo sabría. Liam la miraba con curiosidad. Había demasiadas cosas que le gustaban de él. Maggie sentía su cariño aferrándose a él como si fueran raíces, y no le gustaba, pero no sabía cómo impedirlo. Estaba acompañado con el deseo de acercarse más, su aroma afectaba su pulso.

Afuera, en el pasto, Liam la ayudó a atar las bolsas de la mezcla para macetas y Maggie las levantó en un abrazo gigante.

—Bueno, gracias. Nos vemos.

—Sí.

Liam se volteó y empezó a alejarse. Ella miró al piso solo para darle a sus ojos algo que hacer además de verlo caminar, pero justo antes de que él desapareciera en los pinos, levantó la vista y lo siguió hasta que desapareció, estudió la forma de su espalda, el contorno de sus brazos.

«Maggie, eres una idiota», dijo para sí misma.

Al entrar a la casa acarició la pulsera con su mano.



El corazón de Maggie es rojo oscuro, está tomando otro matiz lentamente. La miro permanecer despierta y esperar algo que tape el hueco que se ha abierto dentro de ella, y me dan ganas de contarle lo que he aprendido siendo fantasma. He visto a demasiada gente estirando los años para saber que las cosas que queremos son más grandes que las que obtenemos y tan profundas como el espacio sideral. Al mirar arriba, más allá del techo del sótano, hacia el cielo frío y vacío, sé que nuestro deseo puede llegar por lo menos así de lejos.

Es la pulsera lo que me desconcierta. Me parece conocida, sé dónde es brillante y dónde es opaca. Sé que unas letras están más descoloridas que otras. En otras palabras la pulsera me da una corazonada y ese es un sentimiento que no recuerdo haber tenido. Mientras Maggie la sostiene para verla de cerca, trato de descifrar el nombre desteñido. Quizá es un nombre. Pero no tengo más suerte que ella.

A través de la ventana puedo oler el aire que viene desde Canadá, brisa llena del Ártico. Si llenas tus pulmones lo suficiente respirarás las capas de hielo, aliento de alce, fogatas de esquimales. Un pueblo fantasma viene a mi mente, al norte de aquí, abandonado a finales de 1800, no sé cuándo lo vi ni por qué. No es el tipo de pueblo fantasma que te imaginas en el Oeste, con plantas rodadoras del desierto y casas de mala calidad hechas de tablillas. Es refinado y sofisticado, tiene una avenida de casas limpias y blancas, un juzgado, una tienda de ropa, una casa del alcalde, un capitolio. Está tan limpio que parece que todos se fueron justo el día anterior. Da la impresión de que de repente todo el mundo hubiera empacado sus cosas y se hubiera ido. Siempre que lo recuerdo me invade la soledad.

Salgo lentamente por mi ventana. Quiero ver dónde están cavando la tumba de la última víctima; la enterrarán en White Stone. Floto por el viejo cementerio, vagando entre los huesos que puedo ver bajo la tierra, algunos están enredados en sus tumbas y otros están estirados como si estuvieran parados sobre un escenario. A veces escucho sus almas susurrando en los árboles. Después de todo, he empezado a sospechar que están aquí, más cerca de lo que revelan. Mi corazón vacío, invisible y ficticio late con rapidez. Quizá también cambie a un tono más oscuro de rojo, no lo sé porque no tengo.

Una tormenta de calor tardía se desata en algún lugar remoto, veo los tenues indicios de los rayos.

Y de repente veo a mi primer fantasma. Es un pedazo de hombre solitario sentado en una piedra, a unos cuantos metros de distancia, transparente y, justo como me lo

imaginaba, brillante. Parece que quiere decirme algo, pero no puedo oírlo y él tampoco puede oírme.

«¿Dónde están todos los fantasmas?», le pregunto, pero ninguna palabra escapa de mis labios. Me mira como si hubiera algo importante que quisiera que yo supiera. «¿Cómo puedo mantener a la gente segura?», le pregunto. Pero él sacude la cabeza. Y luego flota hacia el bosque y se desvanece.

Flota hacia mi casa, sobre un pueblo y otro, hacia Gill Creek y Water Street. De vez en cuando pasa un auto o una persona que camina en el bosque o en las calles.

Si pudiera mostrarte las vidas de la gente debajo de mí, los colores de lo que sienten al dirigirse a este escalofriante otoño tardío, verías verdes, morados y rojos gotear de los árboles y dejar rastros invisibles por los caminos.

En algún momento de esa noche el frío regresó para quedarse. Llegó desde el norte y se asentó para el invierno. Recorrió el cuerpo de la cuarta chica que apareció en el aguanieve al borde del lago en Sturgeon Bay, justo antes del Día de Gracias. Mientras tanto, Gill Creek se unió ante la amenaza. Se organizaron ventas de pan y otros eventos de beneficencia en honor a las familias de las víctimas; hubo actividades para realizarse en el interior todos los viernes por la noche para que las familias acudieran. El pueblo siguió adelante con sus tradiciones y eventos pequeños: habría un festival de otoño y una comilona de pavo el fin de semana después del Día de Gracias. «Rostros del pasado de Gill Creek» se exhibía en el museo de la Marina y el domingo Pauline invitó a Maggie a la exposición.

Manejaron hacia el centro del pueblo en el Mercedes de la señora Boden, el cual estacionaba en la cochera para que se mantuviera brillante y perfecto, negro como la tinta. Maggie se maravilló por el aroma del auto y la suavidad con la que se deslizaba por Water Street, pero también se asombró de que alguien pudiera gastar tanto dinero en un auto. La señora Boden llevaba puesta una gabardina café y pantalones verde esmeralda. Su cabello rubio estaba perfectamente peinado, se había maquillado con labial rojo y delineador negro en sus ojos de gato. Pauline, por otro lado, no combinaba para nada, llevaba una camiseta guinda arrugada, botas azules y un abrigo *vintage* color verde que había comprado en una tienda de segunda mano.

Mientras manejaba, la señora Boden le hizo a Maggie las preguntas que suelen hacer los adultos. ¿Cómo va la escuela? Debes ser muy disciplinada para estudiar en casa. ¿Qué materia se te da mejor? Y pareció interesada en todo lo que Maggie respondió. Asentía con la cabeza al tiempo que decía: «Ya veo» o «¿De verdad?» o «bien por ti», sin embargo era como si solo lo dijera por compromiso. Pauline se sentó del lado del copiloto; miraba por la ventana en silencio.

El museo era pequeño, pero alguien había puesto mucha imaginación en la exposición. Consistía en varias salas por las que caminabas viendo fotografías, en blanco y negro y en tamaño real, de los antiguos habitantes de Gill Creek; databan de la época en que se había inventado la fotografía. Algunas de las fotos estaban montadas en yeso, recortadas con la forma de la gente a la que retrataban, de modo que sus siluetas estaban de pie en el centro de las salas.

Las fotos en las paredes mostraban a la gente en su vida cotidiana: frente a tractores o tiendas, paseando entre la rebotante Main Street, pisando frutas durante el Festival de la Cereza, la reina de la cosecha paseando durante un desfile.

Pauline caminaba lento detrás de su mamá entre una y otra foto. Parada detrás de ellas, Maggie notaba que Pauline imitaba la manera en que su madre inclinaba la

cabeza como si examinara cada foto, aunque no podía detener el golpeteo de su pie, claramente inquieta.

—Ay, Maggie, aquí hay una de tu casa —dijo la señora Boden, volteó y la llamó con la mano para que fuera.

Maggie se paró junto a ella y estudió la foto, sorprendida y emocionada de ver la conocida casa blanca, aunque se veía diferente en la foto..., por supuesto, nueva. Un pequeñísimo garabato en la esquina inferior indicaba que la fecha era 1887, un año después de que la casa se había construido.

Una mujer con un vestido blanco victoriano estaba de pie frente a la casa. La foto era demasiado granulada como para reconocer sus rasgos pero sonreía: sus dientes lucían grandes y blancos en su cara bronceada. Tenía el cabello castaño peinado hacia atrás al estilo victoriano y había algo extranjero en ella. Maggie se preguntó si podía tratarse de la dueña de la pulsera con el amuleto de cereza. Sintió escalofrío en los brazos solo de pensarlo. La mujer se veía tan llena de vida.

Una pequeña etiqueta a la derecha de la fotografía decía: «Marilyn Gustafson, 1865-1889». Murió joven, quizá no mucho tiempo después de que tomaran la fotografía. «¿Cómo había muerto? ¿Por qué se mudó en medio de la nada?», se preguntaba Maggie.

Supuso que la gente nunca cambiaba, perduraba el deseo de luchar y tener la mejor vida posible. Era agradable pensar que algunas cosas permanecían igual después de cientos de años. Estas fotos eran la prueba de que las cosas progresaban, la gente vivía y moría y las casas permanecían en pie.

Maggie levantó la vista para buscar a Pauline y a su mamá, quienes se habían alejado. Caminó a la sala siguiente y hacia otra más y las encontró en el área trasera de la exposición. Pauline estaba viendo la fotografía de un pescador y su hijo joven parados en un bote comercial. El rostro del hombre mostraba arrugas profundas.

La mamá de Pauline estaba acariciando el cabello oscuro y despeinado de su hija, intentaba alisarlo. Pauline procuraba alejarse.

—Mamá ya no tengo cinco años, ya no tienes que peinarme.

—Lo sé pero tienes un cabello hermoso y lo único que tienes que hacer es peinarlo.

Pauline suspiró y cedió, permitió que la señora Boden se preocupara por ella.

—Este es mi tatarabuelo, ¿no te parece increíble? —dijo Pauline por encima del hombro cuando vio que Maggie estaba a su lado, señalando al niño.

—Me gusta esta porque se parece mucho a mi papá.

Volteó hacia su mamá.

—Mami, ¿no te recuerda mucho a mi papá? Los mismos ojos.

Maggie se dio cuenta de que también Pauline tenía los mismos ojos. Su mamá miró la fotografía y luego asintió. Miró de nuevo a Maggie y sonrió, la misma sonrisa que no era de felicidad.

—Maggie, ¿no crees que Pauline es demasiado joven para tener novio? Este muchacho James la llama mucho por teléfono.

Estaba cambiando el tema de la conversación. Pero Maggie no quería discutir con la mamá de nadie, aunque Pauline la mirara ensanchando los ojos con molestia.

—Ni siquiera quiero salir con él —dijo Pauline.

—¿Pero estás siendo clara al respecto? Los chicos necesitan que les delectes las cosas.

—Si ignorarlo por completo es ser clara, entonces sí.

La señora Boden la miró exasperada.

—¿Acaso puedo evitar que seas tan preciada para mí?

—No salgo con nadie mamá. Eres como *Mamita querida* o algo así.

La señora Boden profirió una risita, luego se volteó y se dirigió a otra de las salas.

—Es una exposición muy buena —dijo Maggie para hacer conversación.

—Mi mamá donó 20,000 dólares a este museo —dijo Pauline ausente. Maggie casi se ahoga con su propia lengua—. ¿Qué, crees que es una suma exorbitante? —se volteó para mirarla con mucha sorpresa.

—Es como la mitad del salario de mi mamá —dijo Maggie.

—Ay, disculpa, soy tan torpe, mi mamá siempre me lo dice.

Ambas miraron la fotografía.

—¿No te parecen almas nobles y resistentes? Tú sabes, es muy fácil pensar que alguien es perfecto una vez que está muerto. Mi mamá piensa que mi papá era perfecto y supongo que yo también.

Maggie no sabía qué decir al respecto.

—¿Cómo era, además de chistoso? Recuerdo que habías dicho que era chistoso.

Pauline se quedó pensativa.

—Él me cuidaba, era como si siempre estuviera segura cuando él estaba.

Pauline buscó en su bolsillo y un momento después sacó un pedacito de papel. Le desprendió algo de la parte trasera, luego lo levantó hacia la imagen del hombre que sostenía la mano del niño y lo colocó bajo su nariz. Era la calcomanía de un bigote rizado. Maggie observó nerviosa a su alrededor para ver si alguien las miraba.

—Estoy bastante segura de que este tipo tiene buen sentido del humor. Traje todo un paquete. Vamos a ponerle a los otros —dijo ella—. Vamos a ponérselo a tu chica también.

Más tarde cuando caminaban en el centro, vieron los encabezados en la máquina expendedora de periódicos, les llamó la atención uno prominente: «El mal está entre nosotros».

—No es el mal —dijo Maggie frustrada—. Es probable que alguien tenga malas reacciones químicas y por lo tanto se haya vuelto loco. Bien y mal suena muy bien y simple comparado con lo desordenado y desquiciado que puede ser el cerebro.

Mientras caminaban, la gente miraba a Pauline, sobre todo los chicos. Nunca antes Maggie se había sentido el centro de atención. Pero Pauline parecía distraída.

Estaba vestida descuidadamente, llevaba un abrigo delgado y arrugado; su cabello estaba enredado a pesar del cepillado de su madre con los dedos. Hicieron una pausa frente a una panadería, observaron todos los pasteles detrás del escaparate.

—Yo creo en el bien y en el mal —dijo Pauline. Parecía distante, como si estuviera pensándolo.

Un muchacho guapo, como de su edad, salió de la panadería. Mientras se alejaba caminando, volteó para mirar a Pauline por encima del hombro.

—Pauline, ¿notas cuánta gente te observa?

Pauline sacudió la cabeza como si no le diera importancia.

—No significa nada. No me importa. Es una estupidez.

Maggie no se podía imaginar lo que significaba ser observada constantemente. Sabía que había personas que miraban a las chicas bonitas de buena manera, y que otras, como Elsa, hacían todo tipo de conjeturas negativas sobre ellas, que eran engreídas o maliciosas o cualquier otro cliché atribuido a la belleza. Supuso que era como una bendición y una maldición. Aun así no le encantaba cómo se hacía invisible al lado de Pauline. Una semilla de envidia yacía en el fondo de su estómago y trató de olvidarlo.

—Maggie, estaba pensando en lo que dijiste, sobre el salario de tu mamá. Sé que irás a la universidad y estás tratado de ahorrar y todo eso y mi familia tiene... muchísimo dinero. Mi mamá me da esta pensión, y nunca me gasto todo porque no es humanamente posible. Tengo como 8,000 dólares en el banco.

Maggie la miró.

—¿Te lo puedo dar? —Pauline miró de reojo a Maggie, avergonzada, luego miró de nuevo los pasteles—. No pretendo ser condescendiente ni nada, solo que de verdad no lo necesito. Tal vez me quedaré aquí y trabajaré para mi mamá. Y solo que yo..., no es justo. Quiero que lo uses para la escuela, para que algún día seas una líder mundial o algo así. El mundo necesita a alguien como tú.

Maggie sintió que los ojos le empezaban a picar. Sacudió la cabeza.

—Es... muy dulce, Pauline, pero voy a estar bien. Créeme, estaré bien. En serio, aprecio tu oferta. Mucho.

Pauline miró fijamente a través del escaparate.

—Okey, pero si alguna vez lo necesitas, solo recuerda, la oferta sigue en pie.

Maggie trató de tragarse el bulto en la garganta y siguió su mirada.

Por fin Maggie miró a Pauline y ensanchó los ojos.

—Deberíamos comprar una tonelada de galletas. Podríamos tomarnos fotos comiéndolas. Luego podríamos montar una exposición llamada: «Los rostros de Gill Creek comiendo hasta hartarse».

Una señora que pasaba por ahí le frunció el entrecejo; parecía una de las curadoras del museo.

Manejaron a casa con una bolsa llena de galletas y escuchando un disco que Pauline había escogido e insistido en poner a todo volumen con las ventanas abiertas,

a pesar del frío, el aire caliente salía a ráfagas de los ventiladores.

El granero estaba totalmente encendido cuando Maggie y sus padres cruzaron el estacionamiento. Era un bloque de cuadrados amarillos que brillaban en la oscuridad. A través de las puertas dobles escapaba gangosa música *country* en vivo. Este año el comité del pueblo había convertido la Cena de Pavo anual en un evento de beneficencia para las familias de las víctimas y decidió realizarlo en el enorme granero remodelado que algunas veces funcionaba como centro comunitario.

El interior era cálido y enorme, lleno de gente pero con los ánimos apagados, muchos estaban reunidos alrededor de la mesa de los postres y del bar, platicando y comiendo. Cuando Maggie y sus padres entraron, cambiaron la música por una polka. Maggie se quitó el abrigo y encontró a Pauline y a Liam escondidos en una esquina en la mesa de *air-hockey*, en silencio total (Pauline enfrentaba cualquier juego en el que compitiera contra él con absoluta seriedad). Llevaba una diadema con dos pavos tambaleantes pegados a las puntas de dos antenas elásticas. No levantó la vista cuando Maggie se acercó, solo se mordía el labio al tiempo que empujaba su mano derecha hacia delante, una y otra vez, para regresarle el disco a Liam.

—Hey —dijo Maggie recargándose en la mesa—, vas a zafarte el brazo de la articulación.

Pauline levantó la vista, le brillaron los ojos, sus pavos temblaron. Aprovechando su distracción, Liam se movió en un segundo y el disco golpeó la portería.

—Gol —dijo Liam y se estiró con una sonrisa enorme. Pauline aventó su mazo en la mesa.

—Lindo —dijo Maggie señalando la cabeza de su amiga. Durante un par de segundos Pauline se quedó mirándola sin entender, después recordó y estiró la mano para tocar una antena.

—Gracias, las están vendiendo en el 7-Eleven por un dólar. Te traje una.

Metió la mano en su bolsa gigante de piel que cargaba en la espalda y la sacó, luego la colocó en su cabeza. Maggie miró alrededor del cuarto, todo el mundo iba en su ropa de fiesta, suéteres, pantalones, sacos; casuales pero bien vestidos. Pauline llevaba *jeans* y una camiseta brillante sin mangas.

—Bueno, todos están aquí —dijo Pauline, recorriendo el lugar con la mirada.

—El alcalde Alex —señaló a una mujer cerca de la mesa de bebidas—, mi maestra de tercero de primaria, el dueño del Coffee Moose. Mi mamá quiere que me pare a cantar algo. Cree que canto bien. Ya saben, las mamás.

La mamá y el papá de Maggie estaban en una esquina hablando con una especie de abuela con chaleco. Sus padres eran geniales en las fiestas: inteligentes, interesados en todos y encantadores. Incluso su mamá seguía el ritmo de la polka con el pie. Algunas personas bailaban polka en la esquina trasera, y otras estaban

formadas en el barril de cerveza. Maggie reconoció a Gerald, de la tienda de antigüedades, al otro lado del granero y de inmediato volteó en otra dirección. Un grupo de mujeres se reunía en torno a la mesa de postres, tenían una conversación animada al tiempo que veían a Liam y sacudían la cabeza.

—Esas mujeres están hablando de ti —dijo Maggie señalándolas.

Liam se frotó la mandíbula y se sonrojó, parecía que se estaba retorciendo un poco de vergüenza.

—Es por su papá —dijo Pauline divertida, se le iluminaron los ojos—. Esta mañana puso una calabaza grabada con el 666 frente a la iglesia.

—Piensa que es chistoso —dijo avergonzado y miró alrededor—. Pero no creo que nadie más disfrute la broma.

Un chico de la escuela de Pauline se acercó y la invitó a bailar, y ella se fue con él. Maggie y Liam se sentaron en el sillón a comer pastel y a verla bailar alrededor del salón como una cierva, con sus piernas largas, hermosa. Parecía que las luces y las sombras siempre se posaban sobre ella.

—Te ves bonita —le dijo Liam a Maggie mirándole la muñeca—. Estás usando la pulsera.

—En honor a mis amigos de 1800 —dijo a secas.

Él se estiró para tocarla, deslizó el dedo índice en la delicada cadena.

—Me encanta —dijo ella, más sincera.

No estaba segura de por qué le gustaba tanto, por su misterio, por cómo la habían encontrado en el secreto y oscuro corazón de la casa, o porque Liam la encontró para ella. Ella le mostró el punto en la parte trasera del amuleto de cereza donde había hallado las letras garabateadas, dos palabras, claramente un nombre y un apellido, demasiado descoloridas para leerse.

Maggie sintió un cambio en el aire y ambos levantaron la vista. No sabía cuánto tiempo llevaba Pauline de pie observándolos. Su expresión era seria y tenía la frente arrugada, pero en un segundo ese semblante se esfumó, y lo sustituyó por el de los ojos verdes deslumbrantes y la sonrisa de los dientes separados. Tomó a Liam de la mano, lo jaló para bailar y ambos fueron al centro de la pista de baile. A Maggie le sorprendió que los dos supieran bailar polka. Se movían acartonados, como si ya lo hubieran hecho cientos de veces pero solo entre ellos, los mismos pasos fuera de ritmo, los mismos movimientos de brazos equivocados. No eran buenos, pero combinaban a la perfección.

Tal vez era un buen momento para salir a tomar un poco de aire.

Al salir, los dedos de los pies se le congelaron dentro de las botas casi de inmediato. En Chicago el frío roía los huesos, pero ahí era más agudo. Miró a un grupo de fumadores que cruzaba el estacionamiento, temblando y frotando los pies mientras hablaban, y reconoció a Hairica, había cubierto su profuso cabello con un sombrero grueso de lana. Maggie los escuchó hablar del asesino. Se acercó y se puso al lado de Hairica, quien la reconoció con una mirada amistosa.

—Tal vez se fugó de la cárcel, al sur de la península —comentó alguien.

—¿Conocen a ese tipo de Cherry Street, Chuck Elliot? Está como loco.

Siguieron intercambiando nombres, todos de hombres. Uno de los nombres fue el del señor Witte.

—Es un amante del diablo —dijo una chica rubia.

—Creo que estuvo en la cárcel un tiempo —argumentó un chico.

—Mi mamá piensa que puede ser él —dijo Hairica sumisa.

Maggie sintió un pinchazo y la miró, después miró al resto del grupo.

—No deberían acusar a la gente. Es muy serio.

Hairica se ruborizó, todo mundo guardó un silencio incómodo.

—Lo siento, tienes razón —dijo Hairica.

Maggie había desanimado al grupo, así que decidió dejarlos.

—Guau, hace frío acá afuera. Voy a regresar —le dijo a Hairica.

Hairica también se separó del grupo pero se fue en otra dirección, al límite del estacionamiento, en donde Maggie vio un sendero entre los árboles que llevaba a la subdivisión donde ella debía vivir. Se despidió de Maggie y dejó un rastro de su vaho.

Dentro, a Maggie le tomó un momento darse cuenta del cambio en el estado de ánimo. Todos estaban callados mirando a la banda, y la polka había terminado. En su lugar alguien cantaba, solo con una guitarra al fondo. Maggie se sorprendió al darse cuenta de que se trataba de Pauline.

Se veía pequeñísima frente a los hombres de la banda, un poco avergonzada pero como si ese fuera su sitio. Igual había olvidado quitarse la diadema de pavos o había decidido dejársela a propósito y se veía extraña, porque su voz era fuerte, nostálgica, hermosa. Maggie no podía creerlo, la voz de Pauline era ronca pero tan nítida que le daba escalofríos.

Cantaba una canción *country* que Maggie había escuchado en uno de los CD de John Prine de su mamá. En general no le gustaba el *country*, pero recordaba que le gustaba lo agridulce de la canción, y la voz de Pauline le venía perfecta.

«Conviérteme en un ángel», cantaba Pauline, «que vuela desde Montgomery. Conviérteme en un cartel en un viejo rodeo».

Las palabras no tenían sentido, aunque de cierta forma sí lo tenían. Para Maggie se trataba de una canción sobre querer estar lejos y también querer algo más.

Pauline cantó el coro de nuevo y luego dejó que su voz se apagara con la última nota. Se bajó del escenario abruptamente, se sonrojó cuando todos le aplaudieron.

Fue directo hacia Maggie, encorvada.

—Vámonos —dijo.

Liam las encontró entre la gente y las siguió.

Media hora después estaban sentados a la orilla del estrecho, mirando todo Wisconsin. El puente se clavaba directo en el cielo oscuro, daba la impresión de que

las personas en la península eran prisioneras de Alcatraz. Maggie sopló en sus manos, y Pauline tembló dentro de su abrigo. A Liam no parecía importarle el frío.

—No entiendo por qué estás tan apenada —dijo Maggie—, estuvo increíble.

Pauline se encogió de hombros, y a Maggie le pareció que se ruborizaba.

—No sé por qué dejé que mi mamá me convenciera de hacerlo.

Se envolvió con los brazos, miró hacia el estrecho durante un tiempo y luego se acercó a Maggie y la tocó en el hombro.

—Vamos a jugar a las traes, tú las traes.

Maggie la miró.

—¿Es en serio?

Pauline estaba parada saltando de un lado a otro.

—¡Las traes!

Maggie persiguió a Pauline, pero corrió fuera de su alcance. Se movió como si intentara tocarla de nuevo pero cambió el rumbo y estiró su brazo para tocar a Liam, quien apenas se incorporaba. De niña, Maggie siempre había sido la mejor en ese juego, en cualquier juego en el que se tenía que ser astuto y rápido.

Ella y Pauline se dispersaron entre los árboles del parque y Liam las siguió. Primero fue detrás de Pauline, y Maggie escuchó gritos y alaridos en la oscuridad. Luego reapareció para buscarla. Se ocultó detrás de un maple enorme y permaneció quieta, tratando de mantener la respiración silenciosa e inalterable.

Él apareció como si fuera un sonido, a su derecha. Le tocó una costilla, en un intento por darle forma a su silueta entre las sombras.

—Las traes —dijo él.

Maggie respiró profundo. Cruzó sus brazos encima de su pecho, el rostro le picaba.

—Me agarraste.

Permanecieron de pie, incómodos por un momento. Caminaron hacia el pasto y vieron que Pauline se había olvidado del juego tan rápido como lo había empezado y estaba buscando en la cajuela de su auto. Sacó una enorme caja rectangular cubierta con ilustraciones de flores, dragones y cohetes. Fuegos artificiales.

—Vamos a prenderlos cerca del agua —dijo ella.

—¿Dónde los compraste? —preguntó Maggie.

Pauline se encogió de hombros.

—Por internet.

—Parecen ilegales. Podrías volarte las manos —dijo Maggie, pero Pauline estaba posicionando los cohetes con cuidado, los apuntaba hacia el puente y enterraba sus colas en la tierra.

—¿Alguna vez has visto las luces del Norte? —preguntó Maggie de repente mientras Pauline terminaba de colocarlos.

Pauline sacudió la cabeza.

—Mi papá dice que las vio una vez. Justo en Gill Creek. Cuando era niño. Algún patrón extraño del clima las trajo hacia acá.

—Quiero verlas algún día —dijo Maggie.

Liam y Pauline estuvieron de acuerdo en que era algo que tenían que ver. Todos contemplaron el cielo como si mencionarlas pudiera convocarlas.

Después, al fin, Pauline volteó hacia Maggie.

—¿Quieres encenderlos? Tú eres la responsable.

Le entregó a Maggie un encendedor y después dio un par de pasos hacia atrás. Se veía tan emocionada que Maggie hizo a un lado su reticencia. Liam intentó argumentar que él debería ser quien los encendiera, pero de repente Maggie estaba enamorada de la idea de hacerlo.

Terminaron juntando los cohetes y luego Pauline y Liam se alejaron. Maggie encendió los cerillos y prendió las mechas con un par de segundos de diferencia. Al fin, aliviada, dio un paso hacia atrás para ponerse al lado de Pauline y Liam y se sentaron en la tierra fría a esperar.

Zum, zum, zum.

Observaron; pequeñas chispas se esparcieron en el cielo. Después nada.

Luego... el cielo se encendió. Y hubo una serie de crepitaciones ensordecedoras cuando un corazón rosa resplandeciente voló por encima del puente, haciéndose cada vez más grande antes de colapsar, sus pequeños puntos rosas cayeron en picada. Era enorme.

—Dios mío —susurró Maggie.

No había manera de que la gente no lo hubiera visto. No había forma de que el pueblo entero no lo hubiera visto.

Una crepitación estrepitosa ahogó la voz de Maggie cuando un círculo blanco centelleante compuesto de nubes chirriantes salió disparado al aire: parecía espolvorear el puente en su descenso. Gill Creek se encendió en el agua. A la distancia las figuras minúsculas de unas cuantas personas se reunieron a la orilla del agua para mirar.

Maggie se llevó las manos a las orejas, y eso lo hizo aún mejor: las explosiones sonaron a lo lejos, silenciosas y hermosas.

Después una morada salió volando y al principio la figura era confusa, pero después tomó forma de una gigante cara feliz.

La risa de Pauline era tan fuerte y chillante que Liam se encogió. Maggie no se había dado cuenta de lo grande que era su propia sonrisa hasta que le comenzaron a doler las mejillas. Los fuegos artificiales duraron solo cinco minutos, quizá menos, pero fueron espectaculares. Dio la impresión de que iluminaron a un pueblo perdido en la oscuridad.

Fue Elsa, la vecina de Hairica, quien vio a los policías detenerse en su casa un par de semanas después, el 8 de diciembre; llevaban las luces de la patrulla prendidas pero las sirenas apagadas. Los rumores corrieron de viva voz antes de que los hechos se revelaran esa noche en las noticias.

Hairica no había regresado a casa la noche anterior. Y esa mañana encontraron su auto abandonado a un lado de Miller Park, su sombrero grueso de lana estaba tirado cerca.

Esa mañana nevaba un poco cuando Maggie caminaba por Main Street; sus pisadas crujían en la nieve. Para su sorpresa la tienda estaba cerrada, así como el Coffee Moose, donde habitualmente tomaba su café antes de trabajar porque era mucho mejor que el que Elsa preparaba. Varios otros escaparates, que no habían estado así la semana pasada, estaban apagados.

Se acercaba al Emporio cuando vio salir a alguien que jaló la puerta para cerrarla y luego volteó para correr el cerrojo.

—¿Elsa?

Elsa volteó, se sorprendió y luego pareció aliviarse.

—Dios mío, me asustaste —respiró, se llevó la mano al pecho.

—¿Por qué estás cerrando? —le preguntó Maggie.

Elsa parecía culpable, se ajustó la bufanda en el cuello y miró a lo lejos, luego volvió a mirar a Maggie.

—Fue una decisión improvisada. Lo decidí en mi camino hacia acá.

—¿Qué fue una decisión improvisada?

Elsa dudó.

—Voy a cerrar la tienda durante el invierno.

Maggie sintió que su corazón se hundía.

—En esos días nadie viene al centro a comprar, todos están asustados, nadie va a querer dar un paseo por Main Street. Hair..., lo siento, Erica se ha ido. No tiene sentido que la tienda permanezca abierta.

Se agachó para esconder la llave en el sitio en el que siempre lo hacía, bajo una piedra en la esquina del pasaje.

—Pero... —dijo Maggie sin articular nada—. Necesito el trabajo, estoy ahorrando para la universidad. Yo...

Elsa la miró compasiva y puso su mano en su hombro.

—Lo siento, Maggie, de verdad lo siento.

Comenzó a caminar a su coche.

—Serás la primera persona a la que llame cuando vuelva a abrir.

Maggie permaneció ahí, sin palabras. Por fin logró decir:

—Gracias.

Elsa abrió su auto, miró alrededor como si se asegurara de que no hubiera moros en la costa, luego miró a Maggie y suspiró.

—En esta época del año siempre siento que si podemos superar el invierno estaremos bien.

Le dio una palmadita a Maggie en el hombro y le ofreció una sonrisa alentadora.

—Solo tenemos que llegar a la primavera. De cualquier manera, estoy segura de que te veré en el pueblo.

Maggie asintió. Elsa entró en su auto, giró las llantas sobre el terreno congelado y arrancó. Maggie se quedó en el calor del escape del coche y se dio la vuelta para regresar por donde había llegado.

Aunque estudiara en casa, Maggie tenía vacaciones de Navidad. Cada mañana despertaba para encontrar cristales de hielo incrustados en las esquinas de la ventana de su recámara y témpanos colgando sobre el pórtico lateral. El pasto desapareció debajo de la nieve. Conduciendo sin rumbo fijo, había visto a la gente jalando muñecos de Santa Claus, trineos y nacimientos de madera en sus céspedes. Las luces en los árboles frente a la escuela pública de Gill Creek y las coronas en el juzgado mantuvieron firme el pulso de la península, a pesar del caos. En la casa vecina, la señora Boden había contratado a una compañía para decorar su jardín con doce renos brillantes —radiantes y discretos como doce renos pueden serlo— que avanzaban hacia el agua y miraban en dirección del lago, para que los botes que pasaban pudieran verlos por la noche.

Algunas veces Maggie pensaba en hacer una excursión al bosque para checar el progreso del sauna, y en lugar de eso, por no querer estar sola con Liam, exploraba hacia el otro lado. Se ponía su sombrero, guantes y su gruesa chamarra Columbia, además de sus botas contra el agua que le quedaban cada vez más chicas (no quería pedir unas nuevas y ver cómo su mamá fingía que el dinero no le preocupaba).

Al principio sus padres odiaban dejarla ir al bosque sola, pero Maggie se aburría mucho y con el tiempo sus padres habían cedido; en todo caso la península estaba demasiado aislada para ser un blanco. ¿Qué iba a hacer el asesino, había argumentado Maggie, manejar a una península solitaria y esperar a que una víctima saliera del bosque, por el que raras veces alguien caminaba, con dificultad? Caminó entre los árboles del otro lado de la casa, más allá del punto de su diminuto pedazo de terreno y miró a unos somormujos cornudos aterrizar en el agua. La neblina se levantaba del lago hasta llegar al aire frío y el hielo salía de la orilla y recorría la superficie hacia el interior. Pauline había dicho que el lago se congelaría por completo, pero todavía era difícil de creer, considerando su inmensidad.

Ese fin de semana Pauline exigió que salieran del pueblo a la próspera metrópolis de Green Bay para visitar las atracciones.

—Hay un jardín botánico, deberíamos ir al museo del ferrocarril. ¿Has estado en un casino?

Maggie rio.

Al final Pauline escogió un parque interior temático, Pirateville.

—Tienen sirenas.

Lo dijo como si fuera un hecho, lo leía de la página de internet.

—Está abierto todo el invierno. Tiene un espectáculo en el que las mujeres nadan bajo el agua y respiran a través de tubos y hacen acrobacias vestidas con colas de sirenas.

—Sabes que las sirenas son imaginarias, ¿verdad? —preguntó Maggie.

Pauline le guiñó el ojo con inocencia y luego puso sus manos bajo su barbilla como Ariel.

—Están representando *La sirenita*.

Pirateville —que en el mapa se veía enorme, con una Caleta Pirata y una Taberna del Saqueador— era diminuto. El tobogán en forma de tronco que habían dibujado como un río furioso, estaba cerrado, una laguna de olas miniatura golpeaba tristemente contra una pared de cemento, y el auditorio de sirenas olía raro. Entraron al nivel del piso y subieron hacia unas viejas butacas tapizadas, frente a una cortina que —asumió Maggie— ocultaba las paredes de vidrio del gran tanque de agua.

Las cortinas se abrieron. Desde arriba iluminaban el agua con luz azul fluorescente. La Sirenita nadaba y respiraba por su tubo, bailaba en el agua y sincronizaba los labios con la pista de audio. Maggie miró a Pauline, quien estaba cautivada.

Al final la producción resultó muy buena. Montaron la versión original de la historia, de Hans Christian Andersen, la trágica, no la típica versión de Disney, donde el príncipe se casa con otra mujer y trata a la Sirenita como una hija adoptiva, por lo que ella se apuñala con una daga hecha de su propio cabello.

—Bueno, estoy contenta de que hayamos visto algo alegre —dijo Maggie, en el camino de regreso.

Pauline se veía destrozada.

—Mi papá me leía la verdadera historia. Pero supongo que dejó fuera los malos tragos.

Pauline se tocó la orilla del ojo con un dedo.

—No estás llorando.

—No.

Pauline sacudió la cabeza. Maggie la miró, estaba segura de que tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. Ella resopló con una risa de vergüenza. Y luego Maggie estalló en risas también.

Después de un rato de manejar en silencio Pauline habló:

—¿Sabes?, pensé en invitar a Liam pero últimamente las cosas han estado raras entre nosotros.

Maggie lo pensó y después se armó de valor.

—Pauline, ¿por qué nunca te ha gustado Liam?

Pauline la miró pensativa. Incluyó la cabeza hacia un lado y luego jugueteó con el retrovisor.

—No me gusta nadie. No lo sé. No veo por qué la gente debe tener novio y enamorarse y todo. ¿Por qué no podemos quedarnos así como somos?

Maggie comenzó a morderse las uñas de los dedos mientras Pauline hablaba.

—Mi mamá nunca va a superar que mi papá se haya muerto. Se aferrará a eso toda la vida. Es como si fuera su tesoro, como si ella fuera un dragón y extrañar a mi papá fueran los rubíes gigantes que está custodiando o algo. O sea, la amo, solo que eso la consume.

Pauline dibujó semicírculos regulares en el volante con las manos, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba.

—Eso es amar a alguien.

Maggie la observó. En general ella parecía completamente despreocupada, pero en ese momento se veía triste, perdida y más grande. Pauline pareció regresar en sí misma, de repente cohibida. Movi6 una mano como si estuviera espantando una mosca.

—De todas maneras 6l no me gusta.

Maggie asintió. Pauline no tenía ninguna raz6n para mentir. As6 que no sab6a por qu6 pensar en Liam era como guardar un secreto. Como algo que deber6a ocultar, como los rub6es de la se6ora Boden.

—¿Sab6as que hoy es el d6a m6s corto del a6o? —dijo Pauline, cambiando el tema.

Maggie sacudi6 la cabeza.

—No lo sab6a.

—Es el veintiuno. Siempre lo recuerdo. Porque ahora los d6as empiezan a ser m6s largos. Eso siempre me hace sentir mejor.

Impulsivamente Maggie le dio una palmadita cari6osa a Pauline en la cabeza; consider6 que solo recordaba las cosas buenas.

El mi6rcoles, un poco despu6s de las 6:00 a. m., una chica apareci6 en la comisar6a de polic6a, herida y temblando. Erica «Hairica» Lasstrom hab6a caminado desde el bosque que circundaba el Parque de Diversiones de Zippy, donde la hab6an tenido secuestrada en un peque6o remolque, porque estaba demasiado aterrada como para pedir avent6n.

Hab6a sido su cabello largo lo que le hab6a permitido escapar. Su atacante lo hab6a agarrado y ella se hab6a soltado con fuerza, dej6ndole un mech6n en las manos mientras 6l se ca6a tras perder el equilibrio. Se escondi6 en el bosque toda la noche, demasiado asustada para moverse. En la ma6ana, hab6a caminado entre los 6rboles y se hab6a perdido, al fin hab6a llegado a un sendero y hab6a caminado los seis

kilómetros y medio hacia la estación de policía, rasguñada y con moretones pero viva.

En el informe, describió a su atacante como un hombre alto y musculoso. Él se había cubierto los ojos y la había metido en algún tipo de camioneta. Durante todo ese tiempo él no dijo nada excepto: «métete», pero ella juró que tenía acento. Los detalles de su cautiverio no se divulgaron.

La policía interrogó a varios sospechosos y buscó en el parque de diversiones que había sido abandonado hacía años. No se realizó ningún arresto.

Maggie y sus padres siempre dedicaban un día para decorar el árbol. Este año su mamá había hecho un milagro al encontrar un pino prácticamente gratis en la tienda de Lowe, al que le faltaban unas cuantas ramas y algo seco. Desde que lo pusieron en la sala, había dejado una corona de agujas en el suelo. Su madre había hecho rompoppe casero y había puesto a Nat King Cole en el estéreo porque para ella era importante —siempre lo decía— que Maggie pudiera depender de las tradiciones. También había comprado una montaña de escarcha, más escarcha que la que cualquier familia decente debería poseer, y había prendido una fogata abrasadora en la chimenea del estudio.

Apenas estaban iniciando la primera etapa de la decoración del árbol —siempre ponían las esferas después de las luces— cuando se escuchó un golpe en la puerta. Pauline estaba parada afuera de la cocina. Maggie fue a abrir la puerta.

—Hola, Pauline —su mamá la saludó desde la sala—. Ven a decorar el arbolito con nosotros.

Pauline se quedó afuera.

—Hola señora Larsen. Lo siento, no puedo, tengo que regresar. Solo quería preguntarle a Maggie algo superrápido.

Se limitó a cruzar el umbral y miró a Maggie sigilosamente, bajó la voz.

—Liam quiere llevarme a un lugar el martes, como regalo de Navidad —dijo—. Es como un hotel de hielo en donde puedes cenar en un restaurante de hielo. El caso es que, de veras quiero ir, pero no podemos regresar antes del toque de queda... ¿Podrías decirle a mi mamá que estoy en tu casa? Y si ella llama o algo, ¿le dirías que ya me dormí? Volveremos a las diez, a más tardar a las once.

Maggie se balanceó de un pie al otro. No era buena para mentir y no le gustaba la idea de que Pauline y Liam estuvieran fuera después del toque de queda, con todo lo que estaba pasando. Pero asintió.

—Okey.

Pauline tragó saliva.

—Creo que está planeando llegarme —respondió.

Maggie se quedó fría.

—¿Llegarte? —preguntó, aunque tenía la terrible sensación de que ya lo sabía.

Pauline se envolvió con sus propios brazos.

—Ya sabes, decirme que me ama, pedirme que escoja entre estar con él o no. Se la pasa dándome a entender que es ahora o nunca —Pauline se veía cansada y un poco retraída.

Maggie no sabía qué decir.

—No quiero perderlo como amigo, ¿sabes? No quiero lastimarlo —frustrada, Pauline pateó la nieve—. Bueno, gracias Maggie, te debo una.

—No te preocupes.

Pauline se le acercó y la besó en la mejilla.

—Eres la mejor —se dio la vuelta y corrió a su casa.

De regreso en la sala, Maggie bebió su rompopo y ayudó con la escarcha. Sus padres estaban de excelente humor, y su mamá incluso le puso un poco de ron a su bebida.

—El próximo año podrás beber el doble —dijo con ironía. Maggie se rio y dijo:

—Uy, qué emoción —pero se sentía inquieta. Su padre desapareció un momento y regresó con un paquete envuelto en papel verde que puso en su regazo.

—Regalo adelantado —dijo.

Maggie notó que era ropa. Por un momento se emocionó pues creyó saber qué era. Rompió la envoltura, y quedó al descubierto un papel rojo con rayas blancas, como la marquesina de la tienda del centro, su pulso se aceleró. Dentro había una tela conocida. Y fue ese reconocimiento el que destrozó sus esperanzas. Seda azul estampada con flores fucsias. Era el vestido feo de la tienda.

—Sé que querías el otro vestido —dijo su papá dudoso, casi con timidez—. Esperaba que este fuera una segunda opción.

Maggie abrazó el vestido. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas, se sentía herida porque su padre era tan despistado y a la vez, muy considerado. Luchó por contener las lágrimas.

—Me encanta —dijo animada. Y en verdad lo sentía, por lo que significaba. Pero eso no impidió que se le rompiera el corazón, por todas las cosas que sus padres querían darle pero no podían. La única manera de compensarlos era algún día conseguirlas por sí misma.

Dos noches después, Maggie vio a Liam y a Pauline salir de la entrada de coches.

Maggie nunca descubrió qué pasó esa noche entre Pauline y Liam. Lo único que supo, más tarde, fue cómo terminó todo.

Supo que no habían llegado a casa ni a las diez, ni a las once, y que la señora Boden no llamó pero sí tocó a la puerta de los Larsen para llevarse a su hija a casa. Y por supuesto, Pauline no estaba ahí. La señora Boden no le dijo nada a Maggie, solo apretó los labios y regresó caminando a su casa. Maggie miró el reloj y empezó a preocuparse. Se durmió diciéndose a sí misma que sus amigos solo se estaban pasando de la raya y que volverían a casa pronto, pero su sueño fue inquieto, ligero.

Unas luces rojas y azules la despertaron alrededor de las 12:30 a. m. Desde su ventana, Maggie vio cómo se estacionaban las patrullas, una tras otra. Demasiado asustada para moverse, se limitó a asomarse y frotar con nerviosismo los dedos contra los bordes del cristal. «Por favor, Dios, que estén bien», decía una y otra vez. «Haré cualquier cosa, pero por favor permite que regresen». Su corazón latía rápido, su piel erizada de miedo pasaba del frío al calor.

Las horas se hicieron eternas. Llegaron dos patrullas más y Maggie podía escuchar a sus papás abajo haciendo café y prendiendo la chimenea para calentar los cuartos, donde se colaban las corrientes de aire, pero fingió estar dormida y ellos nunca fueron a despertarla. Vio a la policía dispersarse para buscar en los alrededores de Water Street, en los bosques y en las orillas del lago, sus linternas atravesaban la oscuridad de los árboles. ¿Habrían encontrado el auto abandonado en el camino? ¿Estarían siendo muy precavidos? Miró a su mamá cruzar el césped, llevándole un termo de café a la señora Boden, que estaba sentada en el pórtico. No se atrevió a salir, estaba paralizada, congelada en su lugar, buscaba en la carretera alguna señal de Pauline, rezando por verla aparecer en cualquier momento.

Cerca de las 2:00 a. m. un auto entró por Water Street con las luces apagadas, y se detuvo en silencio. Maggie alcanzó a distinguir la forma pero no el modelo de auto. Se estacionó al final de la calle, y el conductor apagó el motor. Pero nadie salió en varios minutos. Quienquiera que fuera, había visto a los policías, quienes se acercaron despacio al auto.

Al fin las dos puertas se abrieron al mismo tiempo y dos figuras emergieron. Se encontraron al frente del auto y caminaron titubeando.

Maggie se sintió aliviada, sintió el calor de los músculos relajarse, y en silencio dijo una plegaria de gratitud.

La señora Boden permaneció parada en la entrada de la casa, parecía que se iba a derrumbar. Liam y Pauline se deslumbraron por la torreta de una de las patrullas.

Liam tomó la mano de Pauline. Maggie no pudo ver si Pauline agarró su mano o no, porque uno de los policías se acercó a ellos y le bloqueó la vista.

A la mañana siguiente, la madre de Pauline la subió al primer autobús a Milwaukee. Maggie no pudo despedirse.



El tiempo me ha puesto en el futuro. Es el final del invierno, quizás el inicio de la primavera. Los primeros árboles están a punto de florecer, es esa época del año en la que el calor no está aquí del todo, pero ya se empieza a sentir.

Ve algo que no quiero ver.

Una chica yace muerta sobre el hielo, su cabello largo y castaño le cubre el rostro, en su muñeca cuelga una pulsera con un amuleto cereza. Un chico yace en un depósito en la orilla. El aire está helado, seguro estamos a diez grados bajo cero. No puedo soportarlo. Y tan pronto he llegado, me voy.

Ve un búho volar sobre mí. Sus alas son muy anchas y oscuras, parece que está ahuyentando las nubes del cielo. Siento un cosquilleo en el codo, pero lo ignoro. Soy como una casa para las palomillas. Intentan hacerme reír, se meten en las partes invisibles en las que siento cosquillas. Cubren mis codos y rodillas inexistentes. Se posan en mi cara vacía. Si me miraras de lejos, podrías ver que poco a poco me estoy convirtiendo en una persona formada por polillas.

Hoy descubrí a dos fantasmas más. Estaban flotando en el lago y se iluminaron como faros. A medida que se acercaban, me di cuenta de que eran una mujer con un vestido largo negro y un hombre que llevaba un uniforme azul que parecía de capitán. Traté de saludarlos pero se dirigían a algún sitio y no pude alcanzarlos, y de cualquier manera tal vez no me vieron. Iluminaron la orilla por lo largo y desaparecieron.

Ahora floto sobre la chimenea de los Larsen, empiezo a descender. Miro el rastro del humo y distingo los colores de las almas de los árboles ardiendo, flotando en un desorden de rojo, azul, amarillo... algunos crecieron al sol, otros bajo pantanos, algunos más fueron agujereados por pájaros carpinteros, puedo percibirlo todo.

Desciendo al sótano, el agujerito de luz se ha hecho más grande, no me sorprende. Crece todos los días. Cada centímetro me acerca al miedo. Algunas veces ha pasado por mi cabeza que quizá soy Pesta, la diosa de la muerte. Quizá vine aquí a cobrar. Podría ser lo más tenebroso aquí.

Sigo pensando: ¿Qué son unos cuantos meses en una vida adolescente comparados con otras cosas que he visto entrar a la península? Dinosaurios, glaciares, gente viviendo en cuevas, millones de años de organismos. Pauline y Maggie y Liam son solo pequeñísimas manchas. ¿Por qué parecen tan grandes?

Pauline:

Dijiste que querías cartas de verdad, en papel, así que aquí tienes. Acá las cosas siguen igual, lo que por supuesto significa aburrido y extraño al mismo tiempo. Ayer hubo dos noticias en el periódico: rescataron un ganso de Canadá en Millers Park (sé que te sentirás aliviada), y ahora están poniendo un puesto de vigilancia en la frontera de Door County para detener a cualquier vehículo que parezca sospechoso, cualesquiera que esos sean. Por favor, no intentes manejar a casa en una camioneta sin ventanas, ¿va? Lo que me recuerda, ¿alguna vez regresarás a casa?

Los témpanos revisten el techo de toda mi casa. Parece una fortaleza, incluso mi papá está asustado de morir empalado por uno. Pero el bosque de atrás parece un castillo de hielo. Dicen que este será el invierno más frío desde 1823, debido al cambio climático. Quizá algún día aquí será como en Hawái, y podamos surfear en el lago Michigan.

No es lo mismo sin ti. No hay nadie que me obligue a hacer cosas que no debería.

Con cariño,
Liam

Pauline:

¿Cómo es la vida en el negocio del té? Estamos poniendo nuevos barandales que no sean amenazas mortales. Está haciendo tanto frío que se te congelarían el trasero y las mejillas, aunque supongo que pasa lo mismo en Milwaukee. También voy a salir de casa como siempre quisiste que lo hiciera. De hecho, mis padres y yo iremos al Ice Festival en Sturgeon Bay. Mi papá es el tipo de persona de pueblo para quienes están hechos los festivales.

La gran noticia es que me aceptaron en Northwestern. Voy a ganar un montón de dinero cuando me gradúe y voy a viajar por el mundo, y como tú ya eres rica, podrás venir conmigo, pronto vamos a pasarla bomba.

Incluyo una pulsera en este sobre. Salió del sótano y quiero que la tengas. Me gusta mucho, y te extraño, y parece que te pertenece. No lo puedo explicar.

Escríbeme,
Mags

Pauline:

¿Recibiste mi última carta? Te mando una flor seca que encontré en mi jardín, es una locura que viviera tanto. Bueno, hasta que la corté, ja ja ja. Estoy haciendo unos grabados nuevos en el techo del sauna, porque aún no es perfecto. Pienso mucho en la noche anterior a que te fueras. Odio escribir, pero recuerda que estoy pensando en ti. Así quescríbeme.

Liam

Pauline:

¿Hace tanto frío en Milwaukee como en Gill Creek? Creo que al menos dos de mis órganos se congelaron ayer por la noche mientras caminaba del auto a la casa, creo que el hígado y el bazo. ¿Vas a regresar algún día? ¿A veces no sientes como si la mayoría del tiempo esperaras y luego esperaras un poco más? Estoy empezando a leer *Ana Karenina* porque el papá de Liam me avergonzó lo suficiente. Lo sé, me gusta sufrir.

Liam quiere saber si estás leyendo sus cartas. ¿Lo estás ignorando?

Maggie

Maggie:

Mi tía y yo viajamos a Florida el fin de semana largo, siento mucho no haberte contestado hasta ahora. Es extraño, en el avión la gente solo se sienta a escuchar sus iPhones y a beber refrescos. Todos actúan como si no fuera un milagro muy loco estar viendo por encima de las nubes. La gente es tan distraída. En corto, mi mamá dice que puedo regresar a casa cuando sea más seguro. Quién sabe cuándo suceda eso. Te extraño mucho. Eres la única persona con la que puedo compartir mis locuras. No leas mucho, te dañará la vista.

Pauline

Pauline perdió la punta del dedo en la fábrica de té de su tía. Esa fue la primera pérdida de su vida en Milwaukee. La segunda fue lo que algunos podrían llamar una ganancia más que una pérdida: se consiguió un novio.

La tía de Pauline vivía en el penthouse de un rascacielos, tenía vista a la autopista que se precipitaba al sur de Chicago.

Para Pauline —así lo describió en sus largas cartas, que llegaron en sobres que ella misma había hecho a partir de hojas de revistas—, las semanas se volvieron sombrías. Extrañaba los campos y los cardenales saltando alrededor de la nieve, las vistas panorámicas y la belleza del lago. Se estaba adaptando bien a la nueva escuela. Su tía la estaba entrenando para mudarse y aprender a dirigir la fábrica de té algún día, y la idea la deprimía.

La fábrica producía todo tipo de tés: Earl Grey, Assam, Prince of Wales. El polvo de té caía en la nariz de Pauline y en las esquinas húmedas de sus ojos, así que todas las noches de sábado y domingo, al regresar a casa, lavarse la cara transformaba la toalla blanca en gris. Había empezado desde abajo: su primer trabajo había sido pararse en la línea de ensamblaje y sostener las puntas de las bolsas de té para que avanzaran equitativamente hacia la máquina que cosía los hoyos. Había estado soñando despierta cuando su mano se acercó demasiado, y así fue como perdió la punta del dedo.

«No es tan malo», escribió, «creo que es único».

Aparentemente cuando se enteró por un chismoso que Pauline había estado en el hospital en Milwaukee para que le cosieran el dedo, James Falk le envió una docena de lirios, una flor que ella afirmó nunca haber visto antes pero que era la más hermosa de todas las que había visto.

Pauline seguía profundamente desinteresada en James. Un hecho que James se tomó con calma la primera vez que la visitó (con el pretexto de estar en la ciudad para visitar a un primo) aun cuando Pauline le dijo a quemarropa que no le gustaba. La segunda vez, le dijo sin rodeos que él era demasiado aburrido, y según escribió, a él le gustó más ella por eso. Su indiferencia solo parecía seducirlo y él se apareció otra vez y otra vez, recorría el largo camino desde Gill Creek a base de mucho Red Bull. Pauline dijo que nadie la había acosado así. La tía Cylla lo adoraba.

Por sus descripciones, la tía Cylla hacía que la mamá de Pauline pareciera una gran optimista.

«Aquí van algunos de sus consejos favoritos», escribió Pauline.

«No eres diferente a nadie».

«Demasiado rápido vieja, demasiado tarde inteligente».

«Cásate bien».

Aunque también era amorosa, y le dio a Pauline la mejor recámara, con una ventana con vista a la ciudad. Pauline la describió con mucho detalle, como si estuviera deseosa de ponerlo todo en papel, y Maggie podía imaginarse todo vívidamente. Jugaban cartas por la noche, y la tía Cylla le hacía todo tipo de preguntas sobre James y le decía que se cuidara de los hombres. El único hombre al que Cylla había amado era un perro peludo llamado Oscar que vivía permanentemente pegado a su regazo.

Pauline escribió en su típico tono melodramático que lo gris del barrio parecía esparcirse por todo el mundo, aun cuando solo le perteneciera a ella. Le parecía que gris era el color que veía al ser realista. Por fin ella dejó que James Falk la besara y después le escribió a Maggie una carta larga en la que mencionó brevemente el beso.

Sé que suena raro, pero creo que soy diferente a todos. La mayoría de las personas quiere progresar, pero yo no. Solo quiero regresar a casa. Solo deseo volver a ser niña.

De cualquier manera la tía Cylla y mamá son inflexibles. No puedo regresar a casa hasta que atrapen al asesino. Y como se ven las cosas, eso no pasará nunca.

Apesta porque no hay Maggies aquí, al menos ninguna de las buenas. Nadie que me entretenga con sentido del humor mordaz y dulzura. Tienes un corazón robusto, Maggie. El mío a veces se siente como una pasa. Así es, dije corazón robusto. Lo saqué de *El Señor de los Anillos*. La he visto tres veces porque es el único DVD que tiene la tía Cylla. Cuando Aragorn dice eso acerca del hobbit, me recuerda a ti.

Maggie no sabía si le gustaba que la compararan con un hobbit.

«Todas las Maggies de aquí tienen corazones como este», prosiguió Pauline.

Dibujó un corazón mustio y anémico.

No preguntó nada sobre Liam.

Desde lo de Hairica, la madre de Maggie casi nunca la dejaba ir al pueblo sola, incluso durante el día.

—Solo mientras dure todo esto. Desearía poder mandarte lejos con una tía rica para mantenerte a salvo, pero como no podemos, estarás encerrada en casa con nosotros.

Sin trabajo, sin tarea durante las vacaciones y sin Pauline, Maggie tenía muy pocas cosas que hacer, excepto lidiar con Abe. Pauline había tenido que dejarlo y él había adoptado a Maggie, todas las mañanas esperaba en la puerta de enfrente a que ella despertara y bajara, con la lengua colgando a un lado y su aliento evaporándose. Lo alimentaba y lo llevaba a correr y él se encargó la misión de ser su protector, masticador de sus zapatos y, cuando lograba entrar a su casa, invasor de su cuarto. No llamó a Liam. Se imaginó que seguro él estaría igual de aburrido que ella, pero no sintió que estuviera bien verlo sin Pauline.

Y luego, una tarde, él se apareció en su pórtico.

—Hay un sitio justo detrás de mi casa que está congelado —dijo Liam—, déjame llevarte.

Caminaron en el bosque de pinos, Liam al frente y Abe atrás. La mayoría de los chicos que Maggie conocía habrían volteado para ayudarla a subir por troncos o para detener las ramas para dejarla pasar, pero Liam siguió trotando, y Maggie tuvo que mantener las manos levantadas para resguardarse de las ramas de pino que le golpeaban la cara y le lanzaban nieve a los ojos.

Liam se detuvo unos cuantos metros delante y lo alcanzó. Se dio cuenta de que estaban en el borde del lago, el hielo avanzaba despacio en el agua, dejaba rastros largos y blancos azulados.

—Ya lo probé, está bien. Solo vamos a internarnos unos cuantos metros.

Liam miró al perro, que estaba sentado al borde del hielo a su lado, nervioso, con las orejas abajo. Señaló la casa de Pauline.

—Ve a casa. Ve.

Abe miró a Maggie con tristeza, dudó un momento y luego se escabulló entre los árboles.

Liam pisó el hielo y Maggie lo siguió.

Para una persona que tiene miedo de ahogarse, caminar en agua congelada estaba muy lejos de ser reconfortante. Pero la seguridad de Liam le ayudaba a tranquilizarse y solo caminaron tres metros o menos antes de llegar a un hueco que él había cincelado fuera del hielo. Había construido una pantalla de un lado y había dejado bolsas de bocadillos y una manta de franela enrollada.

—¿Has estado pescando?

—Cada noche esta semana —dijo Liam.

Maggie trató de reprimir una risa. No había en el mundo dos chicos como Liam.

Él le mostró cómo cebar su anzuelo, y ella intentó pescar inútilmente durante veinte minutos. Cada vez que sentía que algo mordía, o lo jalaba muy rápido o esperaba demasiado. Liam era infinitamente paciente.

—¿Te ha escrito Pauline? —preguntó.

Maggie asintió.

—¿Y a ti?

Liam sacudió la cabeza. Maggie se dio cuenta de que eso significaba que no sabía sobre Pauline y James. Ella consideró decirle. Pero concluyó que no le correspondía contarle.

—¿Sabes? Cuando teníamos doce años me obligó a ayudarla a liberar a todos esos pollos de una fábrica en Sturgeon Bay. Estaban dentro de un corral gigante. En la madrugada nos escabullimos con nuestras bicicletas. Abrimos todas las ventanas y los pollos salieron volando por todas partes, regresamos a casa cubiertos de plumas. Las plumas se metieron en todas partes. Apuesto a que todavía hay plumas en mi casa.

Liam suspiró, recordando con cariño.

—Se hizo una herida en la espalda bastante grande, gateando debajo de una cerca. Todavía tiene la cicatriz.

Maggie recordaba la cicatriz. Se imaginaba a la Pauline de doce años arrastrándose bajo una cerca como un criminal. Intentó imaginarse los pollos volando en la oscuridad, cientos de ellos, sus brillantes plumas blancas ondeando y revoloteando bajo la luz de la luna, el sonido de sus alas taladrando el aire silencioso.

—¿Te puedes imaginar a la gente que vivía cerca, asomada en la madrugada por el ruido y descubriendo una estampida de pollos corriendo por sus jardines? —le preguntó Liam.

Maggie se rio.

—Pero ¿sabes? —Liam prosiguió pensativo—. Seguro casi todos los pollos murieron o los atraparon. Era una tontería, no lo pensó bien. Pauline rompe las cosas casi tanto como las arregla. Pero eso no la detiene.

Estuvieron sentados una hora, hasta que el trasero de Maggie estaba completamente entumecido.

—Bueno, se está haciendo tarde y quiero mostrarte algo más.

Se pararon y comenzaron a caminar. De repente Los pies de Maggie se resbalaron, uno hacia atrás, otro hacia delante. Luego un zumbido y el pie de atrás se zambulló en el hielo mientras este crujía alrededor de ella.

Liam la agarró justo antes de que su otro pie se sumergiera. En un momento no tenía nada bajo los dedos y al siguiente estaban avanzando a tropezones en tierra firme otra vez, aunque no antes de que sus pies se empaparan en el agua helada casi derretida.

—Lo siento mucho —dijo Liam—. Súbete.

Se agachó para que se trepara a su espalda. Maggie se negó.

—Ven, no querrás caminar sobre la nieve con los pies mojados.

—Soy más pesada de lo que parezco.

—Sí, ajá.

Una vez que Maggie había puesto los brazos alrededor de su cuello y los muslos alrededor de su cintura, Liam se levantó rápido, como si no pesara.

Regresó caminando a su casa, pero en lugar de girar hacia allá, dio vuelta a la derecha. Maggie sentía el calor de su espalda en el estómago y percibía su aroma: a almizcle ahumado que parece en parte a causa del aire libre y en parte solo por ser *hombre*.

Maggie estaba a punto de preguntar a dónde iban cuando los árboles se volvieron familiares y reconoció el claro delante y en el centro, vapor emanaba del sauna terminado.

—De todas maneras acá es a donde quería que vinieras.

Él la dejó deslizarse, se levantó, sonrió satisfecho pero también tímido y abrió la puerta. Una nube de vapor caliente la envolvió.

Maggie lo miró inquisitiva y luego cojeó hacia dentro con los pies congelados. Él la siguió, cerró la puerta detrás.

Había una banca en cada lado del cuarto diminuto y todo el lugar olía deliciosamente a cedro. Maggie se sentó en la banca de su derecha y se sacudió el abrigo, se quitó el sombrero mientras Liam hacía lo mismo. Sintió el aire húmedo y caliente —denso y perfumado por la madera dulce quemada— penetrarle la piel, los músculos se le relajaban. Su cabello oscuro se humedeció rápido y se lo retiró de la cara. Descansó la cabeza en el respaldo y miró el techo, escuchó los sonidos de las gotas de humedad.

—Liam, es como si fuera verano acá dentro. Encontraste una manera de traer el verano al invierno.

Lo miró. Sonrió agradecido.

—¿Te gusta?

—Es... lo mejor.

Todo su cuerpo se sentía relajado y feliz. Se quitó la bufanda y su camisa térmica mientras Liam alimentaba el fuego en el fondo, que estaba en una caja de metal enrejada en el piso.

—Siento que nada malo podría pasarnos aquí —dijo ella.

Liam se sentó de nuevo y colocó sus pies en su regazo, hacia el fuego.

—Debemos calentar tus pies.

—¿No se supone que debes alejarte de las cosas calientes cuando tienes los pies congelados? —preguntó.

—Creo que eso ocurre solo si estás congelado.

Empezó a frotarle los pies.

—Leí que solo debes poner los pies de la persona en tu barriga para calentarlos.

—¿Hay algo que no sepas? —bromeó ella.

Puso los ojos en blanco como si dijera que ella era exactamente igual, se levantó la camiseta y le cubrió los pies para que sus plantas tocaran su estómago.

—Ya.

El vapor empezó a llenar el sauna y Maggie, un poco tímida porque sus pies descansaban en el vientre de Liam, trató de relajarse de nuevo. Estuvieron en silencio varios segundos. Intentó decidir si Pauline se enojaría si los viera.

—Técnicamente uno se debe desnudar en los saunas.

Liam lo dijo con una gran sonrisa y Maggie lo golpeó en el hombro.

—Ajá, qué sutil.

—Solo estaba bromeando —de todas formas Liam se ruborizó.

Impulsivamente, sin decir nada, Maggie se quitó la camiseta con un movimiento de hombros, debajo tenía puesto un sostén deportivo. Liam miró a la pared; después ambos se rieron.

—No estoy avergonzada —dijo Maggie. Aun cuando no era algo que ella haría —. Los sostenes deportivos no son verdaderos sostenes.

No estaba intentando coquetear. Solo quería ser... diferente a como era siempre.

—¿Por qué tendrías que sentirte avergonzada? Te ves perfecta.

—No quiero ser perfecta —dijo impulsivamente—. Quiero decir, eh, siempre trato de ser perfecta.

—Es un cumplido —Liam checó sus pies debajo de su camiseta—. Todavía están un poco fríos.

Él jaló su pie derecho y lo frotó poniendo más atención en lo que estaba haciendo. Parecía que estaba sopesando algo en su cabeza.

A Maggie le recordó el día en que se conocieron, cuando estuvieron tan cómodos sentados juntos sin decirse nada. Ahora la diferencia era que las manos de Liam estaban en sus pies, y había un tipo de intimidad en la manera en que los estaba tocando, como si se estuviera concentrando, tratando de pensar qué se sentiría mejor, sus pulgares masajeando sus talones, después más delicadamente, la piel sensible y frágil de sus arcos.

—Ya están calientes. Supongo que te acompaño a tu casa —dijo de repente.

—Sí —dijo Maggie, se puso su camiseta y su abrigo en dos rápidos movimientos. Estaban tan calientes que ni siquiera el aire se sentía frío cuando salió.

En la puerta, Liam le dijo que la vería mañana.

—Así como se fue Pauline, no celebramos el Año Nuevo —dijo—, deberíamos organizar un festejo tardío. Pensaré en algo.

Como si hubieran decidido que se verían todos los días. Como si, sin Pauline, fueran una pareja en automático.

En su casa la noche siguiente, sacaron bocadillos del refrigerador y una bolsa de palomitas con queso, y Liam guio a Maggie por el pasillo hacia su cuarto.

—Mi papá está dormido, se va a dormir a las ocho y se despierta a las cinco. Los viejos.

Maggie notó que Liam se veía demasiado limpio y se preguntó por qué. Tenía ojeras y su expresión era dulce y somnolienta.

Su cuarto estaba al final del pasillo. Era pequeño y ordenado y olía a Liam, un viejo modelo de barco colgaba de la ventana, atadas en la pared detrás de un antiguo escritorio de madera, muchas herramientas —alambre, navajas, un nivelador—, cosas que Maggie reconoció que eran para ayudar a su papá a hacer reparaciones en su casa. El gramófono estaba en el lado derecho de su cama.

Liam se volteó hacia ella.

—Okey, tú te tienes que sentar aquí.

Puso sus manos delicadamente sobre sus hombros y la dirigió a su cama, después esperó a que se sentara y se acomodara en las almohadas que él había dispuesto.

—Okey —dijo de nuevo, mordiéndose el labio. Caminó alrededor de la cama y se agachó hacia lo que parecía un altavoz que estaba en el piso cerca del gramófono, acomodado diagonalmente en contra de la pared. El altavoz estaba cubierto con tela de algún tipo con la que había forrado los lados, además había pegado o amarrado un espejo encima de la tela, justo en el centro. Liam verificó la cinta, tocó las esquinas

del espejo, luego se levantó y jaló algo pequeño de su escritorio. Al fin se volteó hacia el gramófono.

—Esta ha sido la parte importante, modificar el gramófono para conectarlo al altavoz —dijo mirándola—, soldé mucho —levantó las cejas mirándola como si fuera una broma de lo impresionante—. Me quedé despierto hasta tarde —pinchó el gramófono y después acomodó la aguja. Un viejo disco de *jazz* empezó a escucharse en el altavoz. Era la canción de Frank Sinatra, «New York, New York».

Liam se dejó caer en la cama a su lado, se recargó en las otras almohadas. La miró socarronamente.

—Es una canción rara, lo sé. Solo que creí que era festiva.

Apagó la luz a un lado de la cama, tenía la pequeña cosa de plata en la mano; Maggie se dio cuenta de que era un señalador de láser. Lo prendió y lo dirigió al espejo montado en el altavoz. Luego se inclinó y prendió el altavoz.

De repente, aparecieron luces rojas en el techo que rebotaron en el espejo, que estaba inclinado hacia arriba, y se fragmentaron. Maggie las contemplaba, confundida, asombrada. Y luego las luces comenzaron a bailar.

Bailaron siguiendo el ritmo, al tiempo que marcaba el altavoz, brincando en las notas bajas, bajando en las notas altas, se sacudían y oscilaban según la rapidez de las notas.

A su lado, Liam cuidaba de no rozar sus brazos con los de ella, pero la observaba para saber qué pensaba.

Maggie sintió un nudo de gratitud en la garganta. Era difícil tragar. De repente la vida se sentía muy hermosa.

—Recordaste lo que dije sobre atrapar los puntos —dijo ella.

—Claro que lo recordé —dijo Liam, sonriendo—. Pensé que este era tu primer Año Nuevo lejos de Chicago, y tal vez tu primer festejo atrasado de Año Nuevo. No quería que sintieras que no estaba a la altura. Sobre todo desde que Pauline no está. Así que supuse que tal vez te pondrías feliz si atrapaba unos cuantos puntos para ti.

—Está a la altura —dijo Maggie, miraba las luces bailar sobre el techo como pequeñas estrellas rojas, como frijoles mexicanos saltadores—. Está increíble Liam, gracias.

Se sentaron en silencio hasta que la canción terminó. Maggie aplaudió. Liam se veía avergonzado pero feliz.

—Solo hay una canción de cada lado del disco —explicó.

—Es perfecto —dijo Maggie.

—Supongo que es un poco raro. Quiero decir que coincide con lo que piensa la gente de mi papá y de mí: que somos muy raros cuando hacemos cosas como esta.

—Todos los pueblos tienen a sus idiotas —dijo Maggie—. No te preocupes por ellos.

Liam la miró poco convencido. Se recargaron aún más hasta quedar recostados, mirando los puntos en el techo ahora quietos.

Lo escuchaba respirar.

La miró en la oscuridad.

—Todavía no me escribe, la extraño.

Maggie no se sorprendió. Y lo decía en serio cuando contestó:

—Yo también la extraño.

Pronto su respiración disminuyó y se quedó dormido. Maggie quería quedarse con todo su ser, pero en vez de eso se deslizó para salir de las mantas. Su corazón latía muy fuerte mientras se alejaba de su cuerpo calentito, y caminó a casa bajo las estrellas.

Como Maggie se estaba volviendo loca de estar encerrada en casa, el jueves por la tarde su papá le dijo que podía ir al pueblo, a la biblioteca a recoger unos libros que tenían apartados.

—No podemos tenerla en casa todo el tiempo —le dijo a su mamá, quien los miró por encima de unos papeles del trabajo que había traído a casa—. Prácticamente la estamos echando a los brazos del misterioso Liam Witte, a quien ni siquiera hemos conocido.

Maggie sintió que su cara se incendiaba. Su papá parecía encantado con su reacción.

—Desde hace dos años, he creído que podrías ser gay —dijo su padre—. Para ser honesto estaba esperando que lo fueras. Fui adolescente, sé en lo que están pensando.

—Dios mío, papá, para de hablar.

Su mamá reprimió una risa. Le dio sus llaves a Maggie y la acompañó a la puerta. Tal vez ese había sido el plan de su papá todo este tiempo.

Maggie conducía por debajo del límite de velocidad porque había aprendido que nunca sabes cuándo vas a encontrarte con hielo resbaladizo. Se estaba convirtiendo en una experta en transitar las carreteras invernales campiranas. En el centro estaba el proverbial pueblo fantasma: solo la biblioteca y la tienda de abarrotes estaban abiertos. Maggie se estacionó en el terreno al final de Main Street y empezó a caminar, ajustándose cada vez más el abrigo y maldiciéndose por no haber traído su sombrero. La capucha de su abrigo no era suficiente, el aire frío se le metía a los lados y le picaba las orejas.

Al final de Main, la biblioteca estaba encendida como un faro, todavía adornada con guirnaldas de hojas perennes, lazos rojos y campanas de plata. Era cursi, pero Maggie estaba acostumbrada a lo pintoresco del centro, incluso le gustaba.

Dentro, pidió los libros de su mamá a Lilian, la bibliotecaria, quien la conocía por su nombre, y luego se dio la vuelta y se apuró a regresar a Main Street. Decidió virar a la derecha, hacia la tienda de abarrotes para comprar un chocolate, y después cortó hacia la calle lateral que llevaba diagonalmente de regreso a Main Street.

Los sonidos de pisadas a su derecha detrás de ella, la hicieron detenerse por un momento y mirar por encima del hombro, pero se imaginó que debió ser el eco de sus pasos, porque no había nadie, solo botes de basura, ventanas oscuras, tiendas vacías. Los árboles al frente de algunos escaparates se mecían en la brisa frígida. Siguió caminando, más rápido, un poco asustada, aunque reconoció que solo estaba algo nerviosa.

Dio vuelta a la derecha, seguía escuchando pasos detrás de ella. Sonaban tan suaves que podrían ser el eco de sus propias pisadas, cuando volteaba la calle estaba

vacía.

«Así es como se siente la histeria colectiva», se dijo a sí misma. Pensó en Elsa, quien se sentía perseguida o acosada prácticamente cuatro días de siete.

Maggie volvió a girar a la derecha, se alejó de Main, sin estar segura del por qué, excepto que tenía la vaga idea de que si de verdad alguien la estaba siguiendo no quería terminar sola en el estacionamiento. Miró de nuevo por encima del hombro: nada más que el resplandor de la luz de la calle y una cuadra vacía. Aun así, sintió como si alguien estuviera ahí, justo detrás de los árboles.

Caminó más rápido. Más adelante estaba el Emporio y de repente recordó la llave oculta. Caminó como si hubiera planeado pasar por el edificio, pero en el último momento cortó a la derecha, por la banqueta que estaba resguardada de un lado por grandes arbustos de acebo. Moviéndose rápidamente hacia la puerta lateral y mirando detrás de ella, se agachó cerca de las rocas de paisajismo espolvoreadas de nieve, las volteó una por una. ¿Cuál había sido?, ¿cuál?

Se quitó los guantes para tener mejor agarre, las manos le picaban y temblaban. Suspiró aliviada cuando, debajo de la quinta piedra que levantó, encontró la llave cubierta de tierra.

Mirando hacia la banqueta, y a través de las grietas de los arbustos de acebo (los cuales no revelaban nada), corrió hacia la puerta y en silencio giró la llave dentro de la cerradura, exhaló cuando dio la vuelta con facilidad. En un momento estaba dentro y cerró la puerta detrás de ella.

Se agachó en la oscuridad y después se escondió detrás de una mesa de exhibición, desde donde podía mirar por la ventana, a un lado de un reloj de latón grande y viejo que todavía —lo sabía por el vendedor— marcaba la hora perfectamente. «Estás siendo ridícula», susurró para sí misma. Miró por la ventana cómo la nieve caía ligeramente. Nada. Miró a su alrededor. Las sombras de todas las cosas viejas salían en ángulos tenebrosos. Elsa había cubierto algunos de los puestos con sábanas especiales, así que solo se percibían tenues contornos bajo la manta.

Afuera, Main Street permanecía vacía. Se estaba empezando a sentir como una idiota total. Si tan solo pasara por ahí alguien normal, entonces podría salir caminando a su lado. Podría regresar a su auto y olvidar todo el asunto, probablemente se trataba del pueblo insular que inducía a la paranoia. Incluso ella, la realista Maggie Larsen, no era inmune.

Pero después lo escuchó, el ligero golpeteo de un vidrio. Dentro del Emporio.

Maggie se sintió físicamente imposibilitada para moverse. Volteó el cuello, delicadamente, hacia el ruido. Una sombra se estaba deslizando hacia atrás y hacia delante, arriba y abajo del tercer pasillo serpenteante. Llegó al inicio del pasillo, prendió un interruptor y de repente la esquina estaba inundada de luz que alumbró la figura de Elsa con una taza de café en la mano.

—¡Elsa! —exhaló aliviada.

Elsa saltó y se llevó la mano la corazón. La taza se cayó y aterrizó sobre las sábanas especiales con un ¡pum!, de milagro permaneció intacta.

—Dios mío, me espantaste —dijo ella.

—Tú me espantaste —Maggie se estiró.

—¿Qué estás haciendo aquí, querida?

Elsa prendió una lámpara, luego otra, en las tiendas de antigüedades nunca escaseaba la luz. Maggie miró afuera. ¿Había imaginado las pisadas? ¿A la presencia siguiéndola?

—Me espanté. Y sabía dónde estaba la llave.

—Ay querida, te entiendo.

Elsa levantó un maniquí retro y lo movió a su derecha.

—Tuve que venir para enviar esto por correo porque se vendió por eBay. ¿Qué opinas? ¿Por qué crees que alguien quisiera esta horrible cosa vieja?

Maggie se encogió de hombros y sonrió, estaba aliviada. Elsa prendió más luces, prendió más interruptores a un lado de la caja registradora, y cada luz que aparecía disipaba el miedo hasta que desapareció por completo. Maggie estaba encontrando tempestades en tazas de té, como su padre decía sobre su mamá cuando se estresaba demasiado por cosas que estaban más que nada en su mente.

—Vamos a tomar un poco de café —dijo Elsa. Era su respuesta a todo. Pronto la cafetera filtraba y burbujeaba y llenaba el cuarto con un olor reconfortante. Cuando Elsa le dio una taza a Maggie, la tomó feliz, a pesar de que no le gustaba el café de Elsa.

—¿Qué has estado haciendo?

—No mucho, tarea.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir con que eso es todo?

—Bueno, tienes dieciséis, seguro hay algún drama.

—Elsa, todas las chicas de dieciséis están encerradas en su casa. Hay cero drama. Quiero decir, hay...

Pensó en Liam y en el sauna y en la noche en su cama con el espectáculo de láser, debió de estar escrito en su cara porque Elsa sonrió.

—¿Quién es él? —preguntó.

—Nadie. No está pasando nada. Cero.

Maggie miró uno de los relojes antiguos, y aunque no decía la hora correcta, fingió calcularla.

—Bueno, mejor me voy a casa. Mis padres estarán preocupados.

Justo cuando se volteaba para marcharse, Elsa habló:

—Maggie, te voy a decir esto: las cosas no aterrizan en tu regazo. Tienes que aventarte. Si solo dudas para protegerte, algún día tendrás mi edad, tendrás un jardín muy bonito y una tienda muy bonita y nada más.

—Me gusta esta tienda. Parece que tienes una buena vida.

Elsa la miró con complicidad, esperando la verdad.

—No es nada —dijo Maggie—, de verdad.

Por un momento Elsa había empezado a parecer un código de sabiduría. Pero sacó un número viejo de *US Weekly* y empezó a hojearlo como si no tuviera ningún otro mejor lugar en el cuál estar.

—Más te vale que no sea tu amigo Liam Witte —dijo distraída—, mi amiga Mary me contó que vio al señor Witte enterrando a un animal pequeño cerca de la iglesia. Y ya sabes, matar animales pequeños siempre es un peldaño para... —Elsa hizo el ademán con la mano de cortarse el cuello.

Maggie suspiró. No había ningún código de sabiduría aquí.

Esa noche salió cuando sus padres veían la televisión y fue a caminar. Se detuvo frente a la casa de Liam con el corazón exaltado, con Abe a su lado, dispuesta a tocar en su ventana.

Su celular vibró. Por primera vez tuvo señal. Por la sorpresa se mordió el labio con fuerza. Era Liam.

—Hola —dijo él cuando ella respondió. Su voz sonaba suave, como si estuviera acostado en su sofá.

—Hola —dijo Maggie.

Ambos permanecieron callados unos segundos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Liam.

—Viendo televisión —Maggie clavó lo ojos en el bosque oscuro—. ¿Qué estás haciendo tú?

—Lo mismo.

Más silencio. Maggie pensó en lo que había dicho Elsa sobre terminar cómoda y segura pero sin nada más.

—Bueno, lo siento, de hecho me tengo que ir, mi mamá me llama —dijo ella, el silencio del bosque la envolvió—. ¿Nos vemos luego?

—Bueno, nos vemos luego.

—Bueno.

La noche siguiente su mamá y su papá se sentaron en la sala para ver *Antiques Roadshow* mientras ella preparaba la cena. Ella cocinaba los jueves, siempre hacía pasta con salsa de tomate, queso de cabra derretido y hojuelas de chile seco, un platillo que inventó una noche al aventar cosas al azar en la cacerola.

—Querida, tienen una lámpara horrenda como la de la tienda de Elsa. ¡Ven a ver!

Maggie le entregó a sus padres platos humeantes de pasta dispuestos en bandejas de madera, y miró al conductor dar el valor de la lámpara. El dueño de la lámpara parecía debidamente sorprendido, encantado y humilde.

La mamá y el papá de Maggie estaban distraídos devorando su comida, murmuraban cosas como: «¿Te imaginas?» y «día de pago». A veces envidiaba a sus

padres, su relación tan simple, cómo veían los mismos programas todas las noches y cómo muchas cosas, aunque obviamente no todas, parecían decididas para ellos, en lugar de impredecibles, como era todo para ella.

Después de comer, subió las escaleras crujientes, se puso un bóxer y una camiseta sin mangas y se metió en la cama, su cuarto estaba calentito y acogedor por el gran radiador cerca de su cama. Apagó las luces, aunque no pudo dormir. A la distancia, escuchó a Abe ladrar en el campo. En los últimos días, había adoptado el hábito de ladrar en el bosque.

Maggie despertó un rato después, pensando que había soñado los aullidos, pero otra vez era Abe ladrando al máximo de sus pulmones. Miró el reloj, eran casi las tres. Por la ventana notó un destello naranja a través de los árboles. Se levantó de la cama, medio dormida y se apoyó en el cristal para ver mejor, su frente se puso fría. Había una iluminación extraña en lo profundo del bosque, resplandecía y se apagaba, una y otra vez.

—Fuego —susurró.

Era en el bosque donde estaba la casa de Liam.

—Mamá —momentos después sacudió a su mamá para despertarla, después de que se había puesto sus pantalones de franela—, creo que hay un incendio en casa de Liam.

Sus padres se despertaron y se levantaron de la cama como zombis. Maggie salió de la casa poniéndose un suéter, sus botas y una manta en los hombros y empezó a correr en la nieve. Escuchó jadeos y se dio cuenta de que Abe estaba a su lado justo en el momento en el que llegó al claro.

Era el techo. La mitad del techo estaba en llamas.

Una sombra recorría el pasto, y vio para su alivio que se trataba de Liam.

—El lago —respiró, dándole una cubeta—, rompimos el hielo, trae agua del lago.

El fuego había consumido un costado de la casa y se extendía a lo largo del techo. El papá de Liam apareció a la vuelta de una esquina con otra cubeta, y empezaron a trabajar tosiendo por el gran humo negro mientras intentaban mantener el fuego bajo control. Dondequiera que caía el agua, parecía empujar las llamas a otra parte de la estructura de la casa.

Los témpanos que colgaban de las esquinas del techo se evaporaron frente a sus ojos. Después, piezas del techo comenzaron a desintegrarse y caer. La hermosa cúpula se oscureció, se quemó y se colapsó al interior. Su papá estaba detrás de ella y le dijo que su mamá estaba marcando al 911, aunque el señor Witte ya los había llamado.

Cuando el camión de bomberos llegó, el techo de la sala de la familia Witte ya se había derrumbado. Liam y su papá permanecieron de pie jadeando y limpiándose el hollín de las caras, tratando de inhalar bocanadas de aire fresco.

Había empezado a nevar y Maggie pensó que podía ayudar a bajar las llamas. Después cayó un largo y grueso chorro de agua desde donde estaba el primer camión

de bomberos. El incendio empezó a esfumarse y murió rápido bajo el poder de las mangueras.

Vieron las llamas crepitar y desaparecer. Tomó varios minutos agonizantes, pero fue más rápido de lo que Maggie se había imaginado.

No vio las letras en el patio hasta después, cuando estaba cruzando para sacar una manta del camión de bomberos para envolver al papá de Liam.

ASESINO, se leía en piedras negras, se desplegaron a lo largo del patio nevado, junto con una horca, también hecha de piedras.

Intentó patearlas para que Liam no las viera, pero al levantar la vista lo vio parado con las manos en la cadera, mirándola, no se veía preocupado, sino cansado.

Después de que hablaron con la policía y sus padres se habían ido a casa, no sin antes pedirle a Maggie que los alcanzara pronto, ella y Liam bajaron al lago, y al llegar a la orilla él rompió el borde de la capa de hielo reciente, apenas vuelta a formar, hasta que metió las manos al agua. Se limpió la mayoría del hollín de la cara, pero le quedaban restos en el contorno de la raíz del cabello.

—Ven —dijo él, se quitó la camiseta, la remojó en el agua y la frotó en la cara de Maggie, en las mejillas, la frente y la barbilla. Después la miró—. Todavía parece que entraste a rastras por una chimenea, pero está mejor.

—¿Me parezco a Santa Claus? —preguntó, intentaba animarlo, sonrió, aunque daba la impresión de que iba a colapsar y a llorar. Maggie le limpió un poco de hollín de la cara con la parte interna de su manga.

Todavía estaban acurrucados juntos a la orilla del lago cuando la oscuridad empezó a abrirle paso a la mañana, y el sol empezó a mostrar lo que quedaba del techo de Liam.

—Pudo haber sido mucho peor —dijo él—, es solo el techo.

—Y todo está mojado —dijo Maggie. Por alguna razón pensó en el hermoso *show* de luces de Liam. El techo donde lo vieron ya no existía.

Cuando regresaron el señor Witte estaba hablando con la policía, y alguien le estaba ayudando a hacer una reservación para hospedarse en el hotel local.

—Iremos al hotel una vez que hayamos terminado con esto —dijo Liam, se estaban despidiendo en la entrada de autos—. Te llamaré.

Una de las mujeres en un vehículo de emergencias de cuatro ruedas ofreció llevar a Maggie. Ella quería quedarse y ayudar, pero no sabía qué podía hacer. Subió al auto y observó por la ventana trasera, vio a Liam y su papá desamparados en el patio.

Bajo la luz tenue del amanecer, subió de prisa por la entrada para coches de su casa y entró en silencio a la casa. Una vez en el baño, se lavó el cuerpo, tiró su ropa manchada de hollín en el cesto, se puso una camiseta delgada y se metió en la cama, se tapó con su edredón acolchado y calentito como si fuera un escudo, se sentía aliviada de estar en casa segura, pero también la invadía una gran tristeza. Cayó

dormida con el trinar de los pájaros. Y después despertó con el sonido de alguien en su recámara. Recordó que había olvidado cerrar la puerta principal. Escuchó la respiración antes de abrir los ojos.

Era Liam. Se llevó el dedo frente a la boca y se arrodilló a un lado de su cama.

—Solo quería decirte gracias, se me olvidó decirlo —dijo—, lo siento.

Se veía muy triste, un poco frágil y muy cansado.

—No —se sentó—. Lo siento Liam, lo siento mucho.

Sacudió la cabeza. Veía fijamente su boca. Se sentó sobre sus talones y se apartó, Maggie se inclinó y puso una mano en su hombro. Con delicadeza, tenía miedo de que se levantara, acarició su clavícula, algo que había pensado hacer un millón de veces, solo para ver qué se sentía.

Él se acercó, la agarró por la espalda baja y con ansia presionó su boca contra la suya. Le acarició el cabello y luego la jaló más cerca, como si no pudiera estar lo suficientemente cerca. Luego, abruptamente, se detuvo. Recargó su frente contra la suya y la miró a los ojos.

—Lo siento —dijo él.

—Pero...

Se levantó, cruzó el cuarto en lo que le parecieron dos pasos y se fue.

Las cosas estaban tranquilas en Gill Creek. La gente en toda la península esperaba lo inevitable sin soltar el aliento. Cuantos más días transcurrían sin ningún incidente, a Maggie le parecía que la gente estaba aún más en guardia. Incluso en la tienda de abarrotes, compradores y cajeros parecían menos amistosos y relajados.

Liam no regresó a Water Street en los días siguientes, ni llamó por teléfono. Maggie trató de sacarlo de su sistema: salió a correr todos los días, a pesar del frío, y se enfocó en sus tareas. Él la había besado a ella. Si había sido un error, se trataba de su error. No necesitaba sentirse avergonzada. Lo que la avergonzaba era lo mucho que pensaba en el beso, como si no pudiera controlar a su cerebro. Que Liam confesara que había cometido un error y que con ello hiriera su orgullo no la asustaba tanto como la idea de no volver a sentir de nuevo ese deseo, ese aturdimiento salvaje.

Decidió retomar su mural, el que había intentado pintar cuando recién se mudó. Tenía una idea: polillas aleteando alrededor de la luna. Bastaría un montón de azul oscuro para el cielo nocturno, grises y rojos pálidos para darle un toque y un matiz a las alas de las polillas. Empezó a bosquejarlo, visualizaba colores vívidos mientras dibujaba el contorno con un lápiz.

Saltó al escuchar un golpe en su ventana y levantó la vista para descubrir los restos mojados de una bola de nieve que se deslizaban en el vidrio. Se asomó. Liam estaba parado en el patio. Sacó una mano del bolsillo para saludarla.

Maggie se tragó el bulto en la garganta y bajó las escaleras despacio, se puso las botas en la entrada de la cocina, después abrió la puerta principal. Liam ya estaba subiendo las escaleras. Salió, cerró la puerta y se recargó, insegura. Se miraron incómodos y luego Maggie se movió a la derecha temblando, para dejarle un espacio en el rellano y él se movió a la derecha al mismo tiempo.

Vacilante, Liam le cubrió la cara con las manos.

—¿Tienes frío? —ella asintió y a mitad del gesto la besó, sus labios temblaban un poco. Luego se apartó. La miró con seriedad, pero esperanzado—. Estoy mucho más nervioso ahora. La vez pasada era la adrenalina.

Maggie no podía lograr que sonara su voz. Estiró la mano para tocar la solapa del abrigo de Liam y se aferró a ella, sentía cómo se le calentaba la cara. La rodeó con sus brazos, la recargó en el barandal y la besó mucho más fuerte, moviendo sus manos por su espalda baja. Al fin lo apartó mareada.

—Mi papá está en casa.

Liam dio dos pasos hacia atrás como si hubiera tocado algo caliente, y se miraron fijamente.

—Lo siento —él sacudió la cabeza—. Yo solo..., al mirarte...

—¿Quieres entrar?, ¿conocer a mi papá de manera oficial?

Liam asintió, sin aliento.

—Seguro, seguro, me encantaría conocerlo. Quiero decir, ahora que mi casa no está incendiándose.

El papá de Maggie estaba en la mesa de la cocina, leyendo su libro de reparaciones del hogar, desde donde posiblemente había visto todo.

—Papá, él es Liam.

—Hola Liam. Preferiría que si vas a fajar con mi hija lo hicieras en donde no pudiera verte, soy anticuado en ese sentido.

Liam se ruborizó.

—Sí, sí, claro, lo siento mucho, señor Larsen. Lo haré..., quiero decir, no haríamos...

El papá de Maggie fingió bostezar, como para cambiar de tema.

—Creo que iremos a caminar o algo —dijo Maggie.

Su papá levantó las cejas.

—Lleva tu gas pimienta.

Salieron, la luz del día cegaba, y se partieron de risa cuando llegaron a la mitad del patio.

—Creí que nunca ibas a regresar —dijo Maggie.

Liam la miró sorprendido.

—Qué locura —la levantó en el aire y la cargó en su hombro. A pesar de que Maggie nunca había sido escandalosa, gritó y dejó que la cargara hasta donde quisiera.

Pauline:

Maggie vio la hoja, por vez primera se dio cuenta de lo complejo que era escribirle a Pauline. ¿Qué le diría?, ¿qué no le diría?

Las cosas están bastante tranquilas por acá. Estoy contenta de que estés en Milwaukee sin asesinatos, aunque te extraño un montón. Elsa dice que nos mencionarán (a nuestra próspera metrópolis de Gill Creek) en *60 minutos* la semana que entra. Están entrevistando al jefe de la policía y por supuesto, a Hairica. Elsa es siempre la primera en saber estas cosas.

Liam terminó el sauna. Lo único que falta eres tú.

Te quiere, Maggie.

Una semana después de que Liam se había aparecido en su pórtico, Maggie se sentó a escribirle una carta a Pauline. Se convenció de que solo estaba ocultando la verdad parcialmente. Sí extrañaba a Pauline. Pero en esos días a mediados de enero, nada estaba tranquilo. Ni la aceleración ni la relajación de su respiración cuando veía a Liam caminar sobre el patio lateral nevado, ni los subidones y disparos de su pulso cuando la apoyaba contra un árbol para besarla durante sus largos paseos en el bosque, ni la manera en que su corazón latía al abrir la puerta para encontrar algo que él había dejado fuera: un libro sobre orugas, un par de binoculares o una piña seca.

Maggie sintió que se estaba poniendo en peligro por primera vez en su vida, a sabiendas, y le parecía escalofriante y emocionante. Quería hablar con alguien, con su mamá, Elsa o Jacie, pero no sabía cómo articular con palabras algo tan abrumador. Su papá era la persona con la que platicaba sobre asuntos importantes, pero hablar con él sobre Liam la haría sentir incómoda y blandengue. Sentía como si hubiera saltado una brecha, invisible para los demás.

Puso la carta en un sobre, escribió la dirección de envío y le puso una estampilla, después se sentó a mirar por la ventana. Sin saber qué hacer, se levantó y fue hacia sus repisas, encontró su viejo cuaderno de bocetos. Se volvió a sentar y estudió los dibujos uno por uno. Los había hecho hacía mucho tiempo, cuando todavía dibujaba: bocetos de su mamá enrollando masa para pan, el edificio de su departamento en Chicago, mariposas en el parque al que solían ir. Había llenado los contornos con pasteles; esa siempre había sido su parte favorita. Trazó la mayoría de los dibujos con un lápiz gris y con destellos de color en mejillas, alas u ojos.

Se mordió el labio pensativa, sacó sus viejos carboncillos y pasteles y abrió una página vacía. Empezó a dibujar la casa Boden del otro lado el césped, le dio a las ventanas la luz cálida que indica que hay vida dentro. Bosquejar cosas como esta siempre la había llevado a otro lugar, a una versión de la vida que era vívida y donde todo tenía un significado, incluso los objetos inanimados. Quería que la casa reflejara la personalidad de los residentes. Recordó que de pequeña se sentaba a dibujar horas enteras. ¿Era demasiado tarde para recuperar esa sensación? Después de unos cuantos comienzos falsos en los que no pudo plasmar la luz de las ventanas del todo bien, dejó escapar un suspiro de frustración. No importaba cuánto se esforzaba, los ángulos estaban mal, la casa parecía sin vida, y los colores que escogía y mezclaba no quedaban bien.

—Estoy muy oxidada —dijo para nadie en particular.

Hizo un par de intentos más, sin llegar a ningún sitio, después cerró el cuaderno de bocetos y lo colocó de nuevo en su estante.

«Lo intentaré de nuevo mañana», pensó. «Quizá Liam me deje dibujarlo para practicar».

Lo retomó la noche siguiente y la siguiente. Intentó dibujar a Liam. Pero cuando lo hacía, la persona que siempre salía de su lápiz, con la cicatriz en la espalda, los dientes separados y los ojos encendidos, era Pauline.

Era asombroso lo rápido que un techo se podía reconstruir, aunque fuera descuidado y le faltara la teja. Liam y su papá habían sacado todas sus cosas empapadas y las alfombras. El seguro había pagado mucho, pero como todo lo hacían con sus propias manos, estaban volviendo a acondicionar la sala completamente solos. El cuarto de Liam era habitable, y su padre se había mudado a lo que había sido un cuarto extra en la otra punta de la casa hasta que su cuarto estuviera listo. Se colaban unas cuantas

corrientes de aire pero no era demasiado incómodo. Con el techo habían conseguido el aislamiento térmico.

Maggie se escabulló la primera noche que regresaron, lo sorprendió golpeando en su ventana. Entró y la jaló bajo las sábanas con él, cubriéndola de besos, en los labios, mejillas, cuello y frente, absorbiéndola somnoliento, pero muy excitado. La tocó como si tuviera miedo de ofenderla o invadir su espacio, con delicadeza le acarició los brazos y el cuello, tímidamente, le temblaban las manos y todo el cuerpo, procuraba mantenerse bajo control. Maggie era menos gentil con él y le avergonzaba lo mucho que quería tocarlo, tanto como fuera posible. Él entrelazó sus dedos con los de ella firmemente.

—No me lo esperaba —decía una y otra vez.

—En realidad nunca me gustó besar a chicos antes de esto —respondió susurrando—, nunca entendí por qué todo mundo armaba tanto alboroto. Mi amiga Jacie me decía Santa Margaret o abuelita.

—Quizá solo eres quisquillosa.

Maggie sonrió.

—¿No piensas demasiado bien de *ti* mismo?

No hablaban de Pauline. Su nombre estaba notablemente ausente durante sus horas juntos. Incluso Maggie no tenía espacio en la cabeza para ella. Estaba tensa como un cable, sus pensamientos eran dispersos y su sangre corría caliente, correr no le ayudaba incluso en los días en los que el camino estaba despejado.

No podía quemar la energía que salía de sus venas. Y aparentemente Liam se sentía igual. Con frecuencia se quedaba en su patio con Abe, incluso cuando ya se habían despedido, como si irse cada vez más lejos fuera doloroso. Se agachaba y le rascaba las orejas a Abe, hacía tiempo o sonreía a su ventana para después perderse poco a poco en el bosque o en Water Street.

También los invadía la sensación de espera. Tenían la sensación de que estaban dentro de una burbuja, y Maggie tenía la sobrecogedora sensación, de vez en cuando, de que explotaría cuando Pauline regresara a casa. Pero eso podría tardar varios meses. O podría ser nunca.

Maggie había decidido aguantarse y lavar su propia ropa, aun así lo hacía deprisa porque no quería quedarse en el sótano demasiado tiempo. Una tarde estaba sacando la última carga caliente de la secadora para ponerla en el cesto de la ropa, cuando notó un sobre en el descanso de las escaleras que desembocaba en la puerta inclinada de salida. Parecía como si la hubieran deslizado bajo la puerta. Abrió el sobre para encontrar una nota doblada y algunas flores secas.

Maggie:

Puede que nunca encuentres esto porque nunca bajas al sótano, pero pensé que estaría padre ver si lo hacías.

Recogí estas margaritas en el verano y las metí en un libro. Ahora son un pequeño pedazo del verano para ti.

Maggie, no siempre articulo bien las palabras cuando hablo, pero quería decirte que eres muy hermosa. Tus curvas y esas piernas firmes me hacen delirar. También eres un ser humano hermoso. Siempre piensas en los demás. Nunca buscas llamar la atención, eres una dormilona, conservas lo que atesoras cerca del pecho. Siempre das la impresión de saber a dónde vas. Pareciera que sabes exactamente quién eres todo el tiempo.

Me alegra haberte conocido. No puedo esperar a tocarte de nuevo. Pégame en la boca pero, maldita sea, tengo que decir que me gusta tocarte.

Liam

Maggie trazó las palabras con sus dedos y se preguntó si era malo que le provocaran desvestir a Liam. Se preguntó si había recogido y secado las flores pensando en dárselas a Pauline. Pero decidió que no le importaba, que no sería ingrata. La Maggie de antes hubiera sopesado las cosas y considerado los puntos negativos. No ahora. Se ruborizó ante la idea de que su mamá pudo haber encontrado la nota antes que ella.

Iba a meterla en su bolsillo, pero en vez de eso decidió esconderla en algún sitio del sótano, como su propio tesoro del dragón. La puso cerca de la parte trasera del cuarto, en un estante, bajo un bloque suelto. Quizá alguien la encontrara algún día y se maravillara, así como ella al encontrar la pulsera.

Esa tarde jugaron carreritas en el bosque con sus botas grandes y Liam la tomó rodeando su vientre y la apretó con fuerza, como si no quisiera dejarla ir nunca, después la aventó en la nieve para hacerla reír. Fríos y mojados, corrieron hacia el sauna, una vez dentro se sentaron con las piernas entrelazadas y se quitaron las camisetas. Maggie se sintió como si estuviera desenvolviendo piezas de sí misma y le dejara verla, por dentro y por fuera.

Recargó su frente en la de ella. Era extraño cómo en toda su vida nunca había hecho tanto contacto visual con nadie, pero con él era infinitamente interesante. Le

daba la impresión de que estaba a punto de saber el número exacto de líneas en las coronas alrededor de sus pupilas. Él delineó sus hombros con sus manos, cuidadoso de llevarlas a cualquier otro sitio.

—Debí haber construido esto para ti —dijo.

—Vamos a hacer como si fuera así.

Liam se alejó para sentarse. Ella extrañó su cuerpo de inmediato, cuando ya no lo estaba tocando.

—Está bien, vamos a hacerlo oficial —dijo él.

Abrió la puerta del sauna, recorrió el bosque con la mirada, después salió con los pies descalzos.

—Vas a congelarte, loco.

Después de un par de minutos la puerta se abrió y reapareció, feliz y temblando, con un clavo en la mano.

—Sabía que había dejado un par de estos inocentes en la canaleta.

Empujó la puerta para cerrarla y todavía temblando, estiró el brazo, justo debajo de la línea del tejado, talló algo en la madera con la punta del clavo. Cuando retrocedió, vio que había grabado una palabra: Maggie.

Se sentó a su lado, dejó el clavo en una tabla de la banca.

—Esta tarde quiero llevarte a un sitio —dijo—, si nos vamos temprano podemos regresar a buena hora.

—Me suena conocido, ya lo he escuchado antes.

Liam se veía incómodo y después agregó:

—No. Es solo para ti. Ni siquiera yo he estado ahí.

Maggie se acercó aún más a él, sus pechos se tocaban.

—Sí —respondió—, está bien.

Se fueron una hora después.



Retrocedo. Sé que no debo ver. Doy a los amantes su privacidad, es lo menos que merecen: un momento solo para ellos. Por estos momentos de la vida de Maggie, su amor estalla y enciende al mundo. Es como tirar una cerilla en un pozo.

Me escondo en el sótano y mejor intento imaginarme en esos lugares.

Imagino que somos amigos. Reímos y corremos en círculos, dejamos nuestras huellas en la nieve. No sé cómo se verían mis huellas, qué talla de zapato tuve si alguna vez viví, a quién hubieran visto Pauline, Liam y Maggie cuando me miraran. Aun así, imagino que estamos acostados en el techo de los Larsen, hablando de toda la gente a la que conocemos, que también soy un adolescente. En mi imaginación hay mucha gente a la que conozco y amo.

También pudimos haber incendiado el mundo, si hubiéramos sido amigos. Pero nunca lo fuimos.

Intento imaginar que los tres, o incluso solo Pauline y Maggie, vienen conmigo al sótano, donde el vacío brillante es el creciente rayo de luz. Intento imaginar que están paradas a mi lado cuando al fin me acerco. Pero siempre llego primero y demasiado rápido. El espacio amplio y vacío está ahí como si llevara toda la vida esperándome. Tengo tanto miedo, un miedo tan profundo que invade cada fibra de mi invisible existencia, como para irme.

Aunque a veces me preocupo porque nunca me voy a ir de Door County.



Un par de días después, Maggie y Liam fueron a cenar al restaurante local en el carro del papá de Liam. Atardecía y recorrieron el camino serpenteante que llevaba al pueblo, viendo cómo se encendían las luces en las casas.

Mantuvieron las ventanas abiertas a pesar del frío porque olía muy bien, a pino y fresca. Liam prendió la calefacción a la máxima potencia, y el frío y el calor se mezclaron. Sintonizó la radio en *Delilah*, y una música melodiosa y cursi inundó el aire. Liam sonrió. Maggie estaba perdida en sus pensamientos, quería decirle algo, pero no sabía cómo. Pensó que tal vez Liam Witte era su primer gran amor, y quería que lo supiera. Después el momento pasó y él viró despacio a la derecha y se detuvieron en el restaurante.

Se estaban estacionando cuando ella notó las intermitentes luces rojas y azules en la estación de la policía sobre la Ruta 42. Liam se estacionó, salieron y se quedaron recargados en el auto, observando.

Los reporteros se habían reunido frente a la puerta principal de la estación, y el estacionamiento estaba tan alumbrado por las luces de las cámaras que parecía que era de día. Unas cuantas personas habían salido del restaurante para mirar, y una de las meseras que Maggie conocía se les acercó.

—¿Puedes creerlo? —preguntó—. Trabaja en la tienda de antigüedades. Durante todo este tiempo. ¿Puedes creerlo?

Observaron el espectáculo al otro lado de la calle: Gerald Turner esposado y guiado por el estacionamiento. Autos y equipos de televisión llenaban el lugar, y había tantos *flashes* encendidos que parecían relámpagos.

Esa noche la noticia estuvo en todos los programas en el condado. Habían arrestado al asesino de Door County.

Pauline Boden regresó a casa de la mano de James Falk. Una tarde gris de principios de febrero estaba parada en la puerta de Maggie como si nunca se hubiera ido. Bajó la barbilla a su chaqueta para esquivar Patagonia azul brillante y dijo que su mamá la había dejado regresar a casa para siempre ahora que habían apresado al asesino.

Puso un regalo en la mano de Maggie: un globo de nieve de Milwaukee, nieve blanca cayendo sobre los edificios y sobre el río. Maggie lo sostuvo en la mano sin saber qué decir.

James, alto, musculoso de cabello oscuro, estaba a su lado, mirando a Maggie fijamente y con confianza. Era exactamente el tipo de chico con el que había imaginado a Pauline cuando la vio por primera vez, muy guapo y atlético, con un aire de que el mundo le pertenecía. Le dio la mano a Maggie.

—Mags, mucho gusto en conocerte.

Maggie miró a Pauline con las cejas levantadas, y ella se encogió de hombros.

—Pauline me ha hablado mucho de ti —James prosiguió, abrazando a Pauline—, mi chica te extrañó muchísimo.

—Ah, sí, yo también la extrañé —respondió Maggie.

—Bueno, solo la vine a acompañar así que... —James se inclinó y besó a Pauline, jalándola de la cintura. Pauline se resistió un poco, pero lo dejó besarla, después se apartó—. Estoy seguro de que estaré mucho en casa de Pauline, pero no te pierdas. Entre más, mejor. Nos vemos.

—Adiós.

Lo miraron cruzar el patio hacia la entrada para autos. Maggie se preguntó si le acababa de dar permiso para pasar un rato con su amiga. Pauline se volteó para mirarla, con los ojos encendidos.

—Ven a ayudarme a desempacar.

En el cuarto de Pauline las cosas salían disparadas de su maleta como un huracán. Su mamá había limpiado su cuarto en su ausencia, pero volvía a estar desarreglado a medida que Pauline aventaba la ropa en el piso y los artículos de tocador sobre el escritorio. Dos iPods, sus bocinas Bose portátiles, varias blusas brillantes y un par de tacones nuevos rojos que Pauline aventó debajo de la cama. Hablaba emocionada mientras colocaba las cosas en la pila, y aventaba todo lo demás, un iPad roto, una pulsera de corazón de Tiffany, dos bolsas, en el ropero.

—Estoy tan contenta de estar en casa. Tan pero tan feliz. ¿Cómo están las cosas? ¿Cómo va la tienda? ¿Cómo están tus papás?

—La tienda cerró, ¿no te conté? Mis papás están bien. Todo lo demás está... —Maggie hizo una pausa mirando alrededor del cuarto— igual.

Maggie tragó saliva con culpa.

—Están planeando una fiesta de San Valentín, abajo en el Clipper.

—Ay, siempre lo hacen —Pauline movió la mano despectivamente. Estaba pálida y más delgada que cuando se fue.

Pauline notó que Maggie la estaba estudiando.

—Ya sé, parece que me estoy marchitando. No puedo soportar otra semana de invierno. Moriré.

—Deberías intentar comer otra cosa que no sean Twizzlers.

Pauline sacó de la maleta una camiseta arrugada hecha bola, y entornó los ojos como si nunca la hubiera visto en su vida, después la aventó.

—Sí, solo que no he tenido mucha hambre. No sé por qué.

Maggie asintió.

—Así que James parece, eh, bastante cercano a ti.

—Lo sé —lo dijo disculpándose—, es un poco intenso, lleva años convenciéndome de salir con él, así que creo que es un poco... entusiasta. Hasta dice que si me mudo a Milwaukee después de graduarme, él también lo hará.

—Ah —Maggie nunca se hubiera imaginado que a Pauline le gustara alguien tan dependiente.

—Es como... decidido en sus cosas. Pero boxea, para sacar toda esa energía.

—Ah.

—Ya sé. ¿Quién boxea? Pero a él le gusta.

Pauline desempacó suéteres y botas, y en el fondo de su maleta estaba una postal. Era una pieza de arte escandinavo antiguo, dibujado a lápiz, con una casa de madera que parecía escandinava en el fondo y una viejita huesuda y repulsiva, que cojeaba entre las rocas de la orilla del lago. Pauline se dio cuenta de que Maggie la estaba observando.

—Es de Liam —dijo Pauline—. Es tan tonto —la sostuvo—. Es Pesta. ¿Te acuerdas de la diosa de la muerte de la que te había contado? La vio en una tienda de cachivaches y pensó en mí. Porque cree que estoy obsesionada con ella.

La arrugó y luego la tiró con cuidado en el bote de la basura a un lado de su vestidor.

—Así que, ¿qué se siente que el asesino de Door County te haya dado un gramófono?

Maggie odiaba hablar de eso. Todavía le parecía surreal. De hecho todavía no lo creía. Sabía que tenía que decirles a sus padres, que tal vez la llamarían como testigo, pero la idea de estresar así a su mamá justo ahora, cuando las cosas parecían estar tranquilizándose por primera vez en años, no era para nada atractiva.

Se sentaron en silencio durante un rato. Al fin Maggie dijo:

—¿Supiste lo del incendio?

Pauline asintió.

—Mi mamá me lo contó.

—¿Has ido a verlo?

Pauline se levantó y fue hacia su espejo, se puso un sombrero de lana que dijo que se había comprado en Milwaukee en una feria callejera de arte. Sacudió la cabeza.

—Dijo que no le estabas escribiendo.

Pauline estiró el sombrero de una y otra manera para acomodárselo.

—Estoy feliz de que hayas regresado —dijo Maggie, cuando no contestó nada.

Pauline volteó, parecía indecisa.

—Yo también —se arrodilló a un lado de la cama.

—Pauline, ¿qué pasó esa noche? —le preguntó Maggie—. La noche que los agarraron. ¿Por qué regresaron tan tarde?

Nunca había querido preguntarle a Liam, pero ahora quería preguntarle a Pauline.

Pauline empezó a comerse las uñas. Miró a Maggie.

—Pelemos —respondió. Después regresó a su maleta. Como si no hubiera otra cosa que decir al respecto.

Avanzada la noche, Maggie se escabulló por la ventana de Liam, salió a escondidas cuando sus padres se fueron a dormir. Él despertó con un sobresalto, después como si se tratara de un reflejo la jaló hacia sus brazos y la besó, olió su cabello.

—Pauline regresó —dijo después de un rato, en voz baja. Su cuarto olía a madera nueva en donde habían parchado el techo.

—Lo sé —lo dijo con un tono muy suave, como si fuera algo tierno. Maggie se debió tensar porque Liam la jaló aún más cerca.

—Este ha sido el mejor mes de mi vida —susurró—, solo quiero que sepas eso, Maggie. Siempre había esperado esto y ni siquiera sabía qué era lo que estaba esperando. No tienes por qué preocuparte.

Extrañamente ella no estaba preocupada. Sin embargo, sí estaba preocupada por Pauline.

Esuchaba cómo la respiración de Liam se hacía cada vez más lenta y estable a su lado como si se hubiera vuelto a quedar dormido.

—Te amo, Liam Witte —le dijo al techo, luego suspiró—, resulta que eres mi primer amor.

No respondió. Continuó respirando suave y fijamente contra su hombro. Maggie sintió que la piel le picaba de vergüenza, pero después, creyendo que debía estar dormido, se movió para levantarse de la cama y salir por la ventana. Justo cuando había deslizado las sábanas bajo sus piernas, él la abrazó con más fuerza y susurró contra su cuello:

—Yo también te amo, Maggie.

Elsa reabrió la tienda ese fin de semana. Por supuesto gritó y vociferó y dio la impresión de que el hecho de que un asesino estuviera trabajando bajo su techo era la cosa más horrenda que le hubiera pasado y, al mismo tiempo, completamente esperada.

—No entiendo cómo lo pudo haber hecho —dijo Maggie—, físicamente, ¿cómo pudo hacerlo?

—Tal vez su esposa era su cómplice —dijo Elsa.

Maggie estaba asombrada de enterarse, por las noticias, que incluso tenía esposa. Se parecía a la señora Claus. Y se le notaba tristemente aturdida frente a los reporteros que acampaban frente a su puerta.

Elsa pasó gran parte de su día hurgando entre las antigüedades de Gerald como si esperara encontrar un cuerpo en la caja metálica de pañuelos *vintage* o escondido en una de las vitrolas. Maggie permaneció a un lado de la caja registradora luchando contra una sensación constante de desasosiego.

Al fin Elsa regresó con las manos vacías. Notó que Maggie veía fijamente por la ventana. Se paró a su lado.

—Pareces esposa del mar —le dijo.

—¿Qué es una esposa del mar?

—Alguien que espera que su marinero regrese a casa pero sabe que el marinero puede yacer en el fondo del océano. Te ves pálida.

Maggie señaló el cielo nublado.

—Sin sol Maggie se vuelve pálida.

Elsa la miró fijamente, esperando.

—Pauline volvió.

—Bueno, ¿ustedes dos no eran uña y mugre? Creí que estarías feliz.

—Ella y Liam no han hablado. ¿No te parece raro?

Elsa colocó su mano en su corazón con delicadeza y sacudió la cabeza.

—Ay, querida, no te interpongas entre esos dos. Están destinados uno para el otro, son como dos piezas de la misma tela, diferentes entre sí. Vivirán y morirán juntos, escucha lo que te digo.

Pauline quería ver el sitio en donde Hairica había estado prisionera. James Falk insistió en invitarse solo, aun cuando Pauline había planeado ir solo con Maggie. Maggie supuso que quería ir por impresionar a Pauline con su audacia o porque no había nada más que hacer en Gill Creek en esa época del año.

Entraron al parque de diversiones Zippy por la puerta lateral, la cual estaba torcida y medio caída. La rueda de la fortuna, grande y oxidada, se cernía en lo alto, el terreno estaba cubierto por nieve endurecida crujiente. Maggie nunca había estado en un parque de diversiones durante el invierno; se preguntó cuán escalofriante podría ser en la noche, porque en pleno día, estaba haciendo que el vello de su cuello se erizara.

James las guio, tomó a Pauline de la mano, sus dedos entrelazados con los de ella como si intentara jalarla más cerca. Cuando no la abrazaba, la agarraba suavemente de la cintura o intentaba poner su mano en su espalda baja, básicamente para tocarle las nalgas.

—Veníamos aquí cuando era niño —dijo él—, me encanta el juego de fuerza, ¿saben cuál, el del mazo?

Pauline siguió sus pasos como si fuera una pelota amarrada a él, su brazo y su mano parecían partes solo por casualidad unidas a su propio cuerpo. Pasaron a un lado de un puesto vacío de algodones de azúcar y una línea de casetas de juegos. Un juego mecánico estaba tapado por una lona, James la levantó y la volvió a colocar. Al encontrarse con el pabellón de los carros chocones vacío, James jaló a Pauline al centro de la pista y le dio un par de vueltas. Ella se alejó girando, se separó de los brazos de James riendo.

—Es difícil de acorralar —le dijo a Maggie con una sonrisa vacilante mientras caminaban detrás de Pauline.

A Maggie le vino a la mente la imagen de insectos pinchados a un tablero en su viejo salón de sexto año.

—Ah, aquí está —dijo él. Estaban parados frente a una torre alta y delgada con una campana en la parte superior, un plato de metal en la parte inferior y una cara redonda de vidrio con las palabras: «Patético». «¿Es todo lo que tienes?» y «¡Tienes el poder!».

El mazo todavía estaba amarrado al juego. James lo levantó. Pauline se le acercó por atrás para mirarlo.

—No funcionará, se supone que es eléctrico —dijo Maggie.

Sin mencionar que se veía oxidado y torcido. Pero James levantó el mazo y golpeó fuerte, tan fuerte que el plato de metal oxidado salió volando por el impacto. La campana sonó, hizo eco en el parque vacío.

—¿Viste? —dijo James—, no estaba completamente roto —golpeó el plato de metal con su pie—. Bueno, supongo que ahora lo está.

Le sonrió a Pauline y ella volteó a Maggie con una mirada molesta.

Siguieron a Pauline hasta una caseta cubierta con cinta de la policía. Rompió la cinta y entró con la espalda pegada a la pared, cuando apoyó la cabeza en el metal frío, el cabello le cubrió la cara.

—¿Creen que aquí la escondió? —preguntó.

—Pauline, sal de ahí, es mórbido —dijo Maggie.

Pauline observó alrededor.

—Este lugar debería asustarme pero no lo hace.

—Todavía creo que es totalmente repulsivo que estés ahí parada —dijo Maggie.

De repente en el bosque a espaldas de la caseta se produjo un crujido, como si hubieran pisado una rama pesada. Pauline saltó.

—¿Qué fue eso?

James fue detrás del cobertizo para asomarse al bosque.

—Debió ser un animal. No veo nada.

—Está bien, tienes razón, es repulsivo aquí —dijo Pauline. Maggie se sintió aliviada. Sabía que habían atrapado al asesino; lógicamente sabía que estaban seguras. Pero le urgía irse de ahí.

Entró, tomó a Pauline de las manos y la sacó de ahí.

En el camino a casa, James acarició el cabello de Pauline con la mano derecha mientras manejaba con la izquierda. Maggie se sentía un poco asqueada. Veía por la ventana para ignorarlos.

Al bajar por Water Street, vio una figura a mitad del camino, y su corazón empezó a latir con fuerza.

Enfundado en un abrigo de lana azul marino y con un sombrero de lana, él levantó una mano para saludarlos, y ellos bajaron el ritmo hasta detenerse.

—Liam —dijo Pauline mientras bajaba la ventana. Maggie bajó la suya también, sintió cómo se ruborizaba. Las mejillas de Liam estaban enrojecidas también pero por el frío. Miró a Maggie, después a Pauline. Miró de reojo a James y ambos asintieron. Él se inclinó en el filo de la ventana de Maggie.

—Terminamos el techo, deberías venir al rato a verlo.

Maggie estaba a punto de responder cuando Pauline habló desde el frente.

—Hey, Liam —murmuró—. ¿Cómo va todo?

Liam la miró, después miró de nuevo a Maggie como si no la hubiera escuchado.

—Siento no haberte visto antes —Pauline dijo de repente.

—Está bien, no importa —se dirigió a Maggie—. Bueno, ven al rato, si quieres.

Después hizo algo que Maggie no esperó, aun cuando estaba pasando. Se inclinó, le sostuvo la cara con las manos y la acercó para darle un beso en la boca.

Él le sonrió, después se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la entrada de autos de su casa. Maggie giró en su asiento para mirar a Pauline, se le atascó el corazón en la garganta.

Pauline veía fijamente a Liam, con la boca abierta, sin palabras. Tenía las manos en el tablero, con los nudillos hacia abajo y las palmas abiertas, como si estuviera pidiendo algo o suplicando o como si le hubieran quitado algo de las manos.

Esa noche Maggie vio el círculo de una fogata en la orilla del lago. Cruzó el campo y bajó hacia el agua, Abe estaba ladrando en algún sitio en lo profundo del bosque. Se paró cerca de la fogata que Pauline había hecho y levantó las manos hacia el fuego.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó Pauline.

Maggie la miró de reojo en la oscuridad. Pauline había quitado la nieve de una zona extensa de la playa y había puesto una lámpara de acampar y una bolsa de Cheetos sobre una manta, y después había metido las piernas en un saco de dormir.

—Mi mamá me está volviendo loca. Casi quiero *dormir* acá afuera.

Abe vino corriendo a la fogata, sin aliento.

Maggie se sentó en el límite de la manta, Pauline abrió el saco de dormir y lo desdobló, para cubrir las piernas de Maggie. Un avión sobrevoló el cielo. Abe gruñó hacia el bosque. Maggie se tapó el pecho con el saco de dormir y se acercó un poco más al fuego.

—¿Eres buena para volar? —preguntó Pauline.

Maggie asintió. Había volado mucho para ver a su abuela en Boston, a Disney World cuando era niña, y una vez a Londres en un viaje familiar, cuando sus finanzas estaban mejor.

Pauline suspiró.

—Siempre me da miedo que el avión se caiga.

—Pensé que yo era la que tenía las fobias.

Pauline sacudió la cabeza.

—Creo que eres bastante valiente. Solo piensas lo que podría pasar. No te avientas a las cosas a lo tonto.

Maggie sabía que no era tan valiente como Pauline creía. Pauline se alisó el cabello largo que le salía del sombrero, recargó su cuerpo delgado contra sus piernas para calentarse.

—Siempre cambio de parecer. Soy volátil.

Pauline la miró con cariño.

—Eres el tipo de persona que hace lo que dice que hará. Quiero decir, lo dices y luego lo haces. Lo admiro. Seguro tienes una gran vida por delante.

Maggie tembló y se envolvió con los brazos.

—Sí, soy perfecta —dijo a secas, burlándose de sí misma—. Pauline, tú también tienes una gran vida por delante.

Pauline no parecía convencida. Miraban fijamente al lago mientras Maggie elaboraba una disculpa.

—Me alegro por ti y por Liam —dijo Pauline de repente, tallando un palo contra la nieve, rayando de arriba hacia abajo, con rostro indiferente. Cambió su peso a la derecha.

—Pauline, quería decirte pero...

—¿Lo amas? —preguntó.

Maggie sintió su cara ruborizarse. Asintió.

—Ay —la voz de Pauline sonaba fina y débil—, es muy bueno. Los dos lo merecen. De verdad lo creo.

Maggie quiso partirse en dos. Quería que una mitad hiciera lo mejor para Pauline. Y la otra mitad quería ir a la ventana de Liam, meterse a su cama y escucharlo respirar. Le emocionaba un poco ver lo hermosa que era Pauline y saber que Liam la amaba *a ella*, a Maggie.

—¿Crees que la gente te cuida después de que muere? —preguntó Pauline.

—No creo —dijo Maggie, intentaba ser honesta. No era atea como el señor que manejaba un camión Volkswagen, pero tampoco era muy creyente.

—Yo sí lo creo. Creo que uno se queda. No creo que desaparezcamos. Creo que mi papá me cuida, como mi ángel guardián. Solo que a veces siento que si me voy de aquí, o si cambio demasiado, no vendrá conmigo o no me reconocerá.

Maggie no sabía qué decir.

Estuvieron sentadas un rato, pero daba la impresión de que no tenían nada más qué decir, por lo menos no esa noche. Al fin Maggie se levantó y se sacudió los *jeans* bajo su abrigo. Dejó a Pauline y a Abe sentados a un lado del lago, todavía muy despiertos y buscando aviones.

De vuelta a casa, su mamá estaba viendo la noticias de nuevo. Maggie pensó que a su mamá nunca le había gustado tanto ver la tele cuando vio del otro lado del arco y alcanzó a ver la pantalla.

—¿Puedes creerlo? —le dijo su mamá murmurando.

En la televisión había una toma en vivo de Gerald Turner en una conferencia de prensa, lo habían liberado de prisión por falta de evidencias.

Lo primero que Maggie pensó fue que hubiera deseado no haber ido al parque Zippy. Parecía que habían despertado a los muertos.



Sobre el parque de diversiones observo al acechador.

Ha regresado para buscar algo y los ha visto. No le quita los ojos a Pauline, como papel matamoscas.

Es una sombra, un hombre corpulento y malo. Mantiene la cara agachada como si supiera que hasta Dios está mirando. Está recogiendo sus cosas y planeando su próxima jugada, mientras tanto, solo puedo mirarlo como si fuera una película.

Entiendo que me he encariñado con esta gente debajo cuando lo veo y pone mi alma a temblar, las polillas se dispersan. Regresan pero sus cuerpos tiemblan debido a mi ira.

El sótano me jala hacia casa.

Últimamente en todas partes veo destellos de otros espíritus, asomándose detrás de los arbustos, emitiendo una luz débil debajo de los pórticos, con sus tristes caras brillantes del otro lado de ventanas oscuras o sentados en viejas tumbas, esperando. Es como si ahora me dejaran verlos, como si me estuviera convirtiendo en uno de ellos. No sé lo que tengan que hacer, pero creo que cuando terminen cada uno cruzará su propio hueco iluminado y terrorífico, como yo lo haré.

Cuido a los adolescentes de Water Street, están dormidos en sus camas:

Liam con un brazo colgando bajo la cabeza, con una vaga sonrisa en los labios porque está pensando en una chica. Maggie enroscada en su edredón, sabe que ella es la chica en la que está pensando. Y Pauline.

Pauline está acostada sobre su lado derecho, Abe hecho bola contra su barriga. Ella tiene algo en el puño derecho, arrugado y apretado, cerca de la mejilla. Una postal de Pesta.

Mediados de febrero. La fiesta de San Valentín de Gill Creek fue en el Clipper, un hotel victoriano blanco de gran envergadura, con un pórtico envolvente que se cierne sobre un césped verde que desciende hasta el lago. Maggie había pasado en coche por el hotel, pero nunca había entrado, aunque a veces Liam trabajaba ahí por su ocupación de *catering*. Le había dicho que tal vez tendría que trabajar ahí esa noche, y si era así, se escaparía para verla.

Cuando ella, Pauline y James cruzaban el estacionamiento, las nubes se deslizaban por el cielo, el sol se ocultaba y volvía a brillar. El clima era de abrigo pesado pero no de congelarte los vellos de la nariz. Se suponía que el frente caluroso duraría un par de días más. El clima se había vuelto extraño: capa tras capa de nubes que avanzaban despacio tierra adentro: nubes blancas apiladas sobre grises y azules.

—Podríamos tener una de esas locas tormentas eléctricas de mediados de invierno —dijo James. Sabía mucho sobre el clima. Según Pauline siempre sacaba diez.

Dentro se quitaron los abrigos. Pauline traía puesto un vestido que había comprado por internet en Barneys de Nueva York, blanco como cáscara de huevo, fino y con pliegues, con un tirante en el hombro derecho y el otro hombro desnudo. Traía puesta una peineta con un mechón de pequeñas plumas delicadas sobre el cabello. Todo el mundo parecía exagerado comparado con ella. El vestido delgado era apenas visible en su estructura temblorosa, no combinaba con el elaborado ramillete que James le había puesto en la muñeca.

El vestido de Maggie era el mismo que había tenido desde hace dos años: verde esmeralda, simple y estructurado. Lo había usado el año pasado para un baile en Chicago, en una cita con un chico que la había aburrido toda la noche, por decir cosas como: «¿De verdad? ¿De verdad?» una y otra vez, creyéndose astuto. Ella había bebido tres asquerosos tragos de la botella de *whisky* barato que él había llevado en su abrigo solo para sobrevivir al aburrimiento.

El baile de Gill Creek se había organizado en uno de los tres salones de fiestas principales y estaba lleno de gente. El tema era: Bajo el mar, había globos azules y blancos dispuestos a lo largo del techo a modo de olas, sirenas retro, tetonas y de papel pegadas en las paredes y estrellas de mar y conchas falsas que salpicaban la mesa de botanas.

—Sospecho que estas sirenas se han sometido a cirugía —dijo Maggie.

—No, estoy bastante segura de que 38C es una medida totalmente realista para las sirenas —respondió Pauline sarcástica.

—No creo que tengan pelvis. Ay, nosotras las mujeres con nuestras pelvis enormes, poco atractivas y estructuralmente necesarias.

El salón estaba sofocante y el baile ya había empezado. Maggie se sintió la cara muy caliente. James tomó sus abrigos y les dijo que les traería bebidas y comida. Él llevaba un traje y mientras lo miraba, Maggie pensaba que se movía como si ese fuera su lugar, como si todos los lugares fueran suyos.

—Es agradable tener cinco minutos en los que James no esté intentando tocarme el trasero —dijo Pauline suspirando con tristeza y mirándolo—. Deberías verlo cuando estamos solos, es como besar a un calamar gigante, intenta llegar a todos lados al mismo tiempo.

—Deberías cortar con él si no te gusta —dijo Maggie.

—Lo sé, lo sé —Pauline la miró—, estoy dejándome llevar. Él hace todo más fácil.

James regresó con platos llenos de comida y Pauline devoró el suyo.

—¿Quieres bailar? —le preguntó él.

Algunos de sus amigos estaban bailando en un grupo a la derecha de la pista de baile.

Pauline sacudió la cabeza.

—Me siento con un poco de calentura.

—¿Quieres irte?

Se le notaba preocupado, como si ella fuera una bebé o una flor delicada.

Pauline volvió a sacudir la cabeza.

—No, estoy bien, solo voy a caminar un poco y a ver el resto del hotel. Regresaré. Ustedes quédense y platiquen —se encaminó por un pasillo lujoso alfombrado de lado izquierdo.

Maggie y James permanecieron en silencio, se sentía incómoda porque no tenía nada que decirle. Empezó a sonar «My Humps», lo que hizo la situación todavía más incómoda cuando una pareja enfrente de ellos empezó a bailar rozándose.

—Así que tú y Liam —dijo James después de un rato.

—Ajá —respondió Maggie. ¿Qué más habría que decir?

—¿Él no quería con Pauline?

—No creo que sea algo que le preguntarías a la novia de alguien.

—¿Así que eres su novia? —presionó James.

Maggie no estaba segura de qué responder al respecto. Sentía cómo se le iba enrojeciendo el rostro por la molestia de sentir una invasión en su vida personal.

—Ay, es verdad, Pauline dice que no te gusta contar muchas cosas. Dice que te guardas todo —Maggie intentó olvidar la herida leve que le causó Pauline al decir algo así sobre ella.

James sonrió, parecía completamente relajado.

—Sé que no te caigo bien.

Maggie lo miró sin negarlo.

—Perdón por ser entrometido. Solo que no creo que Pauline sepa siempre lo que es mejor para ella. Creo que Liam Witte no es lo mejor para ella, incluso como

amigo. Ese chavo está muy mal. Lo siento.

—Serías un buen novio talibán —Maggie respondió—. Deberías ponerle una burka.

James sonrió forzosamente y puso los ojos en blanco.

—Es tan hermosa —dijo al fin—, he estado obsesionado con ella desde primero de secundaria. La mitad de los chicos de mi clase lo están. Hace que las otras chicas de la escuela parezcan nada. Si tienes alguna pista sobre... no sé, de cómo ganármela.

—Tengo que ir al baño —dijo Maggie, y se volteó abruptamente para ir al baño.

Estaba tan molesta y harta de la conversación que no notó a una figura, con el rabillo del ojo, salir al pasillo por las puertas dobles que llevaban a la cocina. La figura cruzó la parte trasera del salón con dos bandejas, tomó un atajo a la sala de convenciones en el hotel. Solo cuando desapareció por las puertas traseras de vidrio registró que se trataba de alguien a quien conocía.



He aquí un momento que brilla tanto como un diamante.

Pauline Boden camina por el lujoso vestíbulo del hotel, alfombrado de verde, después sale a la galería vacía y la cruza para llegar al barandal. Se recarga, tiembla en su vestido cáscara de huevo pero no entra. Mira el desfile de las nubes en el cielo y su reflejo en el agua y se frota los brazos. Del otro lado del pasto, una ardilla trepa un árbol con rapidez; percibe el débil eco de la música que proviene de una de las bodas que se celebra dentro.

De repente, al escuchar pasos sobre la plataforma, voltea. Liam se detiene indeciso, congelado en su lugar con dos bandejas vacías en las manos. Las baja.

Pauline abre la boca para decir algo pero en lugar de eso, por impulso, da un paso hacia él. Le pone las manos en los hombros y él hace una mueca de dolor.

Ella lo guía para bailar siguiendo la música a lo lejos, pasos de polka, pero lentos y fáciles. Liam, indeciso, coloca las manos sobre su cintura. Se ve perdido. La mira confundido. Sus dedos tiemblan un poco sobre su cintura.

El sol se está poniendo, se filtra por las nubes extrañas y hace que el cielo parezca más cercano, si avanzaran al borde del pórtico llegarían como en veinte brazadas. Liam da un paso atrás y la mira.

—Nunca me escribiste —dijo él—, se suponía que eras mi amiga.

Pauline sacudió la cabeza con tristeza.

—No soy tu amiga.

Le tiemblan los labios, parece que va a llorar.

Liam no le pregunta por qué. Tal vez ya lo sabe. Nervioso le acomoda una hebra del cabello detrás de la oreja, como si fuera a golpear su mano.

—Lo siento —dice ella.

Liam se mira los pies.

—Estoy cansada de hacer esto —dice ella—, siempre sentí que podía vivir el momento, con todo menos contigo. Es demasiado importante, y si te pierdo..., si me pierdes...

Ella levanta la vista al cielo, las lágrimas mojan sus pestañas inferiores.

—Es muy cansado tratar de no amarte.

Se ve insegura, asustada de lo que dijo.

Las nubes cruzan el sol como una advertencia. Liam mira a Pauline con los labios temblorosos, y luego ella lo asusta, da un paso adelante y presiona sus labios contra los de él. Liam se aleja, se ve enojado. Pero después de un momento la jala hacia él

con fuerza y la besa. Se recargan el uno en el otro como si hubieran regresado de un largo viaje, como si estuvieran exhaustos.

El momento se siente familiar, como si ya lo conociera, aun así llega una sorpresa.

Ahora, en la parte trasera del pórtico, la veo, mirando a través de una de las puertas negras de vidrio del hotel. El aire corre, tiembla, siento que el pasado surge ante mí y luego escapa. Solo deja un residuo de algo..., un pedazo de mí que me asusta conocer. Me aterra haber hecho algo terrible, pero no lo recuerdo.

Detrás del vidrio, Maggie Larsen los mira besarse, parece que se podría hundir en la tierra. Me aparto, agitado. Floto por arriba de los bosques. A pesar de no respirar, necesito aire.

Y aquí los encuentro. En la profundidad del bosque de pinos, encima de los árboles, llego al baile de los fantasmas. Están girando en el aire, iridiscentes, radiantes, los lleva por el viento.

Los fantasmas de Door County están haciendo el baile del rayo. Se han reunido como si alguien les hubiera mandado un mensaje. Intentan bailar entre ellos.

Floto hacia una mujer con rostro largo y delgado, pero mis palabras caen en oídos sordos, y su boca se mueve sin emitir ningún sonido.

Vuelo hacia un hombre con el cuello torcido. Apenas me mira.

Y al fin me doy cuenta de lo que por un tiempo he sospechado. Nosotros los fantasmas no vivimos entre unos y otros. Debemos estar escritos en diferentes rebanadas de tiempo o pedazos de aire. Nunca nos tocaremos y nunca hablaremos. Estamos solos.

Las polillas bailan a nuestro alrededor, casi como si fueran su propio círculo de luz de luna.

Es un *crescendo*. Es trágico. Porque sé lo que significa. Significa que somos, soy, una pieza del pasado. Y no puedo salvar a nadie en Water Street.

Significa que solo estoy aquí para observar.

Me retiro. Me evado del mundo.

Este no es un lugar para nadie que tenga corazón.

A finales de febrero un viento blanco barrió la nieve. Cubrió Door County como una manta, como si quisiera poner una sábana sobre el horror. Otra chica muerta, y la península se retrajo el resto del invierno. Los adultos permanecieron en sus casas o refugiados en bares de madera para sentarse frente a chimeneas avivadas. La gente joven se quedaba en las casas de los amigos u ocasionalmente, se escabullía para apiñarse en la nieve y hablar expulsando vaho al aire, retando la oscuridad. Era la época del año en la que se sentía que el tiempo no avanzaba y el mundo entero estaría atrapado bajo el hielo para siempre. Era como si la Tierra no estuviera en órbita sino merodeando en algún sitio lejos del Sol.

Maggie no le había dicho a Pauline lo que había visto. Sin embargo, durante el regreso a casa del baile los tres dieron por hecho que todo había cambiado: el silencio en el auto, la tensión cuando se separaron en la entrada, James y Pauline hacia una dirección y Maggie hacia la otra. Ella y Pauline no habían hablado desde entonces. Maggie no le había regresado las llamadas y se había escondido cuando escuchaba que tocaban la puerta, le había pedido a sus padres que dijeran que no estaba en casa.

Aunque podía sentarse en la ventana y observarlo todo: Pauline y James discutiendo en el jardín, y James finalmente alejarse manejando. Pauline en el asiento del pasajero de su Subaru, mientras Liam manejaba, quizá hacia el restaurante, para sentarse durante horas apoyados sobre la mesa, frente a frente y de la mano. La luz en el patio mientras Pauline se escabullía para ver a Liam después del toque de queda. Pauline dejando la ventana abierta toda la noche, dejando entrar al aire frío y esperando a que las piedras pegaran en su pantalla anunciando su llegada. Era difícil mirar y era difícil no mirar.

Elsa comentó que en un año normal en Door County, febrero era capaz de romperte el corazón. Uno vivía la temporada con tal intensidad que no parecía tener fin y daba la impresión de que todas las señales de vida, cualquier señal de que el verano alguna vez había existido o volvería a existir, se desvanecía. El cielo volaba bajo sobre el lago Michigan y no había sorpresas, ninguna cara nueva en el pueblo. Todo —los días en sí mismos— avanzaba lentamente. Y Elsa tenía razón. Los días se veían iguales cada mañana que Maggie despertaba.

La nieve se había acumulado demasiado como para que pudiera correr. Pasó mucho tiempo vagando por la casa y el patio, porque no había ningún otro sitio a dónde ir, solo mucha tarea escolar para mantenerla ocupada. Elsa le dio un par de zapatos usados para la nieve que habían llegado a la tienda de antigüedades, que milagrosamente no había vuelto a cerrar y a la cual había regresado Gerald Turner, sin decir una palabra a nadie de lo que había pasado. (Simplemente entró caminando una mañana y retomó su rutina). Maggie recorrió los bosques con sus zapatos, pero

solo en el lado más lejano a la casa de Pauline. De regreso a casa habría estado contenta de leer, pero era una cosa que Pauline había cambiado en su vida: ya no le gustaba quedarse quieta. Ahora la hacía sentir como si estuviera perdiéndose de algo.

Compró un libro sobre árboles e intentó seguir e identificar a todas las aves en el bosque en torno a su casa. Y se dedicó a terminar de arreglar el interior de su casa. Lijó los barandales y ayudó a su papá a barnizar los pisos que todavía no estaban listos. Juntos pintaron por segunda vez los pasillos del piso de arriba y reemplazaron los gabinetes de la cocina por otros que su papá había comprado en oferta en una tienda de cosas recicladas para la casa en Green Bay. Día tras día, fueron colocando las piezas finales de su casa.

Se escondía en los cuartos traseros cuando Pauline tocaba la puerta. Solo Abe era un visitante regular. Ahora que Pauline había regresado, estaba confundido sobre a quién proteger y pasaba la mayor parte de sus días corriendo entre la casa de los Larsen y la casa de los Boden para cuidarlas y confirmar que todo estaba seguro.

Maggie intentó despejar su mente. Se volcó dentro de sí misma como lo había hecho en el pasado, cuando su mamá perdió su trabajo, o mucho antes de eso, cuando tuvieron el accidente automovilístico.

Pero no podía olvidar. No podía olvidar las manos de Liam sobre su piel o su aliento en su cabello o que cuando la tocaba, había sentido como si todo su cuerpo se hubiera llenado de redobles.

—Las heridas te hacen más profundo y maduro —dijo su papá, una noche frente al fuego, incluso cuando ella no le había contado lo que había pasado—. Entre más grandes son los retos que enfrentas, más grande y profunda se vuelve tu alma.

Maggie le sonrió como si sus palabras fueran alentadoras. Pero sintió lo contrario: como si su corazón se hubiera empequeñecido y endurecido. Le asombró ser incapaz de detener el dolor en su pecho. Por la noche miraba el techo obsesionada por la idea de que Liam besara a Pauline exactamente como ellos se habían besado. Intentaba pensar en otras cosas, como recitar el alfabeto al revés, pero inevitablemente cada mañana cuando bajaba a la cocina, lucía ojerosa y su mamá la veía en la mesa de la cocina, preocupada.

Una de esas mañanas, cuando Maggie estaba buscando uno de sus zapatos para la nieve, el cual por alguna razón no estaba junto a su par, su mamá anunció que tenía una entrevista en Chicago. Maggie la miró conmocionada y se sentó de nuevo sobre los talones, desde donde se había arrodillado para buscar debajo del sofá. Todo su cuerpo se había animado.

—¿Quieres decir que nos vamos a mudar a casa? —preguntó incrédula.

La señora Larsen se encogió de hombros.

—Si me lo dan, no sé a cuánta gente estén entrevistando. No te ilusiones mucho todavía.

Pero el corazón de Maggie latió muy rápido. Parecía la ocasión perfecta para escapar. Podía olvidar a Pauline, a Liam así como el miedo que había brotado en

Door County y regresar con Jacie, a las calles familiares, a su antigua vida, cómoda y segura. Sonrió por primera vez en días, se aseguró de que el zapato para la nieve no estaba bajo el sofá, caminó por el pasillo hacia el último lugar en el que podía estar.

Abrió la puerta y bajó al sótano húmedo. El único foco arrojaba un círculo de luz tenue, proyectaba sombras en las esquinas del cuarto. Maggie miró bajo las escaleras, movió unas cuantas cajas antes de darse por vencida, y luego se detuvo por un momento para escuchar. Intentó decidir si el silencio era vacío o de expectativa. Intentó imaginar la vida de la casa antes de ella y se preguntó si habría sido más fácil en ese entonces, como lo creía Pauline. Maggie miró hacia donde había ocultado la carta, bajo el bloque de cemento y decidió que la dejaría ahí para siempre.

Pauline estaba esperándola en el pasillo cuando subió las escaleras.

—Entré a escondidas.

Pauline tenía en la mano un puñado de ramas de pino envuelto con un lazo rojo y se lo puso en las manos. Sus mejillas estaban rosadas, resplandecientes, y no llevaba el abrigo cerrado. Estaba radiante pero parecía que tenía el corazón en la boca.

—Por favor, acepta este ramo elegante como ofrenda de paz.

Maggie tomó el ramo y lo recargó en la escalera.

Pauline se veía lo suficientemente nerviosa como para vomitar.

—Están organizando una noche de películas en el Avalon, la semana que entra, para todos los jóvenes. Un evento con chaperones. Películas viejas. *Blancanieves* y...

—Pauline bajo el volumen de su voz—. Me preguntaba...

Maggie la miró fijamente.

—Golpéame. Grítame. Algo. Lo que sea.

Maggie sintió que ardía como una llama fría. Ocultó su rabia, que iba en aumento, con un rostro inexpresivo. Miró a Pauline sin emoción, como si no la conociera. Le temblaban las manos pero las apoyó en el barandal para que Pauline no las viera.

Una lágrima escurrió en el cachete izquierdo de Pauline.

—Sé que es una locura. Sé lo que siempre dije. Sobre lo que sentía por él.

Maggie continuó viéndola con frialdad.

—Di algo, ¿no te importa?

Pauline, quien siempre decía lo que sentía sin reparo, no podía reconocer que algunas personas tenían sentimientos tan profundos y firmes como el vidrio.

Maggie la guio por el pasillo, cruzaron la cocina, y le abrió la puerta.

Pauline se mordió el labio, se le salió otra lágrima. Segundos después estaba caminando afuera en la nieve, Abe corría detrás de ella. Maggie podía jurar que dos pájaros le sobrevolaron la cabeza y después revolotearon alejándose. Como la maldita Blanca Nieves.

Aparte de los espectaculares ocasionales que publicitaban hoteles, Subway o barras de queso, la carretera era plana y uniforme de camino a Chicago. Poco a poco los edificios y después la ciudad aparecieron delante de ellos, reemplazaron los pinos humildes de Door County por los rascacielos de Gold Coast, la parte de la ciudad en la que Maggie había crecido.

Al salir del auto frente a su antiguo departamento de ladrillos rojos del siglo XIX, lo primero que Maggie percibió fue lo ruidoso que era. Los autos pasaban zumbando, y a dos cuadras estaban construyendo un edificio nuevo, salía ruido de taladros y excavadoras que rompían el concreto y tocaban el claxon cuando avanzaban en reversa.

—Te veo en la noche —dijo su mamá antes de arrancar. Su entrevista era en poco más de una hora. Maggie volteó a ver su edificio de nuevo. No esperaba sentirse tan nerviosa y atolondrada al mismo tiempo.

El pasillo y el elevador parecían más pequeños de lo que recordaba; todo daba la impresión de haberse encogido en los meses de su ausencia, como si fuera *Alicia en el país de las maravillas*. Presionó el quinto piso y esperó.

Al final del pasillo, en el quinto piso, tocó. La puerta se abrió y le sonrió una cara familiar.

—Jacie —dijo Maggie. Las dos chicas se abrazaron.

Ella y Jacie dedicaron la primera hora para ponerse al tanto de lo que había pasado con sus viejos amigos: rupturas, peleas, una o dos personas que se mudaron al edificio. Jacie estaba animada mientras contaba las últimas novedades.

Maggie se impresionó porque solo habían pasado seis meses desde su partida, y nada había cambiado demasiado en Chicago: las mismas personas eran novios, la misma gente estaba peleando, y todos estaban haciendo las mismas cosas los fines de semana y después de la escuela.

—Tienes que regresar —dijo Jacie. Se había puesto luces en su cabello rubio y rizado, así que lucía un poco más denso—. Extraño el café en Meredith y comprar en North Bridge. Podemos ver *Housewives* de nuevo.

Maggie había odiado *Housewives* en secreto, pero a Jacie le encantaba. Siempre le había parecido raro que a Jacie le gustara ver a gente pelear en la televisión.

Aun así, mientras hablaban se sintió extrañamente ligera. Todo este tiempo que había estado familiarizándose con Pauline y Liam y la aislada belleza de su pequeña península, Jacie —y quizá la mayoría de sus amigos— había estado más que nada estática, en espera. De repente, por primera vez, a Maggie le alegró haberse ido y al mismo tiempo, sintió una sensación insistente de pérdida.

—¿Te asusta irte a dormir por las noches? —preguntó Jacie—. Con todo lo que está pasando, apuesto a que estás aterrorizada.

Jacie, la misma Jacie de siempre: llena de preguntas, alegre y sin complicaciones, raramente preocupada. Incluso el asesino le parecía un detalle escabroso.

Maggie asintió.

—Más o menos. No lo sé. Supongo que creo que no podría pasarme a mí. Creo que hay un concepto filosófico que lo describe.

—Eres el personaje principal de tu vida —comentó Jacie—, eres demasiado importante para morir. Así es como todo el mundo se siente.

—Sí, soy demasiado importante como para no ser invencible —dijo Maggie.

—Delirio de grandeza —agregó Jacie. Antes de que Maggie empezara la escuela en casa, habían tomado psicología juntas, además de otros millones de cosas. Era un pequeño golpe, pero Maggie no se sentía de la misma manera sobre los pequeños golpes de Jacie, como si fueran una parte necesaria de cualquier amistad. Ahora sabía que las cosas podían ser mejores.

Su mamá pasó a recogerla una hora y media después. Maggie sabía que Gill Creek estaba solo a unas cuantas horas, pero despedirse la hizo sentir como si estuviera regresando al fin del mundo. A Jacie se le llenaron los ojos de lágrimas y se despidieron rápido.

Ella y su mamá manejaron durante una hora en silencio, ninguna de las dos ni siquiera prendió el radio, ambas estaban perdidas en sus pensamientos.

—¿Cómo estuvo la entrevista? —preguntó Maggie al fin.

—Bien —su mamá asintió—. Bien, bien, creo que me volverán a llamar.

—Eso es increíble mamá.

Maggie miraba por la ventana, su mente iba de un lado al otro.

—¿Mamá?

—Sí, Mags.

—¿Cómo sabes si le das demasiado o muy poco a alguien? —preguntó indecisa—. ¿Cómo sabes cómo ser amable sin que después..., ya sabes, te pisoteen? ¿Cómo se logra?

Su mamá lo consideró.

—Creo que no hay mucha gente que lo haya resuelto perfectamente. Supongo que se trata de mejorar poco a poco, siempre corregir de esta manera o la otra, como columpiarse. No sé si hay un equilibrio perfecto entre ser independiente y ser generoso. Aunque tu papá lo ve diferente. Él no mide las cosas como nosotras. Vive bajo esa cita de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». Es un *hippie*.

—No creo que San Agustín haya sido precisamente un *hippie* —dijo Maggie.

—Bueno, siempre has sido más lista que yo.

Su mamá la miró como si tuviera mucho en la cabeza y estuviera escogiendo sus palabras con cuidado.

—Mags, sí sé que los chicos van y vienen cuando eres joven. Pero tus amigos... ellos se quedan.

A Maggie le pareció un consejo del repertorio de los padres, distante, un cliché. Quizá su mamá lo sabía porque prosiguió:

—Querida, sé que estás enojada. Algo pasó entre Pauline, tú y Liam.

Maggie picó un poco del tapiz bajo la ventana. Su mamá siempre parecía saber todo lo que Maggie no le decía, era uno de sus dones, como su extraordinaria habilidad para hacer que crecieran bien las plantas, y su habilidad para encantar a los extraños y su cabeza para los números.

—Y estás tratando de contenerlo y superarlo sola. Pero si no lo dejas salir... seguirá creciendo. Las cosas que reprimes pueden hacerse más grandes que tú. Habla con Pauline. Enójate, está bien, solo déjalo salir.

Maggie pensó al respecto en el camino a casa mientras su mamá ponía *soft rock* de los ochenta en la radio. Cuando salieron del auto esa noche, Maggie se quedó en la entrada para autos y su madre entró a la casa. Apreció el patio y su casa. Lucía hermosa, iluminada de forma cálida y acogedora, nada como con lo que habían empezado. Eligieron algo difícil y le dieron vida. Maggie se dio cuenta de qué lejos habían llegado, habían hecho la casa suya. Entendió por qué; cuando platicaba con Jacie, sintió como si hubiera perdido algo. Ya no pertenecía ahí. Ahora pertenecía a este lugar. Incluso con el miedo y el corazón roto, Gill Creek se había convertido en su casa sin darse cuenta. Y quería quedarse. En lugar de ir a su casa, dio la vuelta y cruzó el campo abundante, ancho y blanco hacia la puerta principal de Pauline.

Maggie sabía que no debía ser ella la nerviosa, así que intentó parecer como si no lo estuviera. Pauline manejó, Maggie tomó el asiento del copiloto y Liam el trasero. Apenas se tuvieron que ver en el camino al cine, y Maggie sostuvo la barbilla en alto mientras veía los árboles pasar por la ventana. Bajo la superficie su ira hervía, pero intentó ser amable, había saludado cuando se habían subido al auto como si no fuera gran cosa. Tenía la voluntad de pasar una noche agradable; no quería pensar que había cometido un error al haber ido. Quería estar lista para hacer esto y dejarlo en el pasado.

Cuando Maggie contó que irían al cine, su mamá le había dicho que la fuerza emocional sobrehumana no era exactamente lo que había tenido en mente cuando hablaron.

—Pero eres decidida —se lo dijo mirándola a la cara—, eres una chica determinada.

Y Maggie lo era.

Una vez dentro, no conformes con sentarse abajo con la muchedumbre, Pauline inmediatamente encontró una escalera hacia el balcón, cuyo acceso estaba prohibido. Ya acomodados, se sentaron observando a la multitud en las gradas de abajo, vieron a la gente que conocían y a otros de pueblos cercanos entrar poco a poco. James Falk y algunos de sus amigos se acomodaron en una de las filas del centro, y Maggie estaba agradecida de que no miraran hacia arriba.

Pauline estaba tan nerviosa de que los tres se habían reunido que casi revienta, pero también por la felicidad que no podía ocultar. Maggie sentía brasas calientes en el pecho. Intentó extinguirlas con Sprite.

Su mamá le había dicho que se permitiera enojarse con Pauline, pero no lo había hecho. Habría tenido que exponer su alma aún más para recibir una paliza. En cambio le había dicho que quería olvidarlo todo. Así que eso intentaban hacer. Los tres iban a olvidar que algo había pasado entre Maggie y Liam. Pauline y Liam habían terminado juntos, como todos los expertos lo habían predicho, y todos iban a lidiar con eso. Una película era un buen lugar para empezar porque apenas tendrían que hablar.

Alrededor de las 2:00 a. m., en el intermedio entre la tercera y la cuarta película, los tres subieron por la escalera para incendios y se sentaron con las piernas colgando sobre el filo, sus abrigos acolchados proyectaban sus sombras contra la pared de ladrillos del cine, parecían abominables hombres de las nieves. Miraron la calle vacía abajo, tan silenciosa como todo lo demás en el pueblo cerrado.

—¿Cómo se está tomando James que cortaron? —preguntó Maggie, intentando pensar en algo de qué hablar para distraerse de sí misma. Su voz sonaba distante,

como si se tratara de una charla trivial, como si Liam y Pauline fueran extraños.

—Dice que va a golpear a Liam —Pauline entornó los ojos—. Ha llamado varias veces a mi casa, es como si pensara que le pertenezco o algo. ¿Sabes? No es tan perfecto como todo el mundo cree. Tiene mal genio.

—Nunca pensé que fuera perfecto —dijo Maggie—. ¿Qué piensa tu mamá?
Pauline y Liam se vieron.

—Todavía no le hemos dicho sobre, um, nosotros.

Dentro empezó a sonar la obertura de *Blancanieves* y Pauline jaló a Liam para bailar. Él cooperó pero cohibido por Maggie. Después Pauline se inclinó y jaló a Maggie y le dio vueltas despacio. Luego juntó a Liam y a Maggie.

—¿Por qué están tan tiesos? —preguntó y los hizo tomarse de las manos—. Bailen como si se conocieran, no sean bobos.

—Pauline.

—Bueno, ¿somos amigos o no? —preguntó—. ¿Vamos a arreglar esto o no?

Liam le dio vueltas a Maggie, una y dos veces en su estilo raro. Pero evitó su mirada. Por fin, tan pronto como Pauline lo permitió, Maggie se soltó y se sentó, se sentía como si se fuera a desintegrar en cualquier momento y estar perfectamente contenta con eso en vez de estar ahí.

Pauline se estremeció y sopló aros de vaho sobre su cabeza.

—Lo siento.

Miró con tristeza sus guantes. Su voz perdió fuerza, luego regresó.

—Soñé que todos nos mudábamos algún día a algún lugar cálido. Como Austin. Podríamos ir al Chili Parlor Bar. Podría aprender a tocar guitarra y ser una cantautora. Liam podría construir casas. Tú podrías trabajar en uno de esos edificios altos, haciendo algo en lo que uses traje.

—Cada semana tienes un sueño de vida diferente —dijo Maggie, el hielo se derritió, solo un poco.

Miraron hacia abajo al callejón.

—Podríamos capturar al asesino desde aquí. Tenemos la vista de un pájaro —dijo Pauline, e inconscientemente se hundió en los brazos de Liam por seguridad. Maggie miró a otro lado.

De repente, dentro del cine se escuchó un grito. Pauline y Maggie se miraron y los tres regresaron corriendo para ver qué había pasado.

Pero era solo la película. Blanca Nieves había mordido la manzana y la bruja se reía.

—Estaré contenta cuando todo esto haya terminado —dijo Pauline—, cuando pueda oír una película en la que la bruja ría y no pensar automáticamente que han asesinado a alguien. Tengo que ir al baño.

Miró a los dos pensativa, como si tuviera dudas, y luego desapareció mientras los dos regresaron a la escalera de incendios.

Maggie y Liam se sentaron en silencio en el metal frío.

—No te atrevas a decir que lo sientes —dijo Maggie cuando lo vio abrir la boca. Cerró la boca y luego la volvió a abrir. No pudo evitarlo.

—No creo que ni siquiera tú puedas saber todas las cosas de las que me arrepiento —dijo él—, sobre el baile y Pauline y por ser un cobarde desde entonces. Me siento infiel con Pauline si vengo a hablar contigo y me siento infiel contigo no importa lo que haga...

Se le quebró un poco la voz. Movi6 los pies de adelante hacia atr6s agitadamente.

—Quisiera que, t6 sabes, lo tuyo y lo mío no hubiera ocurrido. Porque entonces seguiría siendo tu amigo y las cosas serían simples entre nosotros. Aunque luego desearía que no existieran todas esas cosas que fueron... —buscaba las palabras desesperado— eso fue tan... —no tenía que decirlo. Entendía lo que quería decir, no quería desaparecer la lucha en la nieve y las veces que estuvieron en su cuarto y en el sauna... se preguntó si la vida sería más fácil si la gente pudiera comunicarse con fotografías.

—Si esto hubiera pasado diferente —hizo una pausa, frustrado—, si no la hubiera conocido desde hace tanto tiempo, si no estuviera... metida en mis huesos. Ha sido siempre ella, desde que era niño. Sí te amé —se quedó sin palabras. Lo que era bueno porque cada palabra era una flecha en el corazón de Maggie. Quería preguntarle si en serio creía que Pauline se quedaría con él. Cada cinco minutos cambiaba de opinión, sobre todo. Pero Maggie supuso que ese era el riesgo que estaba dispuesto a correr. Y quería estar por encima de decir cosas tan mezquinas.

Al fin reunió suficiente fuerza para decirle algo.

—Liam, creo que... cuando las cosas pasaron... quizá los dos extrañábamos a Pauline —al fin lo miró—, no significó... mucho.

Nunca había sido buena para mentir, pero creía que ahora estaba siendo convincente. Su voz sonó firme y tranquila. Liam estaba visiblemente herido.

—La extrañábamos —repitió Maggie—, estábamos aburridos.

Las palabras eran tan pequeñas comparadas con los sentimientos reales. Pudo haber dicho que era la primera vez que le habían roto el corazón. En vez de eso, obligó a su boca a adoptar una sonrisa a medias.

—Tú sabes —continuó—, es una tontería, seguro me mudaré pronto. Me graduaré pronto. Hay un chico en casa. Fue solo... una locura causada por el encierro.

Maggie era consciente de que se escondía, sintió la cara como una máscara. Minimizó las heridas enormes.

Liam se quedó sin palabras. Abrió los ojos de par en par, su mirada parecía honesta y herida. Pero los dos sabían que no tenía derecho a sentirse así.

Al fin juntó las manos en señal de derrota, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir.

—Todavía no sé por qué permitiste que un demente como yo te pusiera las manos encima.

Maggie se ablandó. La ira la abandonó.

—No estás loco —dijo ella—, son los pueblos pequeños los que están locos, el próximo lugar en el que vivas será diferente.

—¿Qué si la gente siempre dice eso pero en realidad nunca es diferente? ¿Qué si en todos los lugares siempre te sientes así, como si otro lugar fuera el adecuado y estás en el sitio incorrecto? ¿Qué si es un rasgo de mi personalidad?

—Las cosas mejorarán algún día.

La puerta se abrió detrás de ellos, y Pauline salió de la escalera.

—Está helando acá afuera —dijo. Tenía razón. Entraron al cine con ella.

Durante el camino a casa, al amanecer, Maggie recargó la cabeza contra la ventana del auto y observó el paisaje, fingió estar dormida. Cuando despegó la cara, la ventana estaba mojada en donde había posado sus ojos llorosos. La humedad se disparó con el brillo de la luna y rebotó en la nieve.

Esa noche Abe ladró en los bosques hasta el amanecer y nadie le puso atención. Todo mundo estaba demasiado inmerso en la vida, completa y apasionadamente. ¿Cómo era posible que cualquiera que estuviera vivo pensara de otra manera?

Maggie se asomó por la ventana y vio a Pauline y a Liam acostados en el patio trasero, en una lona de acampar junto a una fogata. Habían amarrado dos bolsas de dormir para calentarse. Él tenía su cara en las manos y los pulgares apoyados en sus mejillas. Daba la sensación de que eran las únicas dos personas, no solo vivas, sino posibles y reales.

El calor que creaban se levantaba como vapor desde el terreno donde estaban y se extendía y disipaba en el aire de la noche. Se filtraba por las grietas de las casas.

Maggie se sentó en su recámara esa noche, escuchando canciones en el viejo radio de su papá. Se miró fijamente en el espejo. Sus pecas dispersas, dos pequeños lunares en la mejilla derecha, tan familiares que podía señalarlos en la oscuridad. Más tarde no entendió por qué hizo lo que hizo. Sacó las pinturas del fondo del clóset. Las mezcló en su paleta, creó morados sensuales, verdes bosque, rojos profundos con toques naranja, un poco de turquesa, la cantidad adecuada de amarillo y por instinto, una buena cantidad de magenta. Desenrolló un lienzo viejo, se sentó frente a él, después tomó la brocha y por ninguna razón que pudiera explicar la pasó por la parte interior de su muñeca, dejó una raya larga y fina del mismo color, como sangre, solo que más oscura, más rica. Se pintó el hombro y luego hacia arriba a lo largo del brazo. Volteó hacia su espejo completo y pintó a lo largo de la curva de su cuello, y después las partes interiores de sus brazos. Verde, morado, anaranjado.

El olor del humo de la fogata flotaba y se filtraba en los espacios minúsculos en torno a la ventana, y el reflejo de la luna en la nieve se metió en su ventana. Etta cantaba y Maggie se pintaba de color negro y azul.

Esa noche una sombra intentó meter a una chica dentro de un auto en el centro de Gill Creek, y ella logró pedir ayuda a gritos. Cerca, un policía la vio forcejear desde

donde estaba estacionado a la orilla de la carretera, salió y persiguió al atacante por el bosque. Por la mañana, más de treinta policías estaban golpeando los arbustos y rastreando a través de los árboles que se extendían hacia la parte posterior de la tienda de Al en dirección de Water Street. Aunque llevaron perros para seguir el rastro, lo perdieron, se desvanecía en el borde del lago, como si hubiera caminado por el hielo, en medio de la nada.

Maggie se despertó con la voz de Pauline en el jardín, llamaba a Abe. Su mamá estaba en la cocina revisando un libro de finanzas, estudiaba para su segunda entrevista en el banco de Chicago.

Cuando Maggie salió, poniéndose el abrigo y las botas encima de la pijama, Pauline estaba parada en medio del jardín, bajo el tendedero, mirando hacia el bosque y acurrucándose en su largo y delgado abrigo a cuadros. Una brisa ligera sopló pequeños cristales de hielo contra su cara.

—No lo he visto en dos días —dijo Pauline—, pensé que al menos regresaría cuando despertara esta mañana. Pasó otra noche completa fuera, en algún sitio. ¿Crees que esté bien?

Maggie asintió.

—Sí, claro.

Intentó sonar segura para tranquilizar a Pauline. Pero Abe nunca la perdía de vista.

—¿Crees que alguien se lo llevó?

—No —Maggie sacudió la cabeza—, no, es una locura, tal vez está allá afuera buscando a una perrita. Regresará.

—Mi mamá llamó a la asociación para prevenir el maltrato a los animales —dijo Pauline—. Estoy segura de que no cree que va a regresar. Adora a ese perro, no parece porque nunca lo acaricia, pero lo ama. Perdió una de sus placas.

Pauline levantó una pequeña placa roja, y después la volvió a aventar contra la nieve. Buscó en el terreno de atrás, donde Abe había montado guardia entre la casa y el bosque.

—Él me cuida —dijo lastimeramente—, sé que algo le ha pasado.

Pauline miró fijamente hacia los árboles.

—Vamos a encontrarnos con la tía Cylla a medio camino —dijo dejando caer la cabeza hacia atrás—, ella y mi mamá están haciendo un evento de beneficencia este fin de semana en Milwaukee, cortesía de Tidings Tea. Mamá dice que tengo que ir.

—¿Quieres entrar unos minutos?

Pauline siguió a Maggie y subieron a su cuarto. Se quitó la bufanda pero se dejó el abrigo puesto, intentando calentarse. Maggie prendió la radio mientras Pauline pasaba los dedos por sus libros: *Jane Eyre*, *Por quién doblan las campanas*, *Cuna de gato...*

—Desearía tener tu cerebro —dijo Pauline—, no tengo capacidad de atención.

Deslizó los dedos en el cuaderno de bocetos y Maggie se inclinó para quitárselo, pero era demasiado tarde. Pauline lo había abierto en una página al azar y contemplaba la pintura que Maggie había hecho. Era de Pauline, el cabello le caía

sobre el hombro en una trenza suave, algunos mechones salvajes y despeinados, la mirada distante, encendida pero también un tanto triste. Maggie la había dibujado de memoria. Había hecho otra perspectiva en la página siguiente, de espaldas, y había incluido la cicatriz de Pauline a un costado de su espalda —como una raya en una flor hermosa—, para registrar aquello sin lo cual el dibujo no sería lo mismo.

Pauline la miró con los ojos bien abiertos.

—No me veo a mí misma así —dijo Pauline.

—¿Cómo te ves?

Pauline tocó el dibujo de su rostro con el dedo.

—Haces que parezca que tengo un alma hermosa.

Pauline dio vuelta a las páginas. Vio dibujos de Abe, la mamá de Maggie y la casa, su papá en equilibrio sobre un barandal barnizándolo, el sauna en el bosque.

—Pensé que habías dejado de dibujar.

—Lo retomé hace poco.

Pauline se detuvo en una flor que Maggie había dibujado. Era una flor de invierno, delicada, vívida.

—Así eres tú.

Maggie sonrió con superioridad y entornó los ojos.

—Es una flor.

—Sí.

Pauline retrocedió en el cuaderno. Siguió dando vuelta a las páginas. Y justo cuando Maggie recordó que las páginas de atrás estaban llenas de dibujos de Liam, Pauline las encontró. Había dibujos de las manos de Liam, había otro del modelo de barco colgado en su ventana. Maggie no había dibujado a Liam, habría sido apabullante verlo durante tanto tiempo.

Pauline dejó el cuaderno de bocetos y se quedó pensando mucho tiempo. Fue hacia la ventana, cruzó los brazos delgados y suspiró.

—Es difícil ver eso. Me pongo celosa. Pero estoy agradecida —se mordisqueó los labios secos, pensando, articulando algo—. Creo que nunca hubiera pasado si no hubiera habido algo entre ustedes. Cuando los vi juntos esa noche, en el Turkey Gobble, antes de que fuéramos a encender los cohetes..., ahí fue cuando lo pensé por primera vez.

Maggie intentó asimilarlo. Pauline se había dado cuenta de lo que estaba pasando entre ellos y se puso celosa.

—¿Nunca intentaste alegrarte por mí? —preguntó Maggie. Se le revolvió el estómago.

Pauline se volteó.

—Maggie, conozco a Liam desde que tengo memoria. No se trata solo de una aventura.

¿Aventura? Pauline empezaba a lucir nerviosa, como si supiera que todo lo que decía estaba mal.

—Hace mucho calor aquí —dijo inquieta.

Se desabrochó el abrigo y se lo quitó. Y ahí estaba...

Maggie la miró fijamente. Ella lo traía puesto. El vestido. Verde espuma del mar. Pequeños aviones.

—¿Te compraste ese vestido? —dijo Maggie de repente.

Pauline pareció recordar el vestido y se encogió de hombros.

—Me lo dio mi mamá.

Se veía perfecta en él.

—Ah, te traje esto —Pauline dijo de repente.

Levantó su abrigo, metió la mano en el bolsillo y puso algo en las manos de Maggie. Era la pulsera que le había mandado por correo.

—Entiendo por qué me la diste. Porque Liam te la dio. Pero nosotros queremos que la tengas. Yo quiero que la tengas.

Maggie ahuecó la mano para sostener la pulsera. Movié la mano para que el amuleto de cereza colgara hacia delante y hacia atrás. Debería de haber venido con un amuleto que dijera: *Corrí un riesgo y lo único que obtuve fue esta mugre pulsera*. Pero todavía no podía superar lo del vestido. Se preguntó con ira creciente si Pauline había tenido todo lo que había querido en la vida, Liam, el vestido, trabajos, lo que fuera, porque era hermosa y rica. Se preguntó maliciosamente si Liam hubiera amado a Pauline si no fuera por su apariencia. Si Pauline fuera fea, ¿Liam habría dejado a Maggie? Se aferró con amargura al pensamiento.

—Te quiere —como si las palabras no lastimaran.

Maggie no respondió, se guardó su ira como un arma. Como sintió que ya no era bienvenida, Pauline se fue a casa unos minutos después, se volvió a poner el abrigo pesado y dio fuertes pisadas en la nieve con las piernas desnudas.



Los vivos siempre creen que los monstruos gruñen y crujen los dientes. Pero he visto que los verdaderos monstruos pueden ser amistosos, pueden sonreír y decir por favor y gracias como todos los demás. Los verdaderos monstruos pueden parecer amables. Algunas veces pueden estar dentro de nosotros.

No puedo quedarme en este momento. Estoy huyendo. Algo me molesta, y no se trata solamente de que el hueco en el sótano sea más ancho que nunca, lo suficientemente grande para mí. No me puedo concentrar. Hay algo al respecto de esta época, una respuesta que me inquieta, y después de unos segundos cobra forma. Y me llena de un calor terrible.

Creo que lo sé. Por qué esta gente, por qué este lugar, por qué ahora, por qué yo.

Los adultos de Water Street ya habían hecho sus planes para el momento en que llegó el pronóstico. El clima que llegaría después de que se hubieran ido se extendía por todo el Medio Oeste. En todo el centro superior del país los pueblos y las ciudades estaban enterradas bajo la nieve y a temperaturas improbables. En Minnesota y Dakota del Norte los animales se congelaban en sus jaulas.

—Tendrás que venir con nosotros. No quiero dejarte sola.

La señora Larsen estaba parada al pie de su cama metiendo un par de tacones en su maleta. Maggie se sentó y se recargó en la cabecera, mirando.

—Mamá, por favor, estaré bien. Justo ahora tengo una tonelada de tarea. Y la mamá de Pauline estará aquí.

De inmediato recordó que la mamá de Pauline estaría en Milwaukee. Pero su mamá se veía más tranquila.

—Mamá, esta es nuestra casa, debemos sentirnos seguros aquí. No voy a ir a ningún lado. Me quedaré aquí con la alarma prendida hasta que regresen. Mantendré las puertas cerradas y todo. De verdad, no pasa nada. Me quedaré dentro de la casa.

Su mamá la miró.

—Quizá puedas decirle a Pauline que venga a dormir.

—Seguro, le preguntaré.

Maggie mintió, no le quería preguntar a Pauline. Pero sabía que su mamá estaba siendo sobreprotectora.

Sus papás empacaron las últimas cosas y Maggie ayudó a su mamá a bajar su maleta por las escaleras. Cenaron rápido juntos, después Maggie se levantó y lavó los trastes mientras su mamá tomaba su abrigo y su bolsa. Se arroparon y observaron la sala como si trataran de pensar qué pudieran estar olvidando.

—¿Estás segura querida? —preguntó su papá.

—Definitivamente —contestó Maggie.

—Llámame si necesitas algo —dijo su mamá.

Maggie asintió impaciente mientras cerraba la puerta.

Vio un par de programas y después las noticias por cable un rato. Todos hablaban sobre la tormenta que se acercaba y alrededor de las diez su mamá llamó para ver cómo estaba y para obligarla a buscar las linternas y el generador. Pauline llamó alrededor de las diez y media y le preguntó si quería verla en el sauna al día siguiente alrededor de las cinco. El papá de Liam iba a estar fuera hasta tarde en un trabajo y Liam tenía un montón de cosas que hacer, así que podían estar desnudas sin preocuparse de que apareciera. Maggie aceptó aunque no tenía ganas de ver a Pauline. Subió las escaleras y se metió en la cama con un libro.

La casa debió haberse sentido grande y caliente, con el clima empeorando afuera, en general le encantaba ese sentimiento. Pero esa noche, con la ausencia de sus padres, sus oídos ponían atención a cada sonido que venía de afuera, por pequeño que fuera: el crujir de las ramas, las ráfagas que empujaban las puertas viejas al tiempo que mandaban fuertes corrientes de aire por toda la casa. Tardó en quedarse dormida, pues afuera soplaba el viento, abofeteaba las ventanas y hacía que las cobijas se sintieran más acogedoras. Medio dormida le parecía como si todo Water Street — todo el mundo— estuviera vacío, blanco, silencioso, esperando.

A la mañana siguiente la tormenta había tirado las líneas de teléfono a tres cuerdas. Maggie descubrió que no había conexión cuando quiso llamar a Pauline para inventar una excusa y no verse con ella en el sauna. Miró por la ventana y consideró ir caminando para decírselo en persona. Se arrepintió, ya se daría cuenta cuando no apareciera. Maggie sabía que su mamá estaría preocupada y pensó que tal vez debía ir a darse una vuelta para intentar encontrar señal y mandarle un mensaje. En cuanto salió de la casa, hacía tanto frío y tanto viento que se volvió a meter para esperar a que todo se calmara.



El viento ha cesado y ha dejado un silencio de espera, el tipo de silencio que anuncia una tormenta más grande. Navego por la península y me pregunto: ¿cómo pierdes el rastro de tu propia historia, la única que supuestamente debes saber de memoria?

Porque al mirar hacia abajo, hacia los árboles espolvoreados de nieve, pienso que he visto esta historia antes. Me da la impresión de que tiene la forma de mi corazón... o la bola de polillas donde debería estar mi corazón.

Miro a Pauline esperar bajo unos pinos al atardecer, viendo hacia la casa de Maggie. Llevó binoculares para ver las aves. Su aliento se eleva en bocanadas, y tiembla bajo su abrigo delgado, cuadriculado al estilo de los setenta. Se aprieta más su gorro tejido blanquecino. No va lo suficientemente abrigada, como siempre, no lleva mayones ni pantalones, sus piernas desnudas se asoman debajo de su abrigo.

Ni un alma ha salido de la casa de Maggie, aparte de mí. Pero Pauline no está sola.

Él está parado en el borde del bosque. Debió haber tomado un atajo del camino principal sembrado de nieve, porque la pila es demasiado alta para los autos.

James Falk solo mira a Pauline en silencio desde la carretera, luego voltea hacia la dirección de la cual ha venido, como escondiéndose de ella. En lugar de seguir sus huellas de regreso a Water Street, voltea en dirección de la casa de Liam Witte, cortando por el campo. Me doy cuenta de que no ha venido por ella, y lo sigo.

Liam ha aprovechado que el clima se ha apaciguado para salir y agarrar un poco de madera seca del cobertizo, el cual está lejos, cruzando el campo de su casa. Está cruzando el claro de regreso cuando levanta la vista y se encuentra con la silueta al borde del campo. Se detiene, se limpia la mano en el pantalón y empieza a caminar hacia él, reconociéndolo. Hay un momento en el que todavía cree que todo está bien. Solo parece desconcertado de que James se quede quieto sin decirle nada. Lo mira como si fuera a huir. Pero no tarda mucho en sentir miedo. Mantiene las manos en los bolsillos y le sonríe a James. Levanta la mano derecha para saludar.

James se encorva y Liam se detiene a medio paso. Luego James se lanza hacia él. Liam retrocede tropezándose, y en cuanto lo alcanza, por reflejo sube las manos frente a su cara. De todas formas no está listo para el puño cuando este le rompe la nariz.

Gira y se aleja rápidamente, deja una franja de terreno entre ellos, la sangre sale

disparada de un costado de su nariz. Pero ha escogido la dirección incorrecta, hacia la cerca que divide esta parte de Water Street.

Se estrella con fuerza en la cerca y James lo detiene cuando intenta subir. Está a medio camino pero James lo baja de un jalón. Los puños vuelan, pero solo pertenecen a James, las manos de Liam son solo palmas, intentando detener y desviar.

En un punto empieza a nevar de nuevo, suave pero persistente, cubre las huellas que ambos han dejado y cae sobre los hombros de James mientras golpea y golpea. Y luego la cabeza de Liam pega en la cerca con una sacudida. Liam se desmaya. James retrocede, asustado por la sangre que mancha la nieve a un lado de la cabeza de Liam.

Retrocede, luego se voltea y corre.

Quiero ayudar. Quiero encender un reflector sobre el chico que yace en la nieve y sobre el que corre hacia su auto.

Pero solo soy el fantasma, un recuerdo de un recuerdo.

Todos estos momentos están en el pasado. ¿Qué puede hacer cualquiera con ellos ahora?



Regreso a un momento silencioso, antes de esta noche. Una noche normal, semanas antes, cuando no está pasando nada. Me siento en la ventana del cuarto de Maggie.

Una araña teje una telaraña en el blanco resplandor de los focos. Observo su trabajo, las palomillas aletean en su telaraña. Algunas son demasiado grandes para que se las coma o no son de su agrado. Están en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Pero yo no. No hay nada accidental de mi presencia en este lugar, en este momento. Me he filtrado a través de las horas. He planeado sobre Water Street y por debajo en sus lugares oscuros, por lo que he hecho y lo que necesito expiar.

Tengo miedo de saber qué es y de no querer saberlo.

La luz de luna en esta noche, semanas antes, es hermosa. La gente que amo todavía está viva. Hay demasiada paz aquí. Me quiero quedar aquí para siempre. Pero el tiempo me lleva hacia delante.

Una llave está enterrada en la tierra debajo las escaleras principales de la casa de Water Street. Lleva grabada la palabra Subaru en letras descoloridas.

Si todavía respirara aire, inhalaría una bocanada.



Pauline camina por el sendero de nieve con sus botas negras de invierno, se dirige a la casa de los Witte. Mira al cardenal que parece seguirla de árbol en árbol. Ha estado nevando una hora, pero solo un poco, y de vez en cuando pedazos del atardecer se filtran a través de las nubes y los árboles.

Camina a la casa, toca y espera. Mira el campo vacío y ve la silueta débil de las huellas de Liam, extrañamente cruzadas y desordenadas. Vuelve a tocar.

Pauline junta los pies uno con el otro y se frota los guantes, después se da la vuelta y regresa al borde de Water Street. Debe pensar que se ha ido a pasear o a su casa, directo por el bosque, y no se encontraron en el camino. Busca entre los árboles con el deseo de encontrar a Abe.

Suspira. Empieza a caminar de nuevo en dirección a su casa.

Mientras camina de regreso sobre Water Street, mira el campo más allá de la cerca, contempla el rastro cruzado. Escucha el silencio y ve el depósito en la distancia. Después sigue caminando. Está casi en el límite de la cerca cuando se detiene y retrocede unos cuantos pasos, mirando algo. Bajo el refugio de una siempreviva que cuelga por encima de la cerca, donde solo hay una luz espolvoreada de nieve porque está lleno de ramas, hay gotas rojas. Sangre.

Al principio cree que se trata de un animal. Pauline mira a su alrededor y después se detiene en las huellas. Lo que haya sido, ha marcado una huella definida. El rastro, un profundo surco en la nieve, lleva hacia el granero.

Camina a través de un montón de siemprevivas, y el sendero se abre hacia el claro, y desde ahí el rastro lleva directo hacia la puerta del granero, la cual está abierta.

Los ojos de Pauline lloran de miedo, se los limpia con los guantes. No es un animal.

Avanza despacio, tensa. Se detiene en el umbral y se asoma en la sombría oscuridad del granero.

Solo tiene que empujar la puerta un poco más lejos para que la última luz de la tarde entre y pueda ver la silueta. Está enroscada en la cima de una pila de granos. Se revuelve y se agita. Su respiración es pesada.

La figura tiene una voz. La llama por su nombre.

Maggie está de pie frente al espejo de cuerpo completo en su recámara, probándose su vestido azul floreado. Le llega arriba de las rodillas, a ella le gusta cómo cuelga en sus caderas y acentúa sus curvas. Pero no puede negar que de todas maneras es un vestido feo.

Imaginó a su papá entrar en la tienda para comprarlo e intentar mirarlo desde otra perspectiva, esperando que mágicamente ella cambiara de opinión.

Se preguntó si su mamá se dio cuenta, tan pronto vio el vestido, de que estaba todo mal. Empezaba a desabrocharlo cuando un crujido metálico ahogado llamó su atención en la ventana. Del otro lado del jardín distinguió la silueta de Pauline en el asiento delantero del viejo Subaru, trataba de encenderlo. Maggie se preguntó distraída adónde quería llegar con ese clima enloquecido. El auto tenía llantas contra nevadas pero eso no significaba que pudiera arar su camino a través de medio metro de nieve. Volteó hacia su vestidor y volvió a abrocharse el vestido. Quizá si se lo quedaba puesto le empezaría a gustar.

Unos momentos después, fuera del rabillo de su ojo, notó la forma oscura de Pauline cruzando el campo nevado entre sus casas corriendo vacilante, como si estuviera tropezando en la nieve. Maggie recargó la frente contra la ventana por la curiosidad de la carrera de Pauline hacia su pórtico.

Escuchó el timbre y luego el vapuleo en la puerta, el alto staccato del puño de Pauline.

Maggie fue al pasillo, después dudó. Había algo que Pauline quería decirle con urgencia. O algo que quería hacer de inmediato y no podía esperar. Cualquier cosa que fuera, terminaría girando en torno de Pauline. El corazón de Maggie le palpitó con ira y rabia. Si hubiera tenido aceite hirviendo en ese momento, como el que tenían en las paredes de los castillos en la Edad Media, lo habría vertido por la ventana.

Volteó hacia su espejo. Alisó la falda del vestido con las manos. Decidió que, sin importar qué tan fuerte tocara Pauline, no abriría la puerta.



Pauline Boden está temblando tanto que sus manos se mueven como títeres. Se aferra a la llave del Subaru.

Jadeante y temblorosa en el pórtico de los Larsen, golpea la puerta, luego retrocede y mira hacia la ventana de Maggie, la cual está encendida mientras el resto de la casa permanece a oscuras.

—¡Maggie! —grita. Pero su voz es áspera e inútil. Regresa a la puerta y golpea más fuerte. Mira fijamente hacia la ventana de Maggie como pidiéndole que salga, pero la cocina permanece a oscuras, nadie abre. Le da una vuelta corriendo a la casa, intenta en todas las puertas, jala las ventanas y luego regresa a la puerta principal y vuelve a golpearla.

Sus labios, toda su cara temblando, se siente derrotada. Pasa de la incredulidad a la desesperación y a la pérdida.

Asiente para sí misma, murmurando. Intentará de nuevo con el auto. Recuerda que una vez su papá manejó durante un clima peor, cuando ella estaba enferma de apendicitis.

Gira en el pórtico y desciende con dos pasos desentonados. En el momento en que la llave se desliza por sus dedos entumidos, Pauline deja salir un grito ahogado. La ve deslizarse entre las tablas del piso y desaparecer.

—No —susurra.

Salta los siguientes dos escalones y cae de rodillas, tentando el terreno alrededor de las escaleras. Trata de llegar hasta abajo, pero el interior está bloqueado por soportes de madera.

—No, no, no —repite. Su voz suena como el silbido agudo de un auto—. No — intenta estirar las manos, golpea la madera, cava en la nieve. Es inútil. La llave ya no está.

Lágrimas silenciosas se derraman en sus mejillas.

Y luego voltea y mira hacia el lago.

Maggie estaba leyendo las últimas páginas de *Anna Karenina* y viendo por la ventana cómo la nevada se convertía en tormenta. La temperatura en el termómetro había bajado desde la última vez que lo había visto en la ventana de la cocina, aunque ya de por sí estaba helando.

Algo la hizo ponerse de pie y mirar por la ventana hacia casa de Pauline. Esperó que, lo que fuera que haya causado la emoción de Pauline, se hubiera resuelto. Se sintió culpable.

Al fin, después de asomarse por lo que parecía la millonésima vez, dejó su libro. Se levantó y caminó hacia las escaleras, se puso el abrigo grueso sobre su vestido y las pesadas botas de nieve sobre sus calcetines. Tenía las piernas desnudas, pero la caminata al pórtico de Pauline era corta.

Una vez fuera de la puerta principal, se percató de las huellas de Pauline silenciadas por la nieve: unas dirigiéndose hacia arriba y otras abajo de las escaleras, y un montón confuso de huellas al fondo. El rastro salía de su casa e iba al auto que Pauline había intentado encender, pero las otras se dirigían a otro lado. Maggie las miró fijamente un momento, confusa, sintiendo lo helado del aire.

El frío le carcomió las rodillas y las manos..., cada pedazo de ella que había dejado al desnudo. Siguió las huellas hacia la oscuridad, apenas las identificaba con la poca luz de la luna que se filtraba por el cielo oscurecido, cubierto de nubes y nieve. La preocupación hizo que su pulso acelerara. Las huellas inexplicablemente continuaron cruzando el lago y —Maggie se detuvo impactada e incrédula— hacia el hielo. Sintió un nudo en la garganta, miró a su casa y luego de nuevo en dirección de las huellas que desaparecían en el lago... hacia las brillantes luces lejanas de Gill Creek.

Su corazón palpitaba y se sentía un poco enferma. Algo había pasado. Algo estaba muy mal. Pauline se había ido sobre el hielo. Estaba caminando en dirección de Gill Creek. *Pauline se había ido caminando por el hielo.*

Maggie sintió que tenía segundos para decidir qué hacer. Caminó hacia la costa de la playa cubierta por la nieve.

Puso un pie fuera, en la superficie arenosa, nevada y resbalosa. Y luego el otro, para probar. Cobró velocidad con cada paso.

Pudieron pasar cinco minutos o quince. Maggie solo sabía que había decidido confiar en que el lago estaba verdaderamente congelado, porque estaba dentro por completo, y las huellas iban aún más lejos, aun cuando desaparecían bajo la nieve torrencial.

Al principio no estaba segura de si la mancha oscura delante de ella era una persona. A medida que se fue acercando, no había duda de que la silueta delgada de

Pauline sobresalía entre los copos de nieve, alejándose, apenas visible.

—¡Pauline! —gritó.

La figura hizo un alto y pareció girar. Un brazo se levantó para saludar como si su dueña se desplazara a la izquierda.

Y luego desapareció. Splash.

Maggie no gritó ni pensó nada. Su mente estaba despejada y clara como la de un animal; no tenía ni siquiera miedo. Solo sabía que tenía que sacar a Pauline. Corrió a toda velocidad, intentando mantener su orientación hacia delante, donde Pauline había estado hacía un momento. Se deslizó en el hielo, hacia donde se había roto en un enorme tajo en la nieve, y se aventó decidida. Metió los brazos en el agua congelada.

Por un momento no sintió nada, solo el agudo dolor del agua fría calándole los huesos. Después sintió cabello como telarañas alrededor de la mano derecha, y agarró un puñado, después tanteó el hombro de Pauline, la larga línea de su brazo. Intentó jalarla hacia fuera, pero el hielo se desmoronaba en los bordes. Contoneó los hombros replegándose, agarró la muñeca de Pauline y lo intentó de nuevo. La cabeza de Pauline salió a la superficie, intentaba aferrarse a las manos de Maggie pero no podía, como si no pudiera cerrar los dedos hasta formar un puño.

Al fin, Maggie se obligó a quedarse quieta un momento, agonizante como estaba. Consideró en dónde se encontraba, distribuyó mejor su peso, y tuvo un mejor agarre de Pauline, debajo de uno de sus brazos. Se inclinó para hacer palanca, pero no demasiado. La levantó ligeramente y luego la jaló. Una vez que el pecho de Pauline estaba sobre el hielo, Maggie retrocedió despacio. Pauline estaba sobre todo quieta. Maggie la remolcó hacia atrás, lejos del agua. Centímetro a centímetro.

Pauline estaba en el piso temblando y sacudiéndose. Maggie se quitó el abrigo y la envolvió con él, así que ahora lo único que llevaba puesto era el vestido feo y las botas.

Después de un rato, se puso de pie y levantó a Pauline, la pegó a su cuerpo todo lo que pudo.

—Tienes que caminar, Pauline. No soy lo suficientemente fuerte para cargarte.

Pauline se movió hacia delante como spaghetti.

—Está herido —dijo cansada—. Tenemos que llamar a alguien.

—¿Quién está herido? —preguntó Maggie, pero sabía quién era la única persona a la que se podía referir.

Maggie miró en dirección del centro de Gill Creek, después hacia la casa. Deseaba dar la vuelta hacia su casa con cada centímetro de su cuerpo. Pero por ahora, razonó, estaban tan lejos de casa como lo estaban del pueblo. No era seguro que uno estuviera más cerca que el otro, porque no podía ver su casa. Pero al menos podía ver el pueblo, que parecía pequeño y distante. Dio la vuelta en esa dirección.

Caminaron durante quince minutos por lo menos, sin decir una palabra, solo concentrándose en poner sus pies delante. Pauline era lenta al principio pero después

pareció reunir fuerzas mientras caminaban, aun cuando temblaba violentamente y la nieve parecía caer más densa a medida que los minutos se eternizaban. A Maggie le tomó varios minutos darse cuenta de que ella también estaba empapada, desde arriba del vestido hasta los pies. Sentía la cabeza entumecida y congelada sin sombrero. Nunca hubiera imaginado un frío como el que sentía. Era un dolor punzante por todo el cráneo y los hombros. Envidió el abrigo que le había dado a Pauline, pero no se lo pidió, solo la abrazó más fuerte con su brazo derecho. El terror de caerse por el hielo en cualquier minuto pasó a un segundo plano, se ubicó ligeramente por detrás del dolor agudo de estarse congelando centímetro a centímetro.

Las luces parecían un poco más grandes a medida que avanzaban. Maggie se empezó a preguntar si estaban tan cerca como había pensado cuando Pauline interrumpió sus pensamientos.

—¿Así que vienes aquí seguido? —sonrió, como si estuviera cerca del delirio.

Maggie abrió la boca para hablar e inhaló una bocanada de aire frío.

—Estoy practicando para las Olimpiadas. La caminata mortífera y helada a campo traviesa.

—Creo que podemos descontar todo por debajo de la plata —dijo Pauline, el miedo se apoderó de su voz.

El aire parecía más nieve que oxígeno, y el viento las golpeaba con fuerza. Maggie recordó que las calles de Chicago formaban túneles de viento, parecían escupir el viento y encajarlo en la piel y los órganos. Eso no había sido nada comparado con el viento que las azotaba mientras cruzaban el lago al aire libre.

Pauline estaba bajando la marcha y Maggie sentía que sus piernas se convertían en gelatina, gelatina congelada, pero gelatina.

—Gelatina, ¡pum! —dijo en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Pauline.

—Nada —murmuró Maggie. Se sintió chiflada. Aunque no sentía tanto dolor en el cráneo.

—Debimos haber regresado —dijo, pero Pauline o no la escuchó o no tuvo la fuerza para responder.

—Somos estúpidas de todas formas —agregó Maggie—, somos fatalmente estúpidas.

Había una figura adelante. Era imposible que pudiera estar ahí porque todavía estaban dentro del lago, pero ahí estaba, bien que mal. Pauline también lo vio; levantó el brazo y lo señaló.

Creció y creció, por eso sabía que se estaban acercando.

Al fin adivinó qué era. Era el casco de un barco oxidado emergiendo del agua. Era lo más escalofriante que había visto y también parecía imposible. Pero Pauline la estaba llevando para allá con su poca fuerza, como de bebé, y Maggie dejó que la guiara.

Llegaron por detrás del casco, estaba quizá tres metros y medio arriba de la superficie, pero detrás el aire amainaba, relativamente hablando.

—¿Crees que el hielo de alguna manera lo haya empujado? —preguntó Maggie—. ¿Como pudo el aire transportarlo?

—Bloquea el viento —dijo Pauline, después su cuerpo se sacudió de arriba a abajo. Se apiñaron contra el metal decadente, se pegaron a él todo lo que pudieron y se abrazaron. Pauline todavía temblaba como loca. Pero entre más se quedaban quietas, temblaba menos. Maggie miró las luces de Gill Creek, tan tentadoras, parecían tan cercanas, y luego inclinó la cabeza hacia atrás, decidió que esperarían un poco más detrás del bienvenido rompevientos. Pauline estaba tan pálida como la nieve, sus ojos parecían grandes moretones negros bajo la inquietante media luz de la luna que intentaba colarse por las nubes.

—Viniste por mí —dijo al fin, como si apenas se estuviera dando cuenta.

Maggie asintió.

—Eres mi mejor amiga —dijo Pauline.

—Tú eres la mía también —dijo Maggie.

Pauline miró alrededor como escéptica de que estuvieran ahí. Pareció recobrar la conciencia a cada minuto.

—Maggie —dijo por fin, estaba completamente alerta—. ¿Crees que muramos aquí?

—No —Maggie sacudió la cabeza, sentía todo el cuerpo entumecido. Estaba aturdida, casi mareada—. Eso no pasa. Es el tipo de cosa que pasa como en 1832. A los, por ejemplo, exploradores.

—Lo sé, pero tengo tanto frío —dijo tosiendo y riendo cansada.

—No dejaré que suceda. Te cuidaré —Maggie sopló en sus manos. Hablaba para seguir sintiéndose consciente—. Sabes, tenemos tanto que hacer. No podemos morir.

Pauline se acurrucó más. Maggie se sintió entumecida; la tela delgada de su vestido era tan útil como estar desnuda. No podía pensar bien.

Intentó calentarse pensando en sus padres en algún hotel cálido en Chicago o en la playa en Florida. Imaginó bebidas tropicales y dormir bajo un abanico de hoja de palmera. Maggie quería dormir bajo una palmera algún día. Se prometió que lo haría.

—¿Maggie? —Pauline se movió.

—Sí.

—Solo me estaba asegurando.

—Todo va a estar bien —Maggie escuchó su propia voz. Le quería decir a Pauline que sentía pena por su envidia, por los pedazos negros de su corazón que fueron duros y celosos, pero parecía menos importante que el calor; parecía pequeño y tonto y olvidable.

—Llegaremos a un sitio caliente —dijo— tan pronto amaine la nieve.

Parecía ya estar allá.

Pauline despertó con una sacudida, parpadeando bajo el sol reluciente.

La luz brillaba bajo un cielo azul, como si la tormenta de nieve nunca hubiera ocurrido.

Se cubrió con su abrigo y se levantó deprisa, con el movimiento repentino vio luces. Le tomó un momento recuperar la conciencia. Liam, Maggie, había que llegar al pueblo. Se asomó a un lado del casco, su corazón latía más rápido.

Estaban más cerca de la orilla de lo que había creído la noche anterior. En la distancia, nubes grises vagaban a la deriva sobre el lago Michigan, disipándose, alejándose a toda velocidad. El sol estaba buscando salir en el horizonte, se veía caliente y naranja con amarillo, un sol puro de mañana que posaba sus primeros rayos resplandecientes sobre el rostro de Pauline.

Miró al otro lado del hielo aturdida, frígida. Luego regresó la vista a la orilla rocosa del lago y al pueblo, después giró y regresó rápido con Maggie.

Se arrodilló a su lado para despertarla y al principio, cuando no respondió, se desconcertó. Puso una mano en la delgada manga de Maggie, recordó que durmió en su abrigo, que ella la envolvió con él. Su confusión rápidamente se convirtió en preocupación y después en pánico mientras sujetaba a Maggie de los brazos.

—Maggie, Maggie despierta —se recargó en los talones, se limpió rápido las lágrimas de las mejillas y lo repitió—: Mags, nos tenemos que ir.

Justo alrededor del casco, un rayo de luz se levantó lo suficiente para alumbrar el rostro de Maggie, pero ella no pudo verlo, no con esos ojos, al menos.



Lo vi de todas formas. Lo vi todo.



He leído artículos; lo he visto en las revistas: es peligroso ser joven. Cuando estaba viva, veía películas de terror en las que las chicas hermosas y jóvenes eran las primeras en morir. Leía revistas que me contaban cómo las actrices jóvenes caían de grandes alturas, cómo tenían celulitis o se convertían en borrachas descuidadas o causaban accidentes automovilísticos. Una vez leí sobre una chica que fue secuestrada del estacionamiento del Target porque al atacante le gustó el color de su cabello. Supongo que la belleza puede ser peligrosa también.

La belleza física de Pauline era la parte más pequeña de ella. Evitaba que las personas la vieran. A veces, incluso a mí.

Ahora sé que no estoy aquí para encargarme de asuntos inconclusos o tomar venganza o rectificar algo que hice mal, como se lee en las historias de fantasmas. Resulta que hice lo correcto. Y eso me ha enseñado esto: sigo aquí, simplemente porque es difícil irse. Estoy aquí para despedirme. Mi vida y mi mundo se despliegan frente a mis ojos, pero despacio, porque es así como debe irse una persona.

Siempre fue mi historia, estaba tratando de aprender.

Me aventuro y salgo de Door County. Floto sobre el calor de Texas, desciendo a las colinas bajas y cafés de Austin. Las polillas me siguen el paso (hay más que nunca, si es posible). La diviso desde años luz de distancia; su cabello despeinado, sus movimientos erráticos, su manera de intentar esconder su aspecto.

No sé qué año es, pero noto que ella está en sus veintes. Debe ser su hora de comer porque está llenándose la boca con un hot dog de chili como si se tratara de su última comida, pero sé que no lo será. Tiene una vida larga y feliz por delante. Sé que dentro del bar, toca canciones por propinas y canta como un pájaro. Pero cuando tiene un descanso, viene a sentarse en la banqueta y absorbe su amado calor. Abe se sienta a su lado, muy pegadito a ella, a él le toca la última mordida. No sé cómo se encontraron otra vez, después de que morí; aún no he visto ese momento y supongo que nunca lo haré. Lo que sé es que Pauline solo toca en bares que le permitan entrar con él.

Se sienta en la banqueta con el rostro hacia el sol, empieza a comerse sus papas fritas. Dentro suena una canción en la rockola, ella la escucha toda, se termina una

coca cola, y se sacude los apretados *jeans* brillantes y la camiseta sin mangas, después le rasca las orejas a Abe. Nunca parece sentir mi presencia. Gira su anillo de bodas alrededor de su dedo cuando lo ve.

Él camina en la calle, lleva una camiseta blanca manchada de grasa. Ha estado trabajando en los autos, pero siempre cuadra su hora de comida con la de ella. Ha engordado desde que era adolescente, sus brazos son más gruesos, su cuerpo es más musculoso y su cara es más vieja, pero su piel es todavía crema pálido como la de un chico de internado.

Se sienta a su lado sin una palabra, y pelean por sus papas fritas con los dedos. Sé que hablan de mí; sé que intentan mantenerme viva y a su lado todo el tiempo. Pero hoy no dicen nada.

No sé si hay un cielo o no, pero de todas formas me gusta imaginar que los ángeles me hicieron y que lo hicieron con cuidado. Amasaron mi piel formando brazos y piernas. Acariciaron mi forma humana y le dieron palmaditas para que todo luciera correctamente. Me dieron unos cuantos cariños extra también, porque sabían que me estaban enviando a la vida en la Tierra, y sabían que la vida en la Tierra puede romperte el corazón. Me dieron un cerebro a modo de casco. Masajearon un corazón dentro de la parte trasera de mis costillas para que pudiera sentir el dolor y saber cuándo retroceder. No he visto a los ángeles aún, pero no me sorprendería si aparecieran. Como dije, hay demasiadas cosas en las que me equivoqué.

Por ejemplo, pensaba que las cosas al final, si realmente era el final, resultaban claras, nítidas y simétricas. Pero no es así. Y lo sé porque sé que nunca encontraron al asesino de Door County, quien era un extraño para nosotros, y que corrimos con la mala suerte de que llegó a la península ese otoño. Podría haber sido cualquier lugar. Nunca volvió a matar en nuestro condado después de ese invierno. No sé por qué, qué químicos lo hicieron perderse y qué riendas lo controlaban.

He visto el momento de su muerte, en un *ferry* en el suroeste de Canadá, en sus últimos años, injustamente demasiado tarde. El *ferry* se hunde y él está atrapado en el baño, el lugar equivocado en el momento equivocado. Como Hairica y esas otras chicas. Supongo que tal vez sí hay simetría después de todo.

Puedes ver su esqueleto si quieres, solo tienes que sumergirte en el río. Si tuviera manos y tiempo dispersaría sus huesos y esperaría a que se disolvieran, en millones de años si fuera necesario.

Pero está muy cerca el momento en el que yo me disolveré.

Ya me he despedido de mis padres; me he colado en su nuevo departamento en Chicago más de una vez. Sé lo que han perdido y lo que han ganado: he visto las noches que pasan en vela por la pena. He visto los días en los que empiezan a sentirse ligeramente vivos otra vez, dispersos entre demasiados pasos en el pasado. Los he visto empacar y vender la casa, conseguir trabajos nuevos y dejar Door County de la misma manera en que llegaron. He visto a mi mamá de pie en la cocina cargando a un bebé solo para sentirlo cerca de ella. No son de la misma sangre, pero están

conectados. Él tiene ojos grandes color café y piernas hiperactivas, es la cosa más hermosa. Desearía poder enseñarle lo que sé, pero supongo que es un deseo bastante común en aquellos que ya vivieron. Desearía ser su ángel guardián. Pero sé que no tengo permitido quedarme.

Me alejo de Austin. Vago por Wisconsin, sobre Washington Island, sobre pájaros, el océano, Canadá, Alaska, el Polo Norte. Un viaje de placer alrededor del hermoso mundo del Norte. Y luego regreso al Sur. Hay una cosa más que sé que veré, la última pieza del pasado que me está esperando para llevarme con ella.

Es enero y Liam y yo vamos en el auto manejando hacia el Norte; me lleva a darme la sorpresa que es solo para mí. Estoy comiendo una bolsa de papas mientras Liam intenta ubicarse. Hay mucho silencio mientras dejamos el auto en el estacionamiento vacío rodeado de árboles altos. Nos bajamos y Liam me guía a través de un sendero de madera estrecho. De repente los árboles se abren, y ahí, delante de nosotros, está el manantial más hermoso, blanco y azul, cristalino y prácticamente radiante. Nos desvestimos hasta quedarnos en ropa interior en el aire frío, aunque estoy asustada porque no sé nadar, confío en él. Él sostiene mi mano mientras nos deslizamos dentro del agua, aguantamos la respiración por el cambio de temperatura, el agua se siente caliente en el aire helado. Coloco mis brazos alrededor de su cuello y envuelvo mis piernas en torno a su cintura, me abrazo a su espalda.

Él me lleva al centro del manantial y vemos las truchas nadando debajo de nosotros, trazando círculos de plata. Liam se ríe y se hace un eco en el manantial, pero nadie está aquí para oírlo excepto yo, mi yo fantasma y mi yo viva.

Debajo de nosotros el agua se agita, y la arena, lejos, abajo, burbujea como nubes. Somos como dos ángeles flotando en el cielo. Es nuestro momento perfecto y nunca desaparece. Aun ahora puedo vernos, aun después de que el momento ya pasó. El amor no se puede retirar una vez que se ha otorgado.

Liam dice: «Te tengo» y me mueve de su espalda, coloca una mano en mi estómago, sé lo que quiere.

Estiro las manos, como he visto a otra gente hacerlo y empujo las piernas detrás de mí y, con su mano ahí para atraparme, nado.

Esto es lo que creo que el mundo me está mostrando. Somos almas con una causa común. Solo estamos aquí para amar. Esa fue mi gran historia todo el tiempo. Estamos aquí para aceptar retos y fallar y seguir intentando.

Estoy de vuelta en el sótano de Water Street, sola, y el hueco es lo suficientemente grande para mí. No puedo dejar de moverme hacia la luz. La curiosidad ahora es sobrecogedora.

Si solo pudiera llevarme aunque sea una cosa. Solo una pulsera o un pedazo de papel o incluso el recuerdo de un patito o un sonido o la frase de una canción. Solo una memoria para recordar quién soy, marcaría toda la diferencia.

Quiero ver por última vez algo real. Veo imágenes de otros tiempos y momentos, pero desaparecen rápido. Una mujer está parada en el campo vacío arriba, antes de que la casa se construya. El campo está zumbando con saltamontes, y a medida que la mujer camina, mariposas y palomillas salen del pasto y vuelan en torno a sus pies. La vista, la brisa limpia, parece un lugar en el que solo pueden pasar cosas felices.

—La construiremos justo aquí —le dice al hombre que camina detrás de ella.

Como si pudiera imaginarse la casa exactamente como debería ser, un pórtico frontal amplio, donde se pueda sentar y sentir la brisa del lago, un jardín grande, ventanas en los techos; el lugar perfecto para empezar una vida. Ella le da vueltas a la pulsera con una cereza que lleva en la muñeca. Se toca el estómago, donde la vida está creciendo. El futuro es todo para ella.

Y después, soy el pasado.

De repente tengo miedo de lo que va a pasar. Intento recordar todas mis canciones favoritas. Recorro tantas como puedo. Piso dentro del hueco brillante, por mi propia voluntad, y aquí veo lo último que estaba esperando encontrar. Es mi tumba. Mi lápida, y debajo de la tierra veo mis huesos.

Pero no estoy en ellos. No tengo nada que ver con mis huesos. Soy algo más. Me doy cuenta de que soy más grande que mis huesos y más grande que mi sótano y más grande que mi Door County. Soy parte de algo que está hecho completamente de mí, y aun así solo soy una mancha, una pieza pequeña. Resulta que no estoy sola.

De repente estoy sonriendo. Me siento tan grande y ancha como la Tierra o el universo o incluso más grande, como si fuera a desaparecer, pero en realidad nunca voy a desaparecer. Resulta que la muerte es como una broma. Es indescriptiblemente graciosa. Y me río. El mundo parece abrirse, se parte en dos, canta.

Hay una sensación de ligereza en el aire. Y aquí es donde las polillas se dispersan. Vuelan a lo lejos, una ráfaga de colores nocturnos, verde crepúsculo, azul anochecer y blanco luminoso. Trazan un círculo afuera, son como el ojo del huracán y se están levantando. Su belleza me hace querer llorar, pero entonces me doy cuenta de que es mi belleza, soy ellas y ellas son yo, y yo también estoy volando a lo lejos, yendo hacia miles de direcciones diferentes, solo Dios sabe dónde terminará cada una de ellas. Nosotras, las polillas y yo, somos como ángeles diminutos. Giramos alrededor de millones de lunas, millones de puntos de luces. Y después, como si mi vida fuera un diminuto pinchazo de luz en una larga y hermosa noche misteriosa, me voy. Me he ido.



AGRADECIMIENTOS

Gracias a Sarah Landis por sus reflexiones y esfuerzos entusiastas; a Rosemary Stimola por haberme brindado cimientos tan firmes y sabios consejos, y a Melinda Weigel por su trabajo detrás de bambalinas. Gracias a Tasha Daikides por las primeras sesiones de lluvia de ideas y barras Crunchie; a Katie Pavia por presentarme la canción de Neko Case, «Margaret versus Pauline», y a Carrey Chimenti y los Wigleys por seducirme con Door County. Gracias siempre a Mark, mi más amado y guapo compañero de crítica, y a mi familia.

Me he tomado muchas libertades con Door County, un lugar hermoso que según lo que sé no tiene asesinos. El Door County del que he escrito es en parte imaginario, he creado pueblos, escuelas, gente, iglesias y un villano que no existe. Pero sí quiero señalar que el Door County real es bastante maravilloso.



JODI LYNN ANDERSON es la autora *bestseller* de *The New York Times* por sus novelas *Tiger Lily*, *Peaches*, *The Secrets of Peaches*, *Love and Peaches* y la popular trilogía *May Bird*. Vive en Washington, con su esposo y un interminable desfile de mascotas callejeras.

Notas

[1] *Fudgies*, caramelo fundido con azúcar y mantequilla (*N. de la t.*). <<

[2] *Hair*, cabello en inglés (*N. de la t.*). <<



Desaparecidas

JODI LYNN ANDERSON

Cuando el fantasma que habita tu c...
sigue cada uno de tus movimientos

Lectulandia

